

RAQUEL
CARIDE

FLORENCIA
1348

D.J.57

Florencia 1348

Raquel Caride

Gracias a Sofí por animarme a escribir.

A Julia por las correcciones.

A Carlita por las risas.

A Eli por las lecturas en la cocina.

Introducción

Son muchos los años vividos y muchas cosas las que estos ojos han visto y estos oídos escuchado. Aunque al mismo tiempo me sigo viendo a mi misma como una mujer joven, el tiempo pasa, y este hecho resulta inevitable. Durante nuestros primeros años de vida parece que, el tiempo transcurre despacio pero, a medida que los años pasan nos vamos dando cuenta de su fugacidad. Así que llegado este momento de mi vida, creo importante relatar y dejar constancia de lo vivido.

Mi nombre es Giulia, no formo parte de la nobleza, ni pertenezco a una familia burguesa, ni dispongo de apellido. Pero he sobrevivido.

Aunque han pasado muchos años desde entonces lo recuerdo como si hubiese sucedido ayer. En aquel momento, a medida que todo iba pasando, me daba la sensación de que era la espectadora de una obra de teatro. Todo aquello parecía un mal sueño, del cual sólo quería despertar. Pero no, no resultó ser un sueño ni una obra de Esquilo ni tampoco una creación de Dante. Era la cruda y dura realidad.

He visto como la locura se adueñaba de la gente, he visto como un mismo mal se adueñaba de ricos y pobres por igual, como madres sostenían el cadáver de sus hijos. He visto a la muerte a la cara, y ella me ha visto a mi.

Cuando llegó a la ciudad, ya habíamos oído hablar de ella. Los rumores predecían su llegada. Había pasado por todas las ciudades que nos separaban de Messina. Le tocaba el turno a Florencia.

La ciudad no estaba preparada para su llegada. ¿Cómo prepararse para algo así? Pero ella sí estaba preparada. La muerte llegó y cuando se fue, nada ni nadie volvió a ser como antes. Se decía que era un castigo. Que Dios, igual que un buen padre castiga a sus hijos para que retomen el buen camino, nos la envió. Cruel castigo de un padre a sus hijos.

Esta es mi historia. Los hechos que aquí escribo fueron la causa de que perdiese todo aquello que me hacía ser yo.

Capítulo I

En aquellos días de 1348, la ciudad rugía, rugía como el estómago de la mayoría de sus gentes. El pueblo de Florencia pasaba hambre. Los campos no producían suficientes cereales para alimentarnos a todos, y las cosechas se malograban a causa de los duros inviernos. Esto hizo que los precios aumentaran considerablemente. El pan se estaba convirtiendo en un artículo de lujo. Si realmente había un castigo divino, era este. Y si a nuestro querido Dios no le parecía suficiente con dejarnos sin pan, decidió dejarnos también sin riquezas. Varias familias de la ciudad financiaron a Eduardo III en su guerra con Francia, y un par de años atrás este se declaró en bancarrota, como consecuencia habían quebrado varias familias bancarias, y como fichas de dominó que caen unas sobre otras, arrastraron a su declive a gran parte de la población. Para colmo el conflicto entre los *guelfi e ghibellini* seguía, y así poco a poco nos fueron arrastrando a todos al declive. Resistimos como pudimos, como casi todos, trabajando el doble para ganar menos, o nada, pues el comercio cayó en picado.

Ya había cumplido los dieciséis años, vivía con mis padres, a esa edad muchas jóvenes ya llevaban tiempo casadas e incluso tenían varios hijos, en ese momento estábamos preparando mis nupcias. Estaba ilusionada con la boda, sería el momento en el que abandonaría a mi familia para formar la mía propia. No se puede afirmar que estaba enamorada, pero como mi madre decía, aprendería a quererlo con el transcurso de los años, no quedaba otra. Mi deber hacia mis padres era casarme con el joven que ellos habían convenido para mí, y por supuesto ser una devota y obediente esposa. Toda mi vida me había preparado para ello y en aquel entonces se acercaba el propósito para el que supuestamente había venido al mundo debido a mi condición de mujer.

— Cuando te mudes con los Potestà trata de complacer a tu suegra. Francesca es una mujer exigente. — Sentenció mi madre mientras le daba los últimos retoques a la saya que llevaría el día de mi boda.

— Sí madre.— aunque la idea de someterme no me entusiasmaba,

quizás, podría ser una buena esposa. Mis padres eran el mejor ejemplo.

—Es un joven apuesto, has tenido suerte. Cuando estés con él debes obedecer, sin negarte a nada.— Ya me lo había dicho unas cien veces. Me sentía abrumada. Madre estaba entusiasmada con el enlace, padre no tanto.

Fabio, pertenecía a una familia burguesa. En muy pocas ocasiones había hablado con él, con frecuencia lo miraba en el Mercato y en Santa Reparata, pero desde el momento del *osculum* me sentía tan pudibunda que lo evitaba. Era el menor de cuatro hermanos, todos varones. Sus hermanos habían desposado damas de buenas familias. Al parecer se había encaprichado de mis ojos verdes que yo tanto detestaba, y don Marco Potestà decidió cumplirle el capricho a su hijo menor a pesar de los deseos de su madre de desposar a su pequeño con una joven más adecuada.

Al quedar poco para la boda hacía que parte de mi tiempo se fuese en los preparativos. Tenía cuatro camisas, tres de lino que usaba a diario, y una de seda con la que mis padres me sorprendieron; en aquellos tiempos era todo un lujo. Esta última, en la que había realizado un bordado en cuello y mangas, estaba destinada al día de mis nupcias. Al ser hija única, todo el patrimonio del que disponíamos era mi dote.

Mientras proseguía con las instrucciones de madre sobre la vida marital yo observaba atenta la calle. La vía del Santo Spirito, estaba y está paralela a la orilla del Arno. Próximo a nuestra calle se encuentra el puente de Santa Trinita, que cruzaba cada día para ir al Mercato. La calle estaba atestada de gentes que iban y venían. Era una calle ruidosa como casi todas.

Nuestra vivienda contaba con tres plantas y una bodega. En la planta baja, estaba destinada al taller donde se tejían las telas y el almacén. Las puertas siempre estaban abiertas y muchas veces nos sentábamos en la entrada a tejer. Mis padres eran artesanos dedicados a la fabricación de paños de lana. Era en la zona baja donde transcurrían nuestras vidas. En esa estancia se encontraba el hogar, en la cual se cocinaba, se comía, se trabajaba, y donde también se atendía a todo aquel que venía de visita o a comerciar con mi padre. En la parte de atrás la casa disponía de un patio, allí estaba el pozo y era donde nos sentábamos al fresco en las calurosas tardes de verano para escapar del bullicio de la calle. Era allí donde comentábamos las noticias que llegaban de fuera de la ciudad. Los últimos acaecimientos hablaban de un castigo divino que azotaba Sicilia. Padre estaba estupefacto por las novedades que llegaban de la ciudad de Messina.

—Hija, una *malatia* está acabando con miles de vidas en la costa— Filippo, era un hombre regordete y bonachón, su sentido del humor le había granjeado el mote de bufón entre los de su gremio. Su semblante estaba

serio y aquello me preocupó un poco.

– Creo que tales habladurías son exageradas. No digo que no exista tal mal, pero vos sabéis que al gentío le gusta hablar.— Y vaya que si le gusta.

Subí a las habitaciones. Las alcobas no eran lujosas, pero teníamos mucho más que otras familias de nuestro entorno. En mi estancia disponía de un jergón de lana, dos cofres, y una mesa, cuando precisaba sentarme, disponía un cofre sobre otro. Un tapiz que habíamos tejido entre mi madre y yo decoraba el suelo. En definitiva, vivíamos bien.

Me cambié la camisa y la saya de trabajo por unas nuevas, me arregle la trenza y me puse una diadema del color de mis ojos, igual que el vestido. Ya estaba lista para ir al Mercato. Salí de casa, en la esquina estaba Gina esperándome con una gran sonrisa dibujaba en su su blanco rostro salpicado por cientos de pecas. Sus cabellos negros asomaban por debajo de la redecilla que los cubría. Gina era mi gran amiga, nos habíamos criado juntas. Era la pequeña de once hermanos, y la única mujer, por esa misma razón decía que jamás se casaría con un hombre. Nos pusimos en marcha, mientras parlotéábamos con los últimos chismes.

A pesar de la mugre que se acumulaba en las calles, a pesar de las ratas que campaban a sus anchas disputándose con los mendigos la basura desperdigada en las esquinas, a pesar del mal olor de aquellos días, Florencia tenía y tiene un encanto especial. La *cità* se alzaba imponente con sus altas torres y murallas. Sus callejuelas formaban un intrínseco laberinto, muchas veces sin salida. Las casas se acumulaban unas sobre otras, igual que la gente que se agolpaban bajo los soportales protegiéndose de la nieve o del calor, dependiendo de la época del año. Los inviernos son fríos y duros, y en verano, un calor implacable golpea a los *fiorentinos*.

Los mendigos y tullidos se amontonaban por doquier. En la Piazza de la Signoria, en el convento de San Marco, en Santa Maria Novella, en el hospital, en el Mercato, en el Ponte Vecchio, daba igual, en cualquier rincón de la ciudad había gentes mendigando. Aún hoy me indigno al pensar los desprecios que recibían los enfermos más pobres. Los leprosos eran los que peor trato obtenían, por razones obvias nadie quería acercarse a ellos.

En misa, a diario, el pater repetía que debíamos ser misericordiosos, y que de los pobres era el Reino de los Cielos, pero la misericordia se medía por el oro del que disponían. Al salir de la Iglesia eran pocos los que se compadecían del tullido, al fin y al cabo su condición era un designio de su dios.

El interior de la muralla era un hormiguero de gente. Nosotros éramos

las hormigas, las que trabajaban incansables para afrontar el duro invierno. Y aunque era primavera, nuestros corazones se iban a sumir en un profundo invierno.

“Incidente en la Porta Romana ...” comentaba un pregonero acaparando la atención de algunas gentes. A medida que íbamos caminando por las estrechas calles, observábamos pequeños grupos de gente comunicando lo que llegaba a sus oídos, “dicen que te mata en un día”, “nosotros estamos a salvo, somos buenos cristianos”, “el cuerpo del que tiene el mal se vuelve de color negro...”

– ¡Oh, Giulia, es terrible! Mi padre me ha dicho que han llegado mercaderes huyendo de Messina, que allí atracó un barco lleno de cadáveres— Gina era muy drámatica.

– No creo que sea tal como dicen. No puede ser tan horrible. Una enfermedad que mata en un par de días... Los rumores ya sabes como son, sólo rumores.

Llegamos al Mercato, sus callejuelas estaban a rebosar, más que otros días, tenía el encargo de conseguir algo de cereal, escaso por aquel entonces.

Fue entonces cuando lo vi.

Era él.

Iba acompañado por su padre y dos de sus hermanos, Luca y Leonardo. Fabio dirigió su mirada hacia mí y entonces me sonrió. Sentí que me flaqueaban las piernas y el espíritu. Quedaban un par de semanas para nuestras nupcias y apenas había escuchado su voz un par de veces.

– Que alegría verla querida, son pocas las ocasiones en las que puedo disfrutar de su presencia — Fabio tenía una sonrisa perfecta que en aquellos días era toda una proeza— y dadas las circunstancias, va siendo hora de hacerlo con más frecuencia *signorina*— mientras hablaba dirigía sus oscuros ojos hacia los míos, y yo sentía como un extraño calor nacía en la parte baja de mi vientre, subía por mi pecho y se instalaba en mis mejillas.

– *Buo...Buon...Buongiorno*— En ese instante me quería morir, su mirada se encendió, y soltó una sonora carcajada dejando ver sus dientes perfectos.

– No sabe cuánto me halaga el color de sus mejillas— su sonrisa iba en aumento y yo sentía que estaba haciendo el mayor ridículo de mi vida—, estaré encantado de acompañarla a misa esta tarde.

– Sí claro, si mis padres no tienen inconveniente...

– Dentro de dos domingos estaremos casados. Accederán a que la

acompañe— asió mi mano, la llevó hacia sus labios y con una reverencia se despidió. Mientras me quedaba allí plantada con cara de boba, observando cómo se desdibujaba entre la multitud que abarrotaba la *piazza*.

Sobra decir que en aquel momento yo era demasiado inocente, y, toda la inocencia que me sobraba a mi, a Fabio le faltaba. Se sabía que frecuentaba la taberna con sus hermanos ya casados, e incluso alguna vez con su padre. Mi madre, me exhortó de no preocuparme por ello, si de algo se enorgullecía, era de mantener a su esposo alejado de tabernas, posadas y burdeles. Según ella, el secreto estaba en mantener saciado su apetito, y agregaba que la noche de bodas entendería lo que me quiso decir aquella vez. Y vaya si lo entendí.

Poco sabía yo de la vida marital, salvo lo que mi madre tenía a bien contarme y lo que el pater contaba en misa. Básicamente se reducía a: obedece, no protestes y sé buena. Pero la vida marital de la que yo quería saber, y que me tocaría aprender sobre la marcha, es de la que las buenas damas no hablan, aquella que es un veto, aquella que aparece en los cantos de los trovadores, aquella por la que tantos maridos salen corriendo dirección al burdel. Estoy segura de que aquellos pensamientos míos de entonces, eran motivo suficiente para descender al infierno.

Nunca estuve tan ansiosa como esta tarde por el hecho de ir a misa. Quería y no quería que llegase el momento. Mi nerviosismo era tal que no lograba tejer bien ni una sola pieza y desde luego mis pensamientos, tan poco adecuados, no ayudaban a paliar mis nervios. Este sería nuestro segundo encuentro desde el desposorio, y el de esa mañana había ido tan bien, que no se puede decir que yo fuese un mar de tranquilidad.

Llegó a la hora justa. Saludó a padre y madre, me asió del brazo, y juntos cruzamos el Ponte de Santa Trinita en dirección al Battistero di San Giovanni. Nunca se me había hecho tan maravilloso el camino. No quería llegar nunca.

Me pareció tan inteligente y elocuente. Hablaba y hablaba, de sus proyectos, de sus sueños, de lo que le gustaba y de lo que le indignaba, y yo, lo observaba con mis ojos verdes bien abiertos, y lo escuchaba con oídos atentos, me sentía dichosa. Advertí en ese momento que Fabio también estaba nervioso, y aquello me relajó. No era la única boba.

Él quería triunfar, y creía que ahora que algunos bancos habían caído, era el momento para fundar un nuevo negocio de préstamos, aunque su padre tenía dudas, estaba seguro de que podría contar con su apoyo.

Cuando llegamos la *piazza* estaba a reborar.. Junto a las impresionantes puertas de bronce con sus magníficos relieves situadas en el lado este del

Baptisterio se agolpaba la multitud. Algunos peregrinos descansaban después de una larga caminata y lucían varias conchas que indicaban todas sus peregrinaciones, varios artesanos discutían entre sí sobre la política de la ciudad, algunos niños jugaban bajo la atenta mirada de sus madres, un grupo de monjes asistían a unos mendigos y algunos hombres observaban las obras de la futura *Cattedrale*. Andrea Pisano, el sucesor de Arnolfo di Cambio y Giotto de Bondone, era el maestro que dirigía a los artesanos que trabajaban duramente para levantar el nuevo templo, que sustituiría a la desvencijada Santa Reparata, iba de un lado a otro dando instrucciones. Los *fiorentinos* necesitábamos una *Cattedrale* que representase la grandeza de *nostra città*, y era el gremio de laneros quien la financiaba. Que ganas teníamos de verla acabada.

Unos pequeños pasaron corriendo junto a nosotros, gritándose los unos a los otros entre grandes risotadas. Fabio los observaba mientras mostraba su preciosa sonrisa y se iluminaban sus ojos negros. Le divertía sobremanera sus juegos:

– Ese de allí, es nuestro sobrino Erasmo, mira como corre— un infante de rizos negros que no contaba con más de cinco años, perseguía a una niña de trenzas doradas con la posible intención de tirarle de estas; fue entonces cuando el niño advirtió nuestra presencia.

– ¡Tío, tío!— Fabio alzó al pequeño por encima de su cabeza mientras giraba repetidas veces sobre sí mismo, este no hacía más que reír, llamando la atención de algunos que se giraron para observar la escena. Yo me sentía pletórica de dicha aunque no estuviese bien visto reír de esa forma en público.

Puedo afirmar que el recuerdo de aquellos días es uno de los más felices que conservo, tan feliz es, que en ocasiones cuando lo rememoro, me encojo de dolor al pensar lo que vino después.

Como sentenció Boccaccio en una de sus obras, el final de la alegría suele ser el dolor.

Al término del oficio religioso, sus padres también se encontraban en la *Cattedrale* al igual que como todo el gremio al que pertenecían, me invitaron a que al día siguiente les acompañase durante el almuerzo, junto al resto de la familia *Potestà*.

La casa de Fabio estaba próxima a la *Piazza della Signoria*. Era un pequeño *palazzo*. Constaba de tres amplias plantas, sótano y patio interior. Las paredes del interior estaban ricamente adornadas con frescos y los tapices cubrían los suelos. Sobra decir que los *Potestà* gozaban de buena

posición. Su padre, al igual que el mío, pertenecía al *Arte della Lana*, aunque sin duda al *signor* Marco le había ido mucho mejor que a padre. Mi futuro suegro era un hombre astuto que sabía moverse por el mundo de los negocios esquivando las disputas por política. Francesca, su esposa, tenía demasiadas aspiraciones para su origen humilde, no la culpo, quería emparentarse sí o sí con la nobleza para adquirir prestigio y poder. Lo había conseguido; dos de sus hijos se habían desposado con *donnas* nobles.

Mis futuras cuñadas me acogieron con entusiasmo, y lo digo sin atisbo de sarcasmo, la madre del pequeño Erasmo, Elena, me recibió con gran cariño, rápidamente me presentó al resto; al poco rato de haber entrado en casa de mi futura familia ya me sentía parte de ella. Sus hermanos; Luca, Lorenzo y Leonardo, decidieron amenizar el encuentro narrando las anécdotas más bochornosas de la infancia de Fabio. Las risas y bromas fueron el plato principal del almuerzo.

Antes de comenzar, los criados se acercaron con paños de lino y jarras con agua perfumada para que lavásemos las manos. Mientras comíamos, Francesca no hacía más que observar las mías. Yo no alcanzaba a entender el porqué.

Sobre la gran mesa del salón principal se amontonaban las viandas. Vino especiado con jengibre, pan de trigo, y la habitual sopa daban comienzo al almuerzo. Cuando rematamos la sopa trajeron más pan y más vino, el *companagium* estaba compuesto por mortadela de Prato, un pato con sus plumas y todo, pasta rellena de carne de cerdo, costilla, también de cerdo, y para rematar galletas y membrillo. Estaba todo delicioso, en casa de mi familia no era habitual tanta comida sobre la mesa, ni tan refinada. La ostentación rozaba la indecencia.

Al rematar, las mujeres nos retiramos a una sala continua. Fue cuando Francesca me mostró su cara amable.

– Giulia, querida, intuyo, por vuestras manos, que ayudais en el taller con la artesanía— en verdad mis manos estaban llenas de arañazos y su tacto era áspero—, no son propias de una dama de buena posición.

– También indica que no es una holgazana— sin duda había encontrado en Elena una aliada—. No vos preocupéis querida, tengo un ungüento que volverá vuestras manos suaves como la seda— su sonrisa cómplice me reconforto.

– De todos modos hablaré con vuestra madre. Si vais a ser mi nuera no podéis trabajar en el taller junto a los criados, porque intuyo que tendréis al menos algún criado...— mi querida suegra no me daba tregua.

– Tenemos dos aprendices ayudando en el telar.



A madre no le agradó que le exigieran que dejase de trabajar en las labores del taller para hacer actividades más útiles como bordar. A mi en parte, me alegró la idea. Los días que restaban para mi boda los dividí entre Elena, ella me fue instruyendo en modales y bien sabe Dios que lo necesitaba, y Fabio, siempre en lugares públicos, cerca de la mirada de los demás.

Y luego estaba Francesca, quería asegurarse de que estaba a la altura para acompañar a su hijo, así que me dio nociones básicas de cómo dirigirse al servicio, cómo organizar un evento, que tocado era el más adecuado para ocasión... Las lecciones eran agotadoras, me sentía constantemente juzgada bajo su atenta mirada. Aunque yo sabía escribir, y era conocedora de las cuatro reglas, no le pareció dar valor a mis conocimientos contables, era más importante saber caminar de la forma adecuada.

– Menos mal que sois *bellísima*, pues no entiendo qué otra cosa le podéis aportar a mi hijo.

Ella tenía razón, no le aportaba eso que ella ansiaba; parentesco con la nobleza, tierras, riquezas o buena posición social. Lo único que le aportaba era mi belleza. No voy a pecar de falsa modestia. Mis ojos eran de un verde intenso, en ocasiones ello me agradaba y en otras me molestaba pues solían llamar la atención. Mi piel era blanca, no me daba mucho el sol, ya que pasaba muchas horas dentro del telar, algún monje me llegó a increpar en la calle creyendo que usaba maquillaje para aclarar mi rostro; mis formas redondeadas, aunque debajo de mis ropas, casi no se apreciaba y mis cabellos del color de la miel.

Mis padres nunca pensaron en firmar un contrato de matrimonio por mi, pues en nuestra posición no es necesario. Pero una tarde de verano tres años antes el signore Potestà se acercó a padre al salir de misa.

– Filippo, ¿tenéis pensado dar a vuestra hija en matrimonio?

– Es una niña aún, y es mi única hija, a Ofelia le va costar desprenderse de ella. Además creo que nuestra pequeña debe casarse por amor, como nosotros que nos criamos juntos.

– Sí la casase bien, puede darle un buen futuro, ya que es la única que tiene, y lo del amor es secundario. Eso dejadlo para los trovadores y juglares.

A las pocas semanas, y después de mucho discutir, se celebró el

desposorio, bajo la condición de que no abandonaría mi casa hasta el día de la boda. Mis padres se negaron a recibir dinero de los Potestà por mí, cosa que era habitual en este tipo de trámites.

A mi padre no le entusiasmó la idea, pero mi madre, que era muy práctica y había pasado muchas penurias, creía que era el mejor futuro que me podían dar. Yo me conformaba con el hecho de que Fabio era sólo diez años mayor que yo, y tenía todos los dientes.

– ¡Pero qué fría está!

El agua de la tina estaba congelada. Suerte que estábamos en mayo y los días eran más templados. La tradición marcaba que el día de la boda la novia debía darse un baño de agua fría. En ese instante entendí por qué la Iglesia aconsejaba no bañarse.

Mi precioso vestido estaba hecho con rica seda verde esmeralda que simbolizaba mi juventud y pureza. La seda era un regalo de bodas de mi prometido, mi madre había bordado con hilo de oro la saya y llevaba una capa de color amarillo con bordados del color del vestido que me cubría los hombros. Mi larga melena iría suelta, símbolo de mi inocencia, adornada con una guirnalda de flores: paniculata, margaritas y lirios.

Cuando salí de casa, los vecinos estaban reunidos en la calle para verme pasar. Iba sujeta del brazo de mi padre. Emprendimos la marcha con madre, Gina, y medio barrio detrás nuestra.

Fabio me esperaba en la puerta de Santa Reparata, llevaba calzas púrpura y un jubón amarillo con ricos bordados. Sus rizos negros estaban cubiertos por un capirote a juego con el jubón, y su sonrisa me deslumbraba.

El sol en lo alto del cielo empezaba a calentar. La multitud se agolpaba a las puertas de la Catedral para presenciar el trámite. Padre me entregó a Fabio.

El Pater, comenzó la liturgia, consultando a los presentes si conocían algún impedimento para que se celebrase el enlace. Entonces mi esposo me hizo entrega del anillo y las arras. Pasamos pues al interior. Después de la bendición del matrimonio llegó la velación, durante la cual sostuvieron el velo sobre nuestras cabezas para propiciar descendencia a Fabio, no se puede decir que ese rito funcione.

Entré en Santa Reparata siendo una niña, y salí siendo la *donna* de Fabio Potestà. Ya no volvería a casa de Padre. Ya no pertenecía a mi familia. Ahora sólo respondía ante aquel desconocido que se había encaprichado de mis ojos verdes y con el cual compartiría lecho.

El banquete fue una gran fiesta. Mis nervios por el enlace ya se habían apaciguado y me limité a disfrutar de la velada. Los sirvientes iban y venían con bandejas repletas de perdices y becadas, jarras con el mejor vino especiado de la región, pan de harina fina, nueces, avellanas, uvas pasas, castañas, ciruelas desecadas y dátiles, entre otros, colmaban las fuentes. Había también diferentes tipos de pasteles. Al terminar la cena, se sirvió la tarta de boda.

Juntos, Fabio y yo, cortamos la primera porción, que comimos juntos. La música comenzó a brotar de la cítara y la zanfona e inundó la sala, él tiró de mí hacia el centro de la sala e iniciamos el baile. Interpretamos dos piezas y decidió que era el momento de retirarnos, tenía prisa por comprobar la calidad de la mercancía adquirida.

Abandoné la sala en los brazos de mi marido. El cual anunció que iba a hacer efectivo su matrimonio entre las carcajadas y vitoreos de muchos invitados.

Franqueamos la puerta de la alcoba. Una cama con dosel ocupaba el centro de la estancia. Las sábanas del lecho eran blancas y una colcha con bordados de oro lo adornaba. A la izquierda el fuego crepitaba en la chimenea. Ramilletes de lavanda se repartían por toda la estancia.

– Quitaros el vestido y la camisa— la voz de Fabio sonó ronca, mientras yo lo miraba azorada—, ¿a que esperáis?

Simplemente obedecí. La confusión que sentía en ese momento no me dejaba reaccionar de otro modo, de todas formas no podría hacer otra cosa.

Fabio ordenaba, y yo obedecía.

Me observó mientras me quitaba la ropa, temblaba de frío y miedo mientras mi marido disfrutaba de la escena.

En su bello rostro se dibujaba una mueca de satisfacción. Era una sensación extraña, sentía el calor que nacía en mi vientre cuando él me hablaba o me besaba, pero mi corazón se agitaba intensamente y mis piernas temblaban de miedo.

Entonces lo vi desnudo por primera vez. En un futuro disfrutaría de esta visión, pero en ese momento sentía espanto.

Me recostó sobre la cama y se tendió sobre mí.

Entreabrió mis piernas y percibí como con un embate resquebrajaba mi interior.

Grité de dolor.

Mientras yo lloraba, me besó, acarició mi pelo, y me susurró al oído lo dichoso que lo hacía sentir. Esperó a que yo me tranquilizase, para de nuevo, volver a introducirse dentro de mí, esta vez más despacio, pero sin

parar. Cuando hubo terminado se recostó a un lado y me atrajo hacía él.

Esa noche me quedé dormida entre sollozos, mientras mi marido estaba lleno de gozo.

Esa noche, fue sin duda, una de las más inquietantes de mi vida.

Nadie, me había preparado para ello, no entiendo como mi madre siendo mujer no me habló de ello. Tampoco me prepararon para ello en la Iglesia ni ninguna amiga tuvo a bien decirme lo que iba a suceder. Supongo que era pecado.

Sé que Fabio, pudo haberme causado mucho más daño del que me causó, se podría decir que fue delicado, y los días posteriores me trató con delicadeza. Aún así continuó realizando el mismo trámite, noche tras noche, sin tener en cuenta mis deseos. Poco después descubrí que yo podría disfrutar con ello.

Cuando volví en mí el sol calentaba con fuerza. Era mediodía, sin percatarme, había dormido toda la mañana. Me encontraba a solas en aquella habitación. No sabía qué hacer. Observé la escena. El fuego del hogar se había consumido, las ropas del día de mi boda estaban tendidas sobre uno de los cofres que había traído conmigo de la casa de mis padres. La colcha estaba en el suelo de la habitación.

– ¡La colcha!

Abochornada observe la colcha y las sábanas. Me ruborice al comprobar que no seguían igual de blancas que la noche anterior. Me incorporé de un salto. Rápidamente localicé mi camisa y una saya. Tenía que recoger ese desastre de inmediato. Qué pensaría mi suegra. Mi inocencia no alcanzaba a comprender que esas sábanas eran la prueba de mi honor.

En mi desesperación debí de hacer un gran ruido. Francesca entró en la alcoba con una de las criadas. Me observó con asombro. Yo trataba de esconder la prueba de mi noche de bodas.

– Mi hijo ya me ha comentado, que al parecer, vuestra madre no os instruyó debidamente sobre el matrimonio— mi sonrojo iba *in crescendo*—. No hace falta que ocultéis las ropas.

– Yo... verá... es que yo... — al parecer mi reacción resultó bastante jocosa.

Mi suegra parecía contener una incipiente carcajada. Me dio la sensación de que la criada también tenía ganas de echarse a reír, y estoy segura de que ese día fui el tema principal de conversación en las cocinas.

Por primera vez, Francesca me miró con ternura. Me indicó que me

sentase sobre el baúl, y sujeto mis manos con las suyas.

– Mi niña, lo que pasó anoche, entre Fabio y vos es algo totalmente natural. Es así como se consuma el matrimonio, y con ayuda de Dios, en poco tiempo, llevaréis un hijo suyo en vuestro interior.

Me sentía perpleja, y a la vez un sentimiento de enfado hacía Ofelia me invadía por no haberme preparado para aquello. Seguramente lo que la movió a tal silencio fue que Dios no lo viese con buenos ojos. Hasta tal punto influía el Señor sobre nuestras vidas.

¡Qué idiota fui al no preguntarle a nadie sobre la intimidad! Seguro que si le hubiese consultado a Elena me hubiese orientado.

En mi imaginación era algo completamente diferente a lo que sucediera la noche anterior. No quería pensar en ella ni en la que estaba por venir. Francesca parecía entender lo que me pasaba. Me mostró cada estancia del palazzo, desde las habitaciones más lujosas hasta las dependencias de los criados, me guió por cada pasillo hasta el último recoveco, me mostró el esplendor de los jardines y la magnificencia de los caballos que descansaban en la cuadra. Me explicó las tareas que debía de hacer cada criado y la rutina diaria. Me mostró en qué consistía su día a día. Me sorprendí al descubrir que era ella la que se encargaba de administrar la economía del hogar. Ella era la encargada de pagar a los criados, de encargar los víveres y de ordenar lo que se hacía y deshacía en cada momento. En fin, mantuvo mi mente ocupada.

Cuando la familia se reunió a la mesa para merendar me encontraba exhausta. Mi cuerpo se había resentido por el trajín de la noche y la actividad del día. Tenía un hambre voraz y había logrado espantar los fantasmas que acechaban mi mente. Era una recién casada y debía lucir una sonrisa radiante. No podía decepcionar a mi esposo mostrándome decaída a causa de mi propia estupidez.

Fabio había salido de caza con el resto de los hombres de la familia. Alardeaba orgulloso el resultado de la mañana. Habían capturado un corzo, entre otros animales. Sobre la mesa, se exhibieron, ya preparadas, varias piezas de la cacería. Dos liebres y cuatro faisanes.

Le ofrecí la mejor de mis sonrisas, el me correspondió posando sus labios sobre los míos en un dulce beso. Aquello me alivió, pues aún me sentía apabullada. No conocía cuáles eran sus pensamientos y el temor a un descontento por su parte me amilanaba. ¡Cómo podía ser tan tonta!

La merienda transcurrió amena, los hombres conversaban animadamente sobre la jornada. Elena, comentaba llorando de la risa las travesuras del pequeño Erasmo. Todo aquello hizo que me sintiese cómoda

con mi nueva familia. De vez en cuando Fabio me rodeaba con su brazo y atrayéndome hacia él dejaba un cálido beso en mi mejilla o para consultarme al oído como me encontraba. Estaba animada y alegre.

Al ponerse el Sol nos retiramos a las habitaciones. Era mi segunda noche de casada, la segunda de muchas noches en las que tendría que compartir lecho.

Sentí como la inquietud volvía para apoderarse de mí. Había pasado todo el día esquivando los pensamientos negativos de mi mente, y llegado el momento clave, supongo que por el esfuerzo de tratar de no pensar, todas mis defensas cayeron.

Fabio me miró estupefacto. Nada más franquear las puertas de nuestra alcoba comencé a sollozar como una cría que llama la atención de un padre.

– Sabéis que es vuestra obligación como esposa complacerme— parecía molesto— y considero que estoy siendo benévolo con vos.

– Perdón, no se que me pasa, sois muy bueno y no debería disgustaros con mis llantos— me enjuagué las lágrimas y trate de sonreírle.

– Sois muy niña, y tengo la sensación de que no os aclararon todos vuestros deberes para conmigo. Me molesta tener que enseñároslo todo, pero es una tarea que no debo encargarle a mi madre. Aprenderéis poco a poco.— Vaya con Fabio...

Capítulo II

Fabio decidió enseñarme en qué consistía la vida marital con la práctica. Hizo que borrara de mi mente el dolor de la primera noche a base de caricias, besos, mordiscos y algún que otro placentero azote. Estaba más que claro que a mi esposo no le preocupaba la posibilidad de descender al infierno por cometer actos impuros.

A medida que fueron pasando los días y las noches, fuimos conociéndonos mejor. Y a medida que nos íbamos conociendo yo iba adquiriendo seguridad y ansiaba que llegara el ocaso para ganarme el infierno junto a él. Disfrutaba de mi marido al igual que disfrutaba él de mí. Incluso tuvimos algún escarceo fuera de la alcoba escondidos a plena luz del día en algún rincón del *palazzo*. Poco quedaba de la Giulia que salió de la casa de sus padres aquel domingo de mayo. Dejé atrás a la niña tímida y pudorosa para dar paso a la mujer sensual. Buscaba a mi marido, provocaba su excitación y me divertía junto a él, acababa de descubrir el placer.

Rápidamente me adapté a la vida en el Palazzo de los Potestà. Francesca, que en un principio me pareció una mujer intransigente, se convirtió en un ejemplo a seguir. Admiraba su determinación y seguridad; desde luego no era una mujer de su tiempo. Tomaba parte en los negocios de la familia, controlaba las finanzas y dirigía el servicio, su opinión era importante a la hora de tomar decisiones. No temía contradecir a su esposo, o negarse a hacer algo, y su marido respetaba sus decisiones, igualita que mi madre. No podría sentir otra cosa que no fuese una profunda admiración y me esforzaba en aprender todo aquello en lo que me instruía. Aquella mujer que en un principio había pensado que poco podría aportar yo en su casa, descubrió que se había equivocado. Mi padre, que apenas sabía escribir, se había encargado de que yo acudiese a la escuela, en nuestro pequeño negocio familiar era yo la encargada de anotar en los libros las cuentas de nuestro día a día.

Los días pasaban rápido y las noches se me hacían especialmente cortas. Por las mañanas solía acompañar a Francesca en sus quehaceres y,

de cuando en cuando, ayudaba a Elena con el pequeño Erasmo, o la acompañaba al *mercato*, o simplemente nos sentábamos en los jardines a bordar mientras charlábamos.

– Tengo una nueva que estoy segura vos agrada— el azul de sus ojos parecía más intenso aquella mañana—, estoy en cinta.

– ¡Oh, que alegría! Es una noticia maravillosa.

Abracé a mi nueva amiga. Ambas nos dejamos llevar por la alegría del momento charlando animadamente sobre la llegada de un nuevo pequeño a la familia. Esto la llenaba de esperanza. Le costaba mucho quedarse y sufría de embarazos complicados. Del pequeño Erasmo estuvo los nueve meses guardando reposo, pues ya había perdido uno. Después de haber dado a luz volvió a encantar en otras dos ocasiones, pero en una no llegó a término y en la otra no sobrepasó el primer mes de vida. Vivía por y para su hijo, lo consentía sobremanera y estaba pendiente de él cada segundo.

Erasmo era un niño inquieto y caprichoso. Una de sus mayores diversiones era trepar a las ramas más altas de los árboles, algo que a su madre le inquietaba, esta le rogaba que bajase mostrando su nerviosismo cosa que al infante le parecía divertir. Cuando su madre por pura desesperación lo reprendía, este sollozaba haciendo que Elena se sintiese culpable. Todo esto causaba tensión entre Elena y Leonardo, el mayor de los hermanos de Fabio. En repetidas ocasiones mi amiga acudía a mí sollozando por la frustración que le causaba discutir con este. El tema siempre era el mismo, tenía al pequeño demasiado consentido. Ella lo sabía, pero no podía evitarlo, amaba al pequeño más que a su propia vida. Eran varias las ocasiones en las que Francesca le recordaba que aunque su hijo precisase sus cuidados también debía de atender a su marido.

Aquella noche cuando nos retiramos a nuestra alcoba, y después de nuestros juegos, le había relatado a mi amante esposo las anécdotas e impresiones que tenía con Elena. Él me confesó que su hermano lamentaba que su esposa no hubiese sido bendecida con el don de la fecundidad. Muchas veces, se desahogaba en la taberna entregándose al vino, y otros placeres. Sentí pena por mi amiga.

Un implacable sol extendió sus rayos por la Toscana. Francesca y yo dábamos órdenes al servicio supervisando los últimos detalles del banquete. Ese día se anunciaba, oficialmente, que Elena estaba en la dulce espera. Leonardo había invitado a gran parte de la familia de esta y a un mercader genovés y su esposa, que habían llegado unos días atrás a la ciudad.

Me sentía muy cómoda en mi nuevo papel. El último mes había adquirido confianza y madurez. También cogí soltura en cómo dirigirme al

servicio y a los invitados.

Al ser tan elevado el número de invitados lo celebramos al aire libre en la villa que la familia poseía cerca de Lucignano.

Elena guardaba reposo desde hacía un mes, y era yo quien se ocupaba de sus quehaceres, por lo tanto, como se negaba a que ninguna criada cuidase de su hijo, el pequeño Erasmo se encontraba a mi cargo. Esto convertía cada día en una auténtica aventura. Aún hoy no alcanzo a comprender de dónde sacaba su madre la paciencia. Aquel día en particular, seguramente por la emoción que despertaban en el pequeño las fiestas, estaba especialmente inquieto. Corría de un lado a otro del campo, se subía y bajaba de los árboles, perseguía a las gallinas y las cabras; en fin desarrollé la capacidad de ignorarlo.

Cuando hubieron llegado todos los invitados nos reunimos en torno a la mesa que los criados habían instalado en el jardín. El banquete dio comienzo. Siempre que se trataba de una celebración especial las carnes servidas eran de caza. En esta ocasión se sirvió un corzo que habían capturado Fabio, Luca y Leonardo. También había un pavo real, bien armado con sus plumas símbolo de nuestra buena posición, una gran variedad de frutos secos; nueces, almendras, avellanas y pistachos y además dátiles traídos de Oriente. Durante todo el banquete un juglar amenizó la jornada con sus cantigas. Nunca había probado tales manjares, destinados sólo a la nobleza.

El mercader genovés y su esposa fueron los que causaron más expectación con las noticias que traían de la ciudad costera. Venían escapando de la enfermedad de la que tanto se hablaba. Según ellos los que se contagiaban de tal mal morían en apenas un día. El primer síntoma era la fiebre, luego aparecían unos bubones purulentos en las ingles y axilas, en algunas personas la piel se volvía negra y al poco de aparecer estos síntomas el enfermo fallecía. En Messina, la mitad de sus gentes habían enfermado. Ya me empezaba a cansar que el tema de conversación por doquier fuese esa enfermedad, y no me parecía cortés que hablasen de tantas muertes cuando se celebraba la buena ventura de mi amiga. Seguramente mi marido pensaba igual que yo:

– Queridos amigos, ya que la muerte se acerca divirtámonos y bebamos, y ya que disponemos de bellas damas a nuestro lado— me atrajo hacia él y me plantó un beso en los labios—, bailemos con ellas hasta el anochecer.

Para nuestra gran sorpresa, el banquete acabó más pronto de lo

habitual. Fabio estaba seguro de que fue la conversación de Luciano, el Genovés, que espantó al resto de invitados, pues nadie quería estar próximo a quién hubiese estado cerca de la malatia.

No queríamos saber de pestilencias, estábamos viviendo nuestra luna de miel. Poco nos importaba lo que pasaba fuera de nuestro pequeño mundo. Ni siquiera me había acordado de Filippo y Ofelia. Hacía semanas que no pensaba en mis padres. Era como si pertenecieran a otra vida anterior, pensándolo bien pertenecían a mí vida anterior. No los había visto desde el día de la boda y las últimas nuevas que tenía me las había dado Gina, me la había encontrado en la *Cattedrale* una tarde, mi antigua amiga ahora vestía ropas de novicia, y me informó de que habían acogido un nuevo aprendiz, no sabía mucho más, pues ella tampoco había vuelto a Santo Spirito, ahora las dos estábamos casadas, sólo que mi matrimonio era mucho más divertido.

Al día siguiente, como cada día, organicé al servicio, Francesca delegaba en mí muchas responsabilidades, y fui a ver como se encontraba Elena, el día anterior había sido agotador para ella.

– ¿Y tú qué haces aquí granujilla?— Erasmo estaba recostado en el lecho de su madre y acurrucado contra ella.

– Me duele la pierna— estaba pálido, lleve mis labios a su frente y comprobé que la temperatura del pequeño era muy elevada.

Había un gran corte en la pantorrilla del pequeño, la zona estaba enrojecida, y de la carne abierta salía un líquido verdoso. Alrededor de la herida, la piel del pequeño presentaba diversas tonalidades, que pasaban del rojo, al morado y al negro. Aquello, aparte de tener mala pinta, olía fatal. Llamé inmediatamente al servicio para que fueran a buscar al médico.

El cirujano llegó al día siguiente. La herida había empeorado y el pequeño había perdido el apetito. La fiebre iba en aumento y no paraba de temblar. El galeno observó todos los síntomas, realizó unos cortes alrededor de la herida, para que los humores malignos salieran al exterior, y nos ordenó realizar una serie de plegarias a San Benito, patrón de los moribundos. La casa se sumió en un profundo silencio. Francesca hizo a llamar al Pater Ovidio, rezamos dos días seguidos, con sus noches, junto a su lecho. Parecía que rezar no era suficiente. Erasmo empeoraba. Elena no paraba de sollozar, se sentía maldita. El galeno siguió aplicando sangrías y preparó infusiones de romero, pero todos los esfuerzos del médico fueron en vano. La pierna de Erasmo estaba completamente ennegrecida, su piel extremadamente pálida. De un momento a otro el pequeño había dejado de

delirar para sumirse en un profundo sueño.

Hacía pocos días me desesperaba el hecho de que Erasmo no paraba quieto, ahora me desesperaba su quietud. Mi querida Ofelia siempre decía que un niño inquieto era un niño sano, y tenía toda la razón.

Erasmo falleció a los tres días.

Fue un duro golpe. La casa se había sumido en una profunda tristeza. Elena no encontraba consuelo. No podía soportar la pérdida. En el momento del sepelio se aferró al cuerpo sin vida de su pequeño y Leonardo tuvo que obligarla a soltarlo, la sujetó fuertemente contra él mientras ella gritaba y pateaba, pues debían darle sepultura a su hijo.

Ese día fue el principio del fin.

El Campo Santo estaba a rebosar de gentes, no era por nuestro pequeño, había sucedido una gran cantidad de muertes en Florencia durante los últimos días, el sepulturero mostraba apuro por acabar su trabajo. Incluso enterraba a varias personas en la misma caja. Los rumores sobre la nueva enfermedad ya eran un hecho.

Cuando regresamos del sepelio comenzaron las contracciones de Elena. Mi amiga gritaba mientras se encogía por el dolor. No dio tiempo a avisar a la comadrona, Francesca y yo nos pusimos manos a la obra para asistir a la parturienta. Fue algo horrible. La sangre brotaba de entre sus piernas a borbotones. Recostamos a Elena en su cama. Dos criadas se encargaron de sujetarla mientras se retorció entre gritos. No hacía falta que empujase, su cuerpo se esforzaba por expulsar al bebe. Sus fuerzas empezaban a flaquear, el sudor caía por su frente, las lágrimas brotaban de sus ojos. Francesca introdujo sus manos en el interior del vientre de la futura madre, con la intención de ayudar a su nieto a salir, de allí extrajo un ser ensangrentado y deforme. El bebé estaba sujeto a Elena por una especie de cuerda que corté con una navaja. Era un ser inerte, parecía un ser humano incompleto, sus ojos no estaban abiertos, sus pies no tenían forma y no parecía tener la capacidad de respirar. Era la criaturita más pequeña que había visto jamás. No llegó a ver a su hijo, perdió la consciencia con el último empujón, y no la volvió a recuperar jamás.

Al día siguiente de enterrar al hijo, enterramos a la madre y al hermano.

Fue un duro golpe para Leonardo. Ahora Francesca tenía la urgente tarea de encontrar una nueva esposa para él, una mujer fértil para asegurar su descendencia.

—Lo ideal sería una viuda, así nos aseguramos que es fuerte y fértil— la miré estupefacta—. Elena era demasiado débil.

Así funcionaban las cosas, el cadáver de mi amiga aún estaba caliente pero no se podía tiempo perder el tiempo llorando. Las necesidades marcan las prioridades, y en este caso era conseguir una sustituta rápidamente. Por suerte había aumentado el número de viudas disponibles.

Luciano, el Genovés, tenía razón en su desafortunada conversación, no había remedio efectivo para la nueva enfermedad y se propagaba a una velocidad asombrosa. Él, que creía que había logrado huir de ella la halló, o ella lo halló a él, en Florencia. Su esposa enviudó y, como no hay mal que por bien no venga, Francesca encontró la sustituta ideal.

Mariola, a sus diecinueve años, había concebido cinco hijos, cuatro de ellos contrajeron la enfermedad, y los enterró junto a su marido. Era una joven de cabellos negros y piel dorada, sus formas eran redondeadas y pechos generosos, indicativo de su fertilidad. Además de aportar una hija de dos años, la pequeña Carina era una niña espabilada y sana, disponía de una buena dote; la mitad de los bienes de Luciano habían pasado a su propiedad. No se la notaba afligida por la pérdida. Días después, me confesó que, para ella, esa enfermedad era una bendición de Dios, pues Luciano le causaba repugnancia.

El matrimonio se celebró a los pocos días. El banquete no fue muy pomposo debido a la condición de viudos de ambos contrayentes. La novia estaba satisfecha. Leonardo era mucho más joven que su anterior esposo, no era obeso, tenía más dientes, y su olor no era tan fuerte. Y Leonardo, estaba complacido. Su nueva esposa además de ser una mujer robusta y sana, le dedicaba toda su atención, como debía de ser.

Fue en esos días cuando cambió todo.

Francesca, mujer previsora dónde las haya, alentó a Don Marco que nos trasladásemos a la villa de Lucignano. Allí estaríamos alejados de los enfermos que asolaban la *cità*. Los barrios más pobres eran los que más número de muertes sufrían, pero los acaudalados también contaban con enfermos en sus hogares. Los médicos no sabían cómo curar este mal. En la Cattedrale advertían de que este era un castigo del Señor por todos nuestros pecados. “Arrepentíos pues por vuestros pecados...”, Me sorprende la cantidad de pecadores que había en Florencia entonces. Rezar no había funcionado para salvar al pequeño Erasmo y yo dudaba que fuese a

salvarnos de tal mal.

Una vez instalados en la villa, el plan familiar, ideado por Francesca, era llevar una vida casi monástica, sin excesos, para así encontrar la salvación. Sus hijos no pensaban igual. Mientras unas pasaban el día orando, para librarnos del mal, otros decidieron dar buena cuenta del vino de las bodegas. Y por primera vez desde que había pasado a formar parte de la familia Potestà decidí contradecir a mi suegra.

La fiesta no tenía fin. Junto a mi esposo pasaba el día y la noche cantando, comiendo, riendo, bebiendo y bailando. Incluso en medio de la confusión llegué a besarme con mi cuñado Leonardo, en ese instante sentí que su intención era aprovecharse de mi estado de embriaguez. Su esposa Mariola había decidido no acompañarle en la fiesta y Leonardo parecía no preocuparse por ello, tres criadas de la familia eran las encargadas de cubrir sus necesidades. La casa era un auténtico descontrol, Francesca no había logrado imponer su autoridad.

Gina llegó una tarde, unos campesinos tuvieron a bien acercarla en un carro tirado por bueyes. En sus mejillas se dibujaba el surco de las lágrimas. Su semblante mostraba pura desolación. Sus ropas de novicia lucían manchas de sangre, había estado cuidando de los enfermos que se acercaban al convento suplicando ayuda. Esa mañana se acercó al Mercato en busca de víveres. Allí estaba Ofelia en busca de un médico que atendiese a Filippo, había contraído el mal.

La noticia devastó mi ánimo. ¡Oh, cuán egoísta había sido! Pasaba los días disfrutando con Fabio, en aquella villa alejada de la enfermedad, mientras mi padre la padecía.

En cuanto Francesca se percató de la presencia de Gina en la residencia familiar se apresuró a echarla, poco le importó que perteneciera a la orden de las Clarisas; había estado en contacto con los enfermos y podría contagiarnos a todos con el mal.

—Vos que oráis todo el día para salvaros ahora votáis a una hermana de vuestra tierras— no dudé en increparla—. No creo que eso contribuya a vuestra salvación.

El bofetón me cogió por sorpresa y casi caigo al suelo.

Francesca comenzó a gritarme, entre otras cosas me dijo que era una pecadora desagradecida. Gina trataba de tranquilizarnos a ambas. Fabio intervino, a pesar de su embriaguez. No logró separarnos por las buenas, así que opto por sujetarme por la cintura y tirar de mí hacia él. En ese instante llegó Don Marco, que trató de apaciguar a su esposa. La discusión continuó sin llegar a ninguna parte. Fabio no alcanzaba a entender la posición de su madre.

– Vayámonos— no lo dudó un instante.

Al llegar a nuestra querida Florencia, los guardias no nos dejaban franquear las puertas de la muralla. Si queríamos pasar debíamos dejar nuestras ropas fuera de la muralla, para quemarlas. Gina era una servidora de Dios, ¡no podía hacer tal cosa! Fabio les explicó quiénes éramos y de dónde veníamos. Después de tanto insistir, y trece *fiorinos d'oro*, nos cedieron el paso.

El Sol estaba ocultándose cuando entramos en la città. Las calles próximas a la muralla estaban casi vacías. Era una imagen inquietante. Reinaba un silencio sepulcral que sólo era roto por los quejidos de algunos enfermos.

Florencia no parecía Florencia. Olía a muerte. Se sentía su presencia en el aire. Desde la puerta Romana hasta la Vía del Santo Spirito lo que nos encontramos fue el dolor que va dejando a su paso. Niños deambulando solos sin sus padres, esposas llorando a sus maridos, casas en las que su única habitante era la muerte, calles atestadas de enfermos y cadáveres. Había quien se afanaba en recogerlos, supongo por el hedor que desprendían. Gina se cubría con una tela nariz y boca, para no ser contagiada. Yo tapaba mi nariz con la mano para no inhalar la fetilencia del ambiente, con la esperanza de no vomitar. Fabio observaba horrorizado el dantesco escenario por el que caminábamos, asombrado de la putrefacción que abundaba por doquier.

En la estrecha vía del Santo Spirito, dos improvisados sepultureros trasladaban cadáveres apilados en una carreta, mientras uno de ellos tiraba de la carga el otro anunciaba sus servicios por un par de *fiorinos*. Un monje benedictino iba tras de ellos murmurando plegarias en latín. No pude evitar escudriñar el macabro cargamento en busca de lo que no quería ver. Por un

instante sentí alivio al comprobar que el cuerpo de Filippo no se encontraba allí.

El silencio que topamos al franquear las puertas de la casa de mis padres no fue buen presagio, la fetidez del ambiente tampoco. En el hogar de la parte baja de la casa no había fuego alguno.

— ¡Madre! ¡Padre!— llamé en silencio sin obtener respuesta— ¿Madre? ¿Padre?...

Nada, la única respuesta que obtuve fue el chillido de las ratas. La oscuridad y el frío asolaban la estancia. Fabio se apresuró a prender fuego en el hogar. Gina y yo subimos al piso superior. Nos detuvimos en el umbral de la puerta de la alcoba de mis padres.

El cuerpo de Filippo yacía en el lecho, los roedores habían comido prácticamente todas sus entrañas, el de Ofelia se hallaba cerca de él, de rodillas, con las manos unidas apoyadas sobre el jergón y la cabeza recostada sobre estas. Ambos cuerpos presentaban unos bubones ennegrecidos por toda su anatomía, un hilo granate que había brotado de sus narices, ahora estaba reseco. Una legión de moscas zumbaban en derredor de ambos.

Gina emitió un chillido estremecedor que ahogó el mío propio. No reaccioné con llanto. Me dejé caer sobre el suelo y me quedé allí sentada, pasmada observando la espeluznante escena. Da igual los años que pasen, jamás podré borrar de mi mente el recuerdo de sus cuerpos inertes siendo devorados por las ratas.

Fabio cerró la puerta de un golpe. El sonido del portazo no me devolvió a la realidad. Me quedé en estado catatónico.

No sé cuánto tiempo transcurrió desde que contemple sus cadáveres hasta que los improvisados sepultureros y el monje hicieron acto de presencia. Ahora no tenía que escudriñar la carreta para conocer parte de su carga. Gina intercalaba el llanto con tos, Fabio la miraba con pavor, pues mi querida amiga empezaba a toser con rastros de sangre.

En el patio, la brisa limpiaba el ambiente, allí no se respiraban los efluvios del interior. Nos encontrábamos a solas, como tantas veces rodeé su cintura con mis piernas. Fabio me embistió con fuerza. Juntos, en un arrebató de locura, descargamos toda la rabia acumulada. El dolor se hizo más tenue.

Desde el exterior escuchábamos a mi amiga toser. Decidí ver cómo se encontraba. Posé mis labios sobre su frente y comprobé lo elevada que era su temperatura. Aquello me alarmó. Horrorizada dirigí mi mirada hacia mi esposo.

Fabio se acercó a mí, me besó, me entregó su bolsa, y se fue.

Me dejó con la única compañía de mi amiga enferma. Tomé la firme determinación de cuidarla hasta el final, con todas las consecuencias.

Probé a bajar su temperatura bañándola en una tinaja con agua fría que extraje del pozo. Esto pareció funcionar por un instante, pero empezó a estremecerse y decidí situarla junto al fuego del hogar. No paraba de toser, se estremecía y temblaba, pero su temperatura iba en aumento, al igual que mi desesperación.

Llegaron los vómitos. Gina no tenía nada en el estómago y aún así seguía vomitando. Su tos empezó a agravarse, y unos bultos negruzcos aparecieron, primero junto a sus axilas, al llegar el alba cubrían todo su dolorido cuerpo.

Era la hora del almuerzo cuando Gina exhaló su último aliento.

En aquel instante dudé de si hacía lo correcto o no. En lo que no dudaba era en que no quería que mi amiga compartiera una sucia carreta con veinte cadáveres más. Tampoco quería que compartiese caja con otros cuerpos, ni que fuese a parar a un agujero con decenas de muertos más. Como no quería nada de eso para mi querida Gina, cave un hoyo, como pude, en el patio de la casa. No era muy profundo, lo suficiente para enterrarla.

Aún hoy no entiendo cómo reaccioné de un modo tan frío. Intuyo que lo vivido días anteriores, o quizás la visión de las calles de Florencia, o el saber que la muerte había llegado para quedarse, contribuyó a endurecer mi carácter. Tenía la certeza de que también vendría a buscarme y quizás por ese motivo, pasó por mi lado, pero no me llevó con ella, tenía otros planes para mí.

La muerte, que me ha sido esquiva hasta ahora, llegó. Llegó sin ser exquisita, no hizo distinciones de ningún tipo, decidió llevarse con ella a todos los que pudo, y muy pocos privilegiados nos quedamos observando cómo arrastraba junto a ella todo aquello que amábamos.

Capítulo III

Abrí la puerta. Salí a la vía del Santo Spirito. Las campanas de la Basílica tañían *el ángelus* anunciando el mediodía. Miré al cielo, una bandada de aves lo cruzaba en dirección al norte. El sol golpeaba con fuerza desde lo más alto.

Me sentí extraña al presentir lo incierto que era mi futuro. Por primera vez era dueña de mi vida, a partir de ahora nadie iba a decidir por mí. Eso me acongojaba y engrandecía a la vez. Podría correr tras Fabio y rogar para que no me repudiase; quizás el también enfermó, y por eso se fue, o quizás se fue por miedo a que hubiese enfermado yo, pero no. Me gustaba mi soledad, sabía que sobrevivir sola iba a ser complicado, más aquello no mermaba mi ánimo. Era libre.

La bolsa que me entregó Fabio contenía unos 27 fiorinos, era una buena cantidad que me alcanzaría para vivir un mes. ¿Y luego qué? ¿Volvería a tejer? ¿Podría reclamar mi dote?

Es cierto, tenía mi dote.

Si Fabio me abandonaba estaba obligado a devolver la dote. Se había comprometido a ello en el contrato que firmó con Filippo el día del desposorio.

Decidí ir en busca de mi esposo y reclamar lo que era mío por derecho.

Ya que estaba en Florencia y él se había marchado la noche anterior, me acerque al palazzo que los Potestà poseían cerca de la Piazza della Signoria. Lo lógico sería que hubiese pasado allí la noche.

El trayecto que separaba Santo Spirito de la residencia familiar se me antojo difícil. Era un día caluroso y apenas había bebido un poco de vino, no había probado bocado desde que saliera de la villa de Lucignano. Tampoco podría. El olor de las estrechas calles me incitaba a expulsar el poco contenido de mi estómago. Su visión tampoco ayudaba. Mi mente aún se estaba acostumbrando a la imagen de los cadáveres putrefactos, bajo el sol del verano, esperando a que un funcionario pasase a recogerlos. Al pasar por la calle que continúa desde Ponte Vecchio hasta el Mercato, me causó

gracia la tétrica escena de un borracho moviendo los brazos de un difunto que habían dejado en un portal, como si fuese una marioneta, una mujer le aplaudía y hacía reverencias, esta llevaba por únicas ropas una camisa, la cual estaba desabrochada mostrando sus pechos. Apuré el paso cuando advertí que el borracho usaba las manos del muerto para tocar los senos de aquella dama. Torcí a la derecha, en la vía Vacchereccia un enfermo mostraba sus bubones mientras increpaba a su esposa, la culpaba de su mal, una mujer salió del interior de una vivienda y le lanzó el agua pestilente de un cubo, intuí que este contenía los deshechos de las letrinas. Pasé por la Piazza de la Signoria donde se agolpaba la gente exigiendo una solución a los gobernantes de la *cità*. Por el ambiente se presentía que estaban a punto de estallar unos disturbios. Apuré el paso de nuevo. Ya próxima a mi destino, en uno de los palazzos colindantes al de los Potestà, la música de la fiesta llegaba hasta la calle, hombres y mujeres desnudos bailaban borrachos en el interior de la vivienda, cantaban y gemían mientras derramaban vino sobre sus cuerpos, todo ello con las puertas abiertas de par en par hacia el exterior, algunos transeúntes se quedaban plantados delante de las puertas observando estupefactos la escena, otros pasaban al interior para unirse a tal descontrol, otros les increpaban desde el exterior, y en un rincón se había iniciado una disputa entre varios hombres desnudos y unos monjes, la población de Florencia había perdido el norte.

Después de una larga y extraña hora de camino, llegué a la que fue mi residencia.

Las puertas principales estaban cerradas. Comprobé que las del servicio sí estaban abiertas. Entré directamente a las cocinas. No me alteró ni un ápice el cadáver de una de las criadas que descansaba sobre un banco, supongo que ya me había acostumbrado a la presencia de la muerte. Parece que la criada había perdido el apetito, pues no había tocado el salami que se encontraba sobre la mesa. Entonces sentí hambre. No me importó mucho la inanimada compañía. Me serví un trozo de pan duro y me apresuré a cortar varias rodajas de salami. Me dirigí a las bodegas y me serví vino en una jarra. Unas piezas de *prosciutto* colgaban del techo, bajé una y me corté unas rodajas. Volví a las cocinas para sentarme con tan silenciosa compañía y continuar con mi almuerzo. Reconocí en mi inanimada compañía a la mujer que se había reído de mí aquella primera mañana que había pasado en aquella casa.

El palazzo parecía estar vacío y si se presentaba alguien yo era la esposa de Don Fabio Potestà, el valiente.

Una vez saciada, inspeccione el edificio. Los únicos habitantes de tan

lujosa residencia eran los cadáveres de unos cuantos criados más. Los bandidos todavía no habían caído en la cuenta del abandono del lugar, así pues, decidí hacer acopio de todo aquello que pudiese precisar. El cofre del despacho de mi suegro seguía intacto y con todo su contenido. La bodega y la cocina estaban bien surtidas.

Mientras garantizaba mi propia supervivencia caí en la cuenta de que seguramente nadie había saqueado el lugar debido a la presencia de los cadáveres. Los malhechores también temían a la muerte. Esa era mi mayor seguridad. Iba a permanecer en el palacio con la compañía de los que en un tiempo me sirvieron, con la única diferencia de que yo estaba viva y ellos no, hasta que la situación del exterior se apaciguase o surgiese un plan mejor.

No me preocupaba el hecho de compartir techo con aquellos cuerpos putrefactos y pestilentes. Ya había estado en contacto con la muerte, y si no me había alcanzado aún, igual no lo hacía. Y si lo hacía, mejor estar cómoda y segura. No quería contagiarme de la locura que reinaba en el exterior. Cerré a cal y canto todas las puertas. No tenía un plan mejor por el momento.

Mi cuerpo no desprendía un olor mucho mejor que el de la criada que estaba sentada a mi lado mientras almorzaba. A mi mente vino el recuerdo del baño que tomé el día de mi boda. Aunque al principio el agua fría me había estremecido, recordé que me sentí reconfortada al salir de la tina, y el olor de mi cuerpo no era tan fuerte. Fabio comentó en una ocasión que los árabes se bañaban con frecuencia y estos eran los más avanzados en cuestiones médicas, de modo que decidí tomar un baño y quitarme de encima aquella peste.

Un pecado más no iba a suponer mucho, y en ese instante poco me importaba la opinión que tuviese Dios de mí. Estaba enfadada con él. Podría alcanzar a comprender, en cierto modo, que todo este dolor y sufrimiento fuese un castigo para los pecadores. Pero morían personas devotas. Gina jamás había pecado en nada, mi madre seguía los preceptos del Señor a rajatabla, mi padre era un hombre bondadoso y honrado. Y a ellos también los había castigado. ¿Que clase de Dios era ese? Era un Padre injusto y autoritario, que dirigía cada aspecto de nuestra vida, castigaba a su antojo y por azar.

A pesar de lo fría que estaba el agua, me reconfortó. Sentí como se quedaba en el agua toda la suciedad de mi cuerpo, todos los humores que se habían adherido a él, ahora se desprendían. Cuando había entrado en la tina el agua era pura y cristalina, cuando salí totalmente turbia.

Mi cuerpo se relajó por completo. El cansancio de las últimas horas me golpeó. Subí a la alcoba que compartía con Fabio. Me tendí en el lecho y me quedé completamente dormida.

Dormí largo tiempo. Me costó mucho despertar de mi profundo sopor. Permanecí un buen rato con la mirada fija en la pared, mirando al vacío.

Las campanas de *Santa Croce* repicaban el toque de ánimas, el color rojo del atardecer teñía el cielo, preludio de la oscura noche.

Golpes y estruendo llegaban de la parte inferior.

El sonido de unas carcajadas bajo mis pies me despertó por completo. Se suponía que no había nadie en el palazzo excepto yo, y los criados, y no creía que a estos se les diese por reír en su estado.

Me apresure a recoger la camisa de seda para recibir a Fabio, no me dió tiempo a vestirme.

Una cara conocida abrió la puerta de mi alcoba. Por un segundo respire tranquila al ver frente a mí uno de los centinelas que habíamos sobornado para entrar en la ciudad.

- Su marido partió anoche Signora Potestà— una extraña mueca se dibujó en su rostro mientras pasaba la lengua por sus dientes amarillentos—, está sola.

Tras él entró su compañero. En su mano portaba la misma jarra de la que había bebido yo hacía algunas horas atrás y en la otra, una daga amenazante. Apestaba a vino. No alcanzaba a comprender que estaba sucediendo. Ambos soldados bloqueaban las puertas de la estancia como si se tratasen de las propias puertas de la ciudad. El primero se acercó a mí. No pude oponer resistencia. De un golpe me lanzo sobre el lecho, sonrió mostrando una hilera de dientes del color del orín. Se quitó las calzas, su asqueroso miembro estaba en guardia, aquello me provocó arcadas, quise girarme para vomitar, no pude, me agarró del pelo, de un tirón me incorporó y me obligó a meter su asquerosa protuberancia en mi boca. Aquella cosa sabía a rayos, me golpeaba en la campanilla instándome a vomitar. Otra vez arcadas. Esta vez no fue una advertencia, le acabé vomitando encima. Me apartó de un empujón. Pensé que me había librado, pero no. Una vez tuve el estómago vacío volvió a por mí. Con su mano derecha agarró fuertemente mi cuello mientras con la izquierda toqueteaba mis senos; su compañero que bebía de la jarra sin parar mientras se frotaba en sus partes bajas, se acercó a nosotros, apartó hacia un lado al primer abusador, me abrió las piernas, con gran brutalidad se introdujo dentro de mi. Mientras, el primero, que seguía agarrando mi cuello y toqueteando mis pechos, introdujo su lengua en mi boca; su fétido aliento me provocaba arcadas. En un intento

por defenderme le mordí la lengua, noté el dulce sabor de la sangre, se apartó y al instante me propinó un fuerte puñetazo dejándome aturdida. Volvió a agarrarme del pelo y mientras el otro se adentraba en mí por la parte baja de mi vientre, él lo hacía en mi boca. Las lágrimas de dolor y rabia resbalaban por mis mejillas. Me dejé hacer.

Estaba a punto de perder el conocimiento cuando una mujer entró en la estancia. El primer centinela soltó mi cabello y salió de mi boca para ir a su encuentro. La mujer tenía los pechos al aire, lo recibió acurrucando su cabeza contra sus senos y gimiendo de falso placer mientras él metía la mano entre sus piernas. Él segundo, que estaba encima mía, les gritó instándolos a que se fuesen a otra alcoba.

Mientras se balanceaba sobre mi persona, entrando y saliendo, sólo pensaba en vengarme; ya no sentía dolor, sólo rabia. Traté de controlar la situación, fingí varios gemidos y me mecí al ritmo de mi violador. Este parecía sentirse satisfecho con mi reacción. Cuando se sació cayó sobre mí con todo su peso. Apeataba a vino. Comprobé que se había dormido, lo empujé hacia un lado, agarré la jarra de vino y dí un largo sorbo. Seguía dormido. Sobre el suelo de la alcoba estaban tirados varios almohadones. Aferré uno de ellos y sin dudar lo posé sobre la cara de mi captor, me senté a horcajadas encima de él. El guardia empezó a soltar una serie de quejidos, pataleaba y no paraba de moverse, me zarandeó, pero yo estaba decidida a acabar la tarea. Apretaba mis piernas contra el almohadón sobre la cara de mi violador. Aunque me pareció eterno, no debió de pasar mucho rato hasta que dejó de moverse y de emitir sonidos. Por precaución, y para asegurarme que jamás despertaría, agarré su daga y le acaricié la garganta con el filo. La sangre empezó a brotar a borbotones tiñendo las sábanas de color carmesí. Me quedé un rato observando cómo se desangraba y reconozco que disfruté con ello.

Comprobé que no había rastro de sangre, del hombre que yacía en mi cama, sobre mi piel. Bajé a la planta inferior en busca de su compañero.

El otro hombre se meneaba frenéticamente sobre la prostituta en el suelo de la bodega cuando reparó en mi presencia. De uno de los barriles brotaba el vino sin parar, inundando el suelo. Me acerqué, posé la jarra que llevaba conmigo al pie del barril, me arrodille junto a este para beber directamente de él. Una vez sacie mi sed apoyé mi espalda en el barril dejando que el vino regase mi cuerpo desnudo. El centinela me miraba asombrado y excitado a la vez, mientras se mecía sobre la mujer.

Ella advirtió la daga dentro de la jarra, me lanzó una mirada cómplice, yo le sonreí. Abrí mis piernas. Los ojos del hombre se abrieron ante la

expectación. Mientras el vino seguía mojando mi cuerpo, con una mano acariciaba mis senos y con la otra, la parte baja de mi vientre. Súbitamente, el hombre dejó a la prostituta y se vino a lamer el vino que caía sobre mi pecho. Con la mano izquierda le tiré del pelo, como había hecho él conmigo, y dirigí su cabeza hacia debajo de mi ombligo. Su lengua parecía volverse loca. Con la mano izquierda me aseguraba que mantuviese su cabeza entre mis piernas, con la derecha agarré la daga. Mientras él se afanaba en escarbar con su lengua en mis partes íntimas llevé la daga a su cuello. Lo cercené con tanta fuerza como la que había empleado él en profanar mi boca. El ritmo de su lengua cesó al mismo tiempo que su sangre brotaba con fuerza, regando mi cuerpo y el suelo de la bodega.

La prostituta estalló en carcajadas. Yo también.

Me sentía eufórica. Lejos de arrepentirme, estaba orgullosa de lo que había hecho. Paola, así se llamaba la mujer, no paraba de abrazarme y dar saltitos. Hasta hacía apenas una semana, era una lavandera. Su marido y sus tres hijos murieron a causa de la peste; poco después de enterrarlos, unos bandidos la violaron y saquearon su casa, y ella, que afirmaba que todo esto la había dejado un poco trastornada, entendió que sólo podría sobrevivir sumándose a la locura. Algo parecido me estaba pasando a mí.

Juntas tomamos la determinación de marchar de Florencia hacia un lugar más tranquilo.

Me costó trabajo convencerla para que se tomase un baño. No podíamos viajar oliendo a lujuria y con manchas de vino y sangre en nuestra piel. Llamaríamos la atención.

Por segundo día consecutivo me sumergí en la tina. El agua fría hizo desaparecer el escozor de mis zonas más íntimas. Le estaba cogiendo el gusto a esto del baño y me sentía muy cómoda siendo una pecadora. Después de mí le tocó el turno a Paola. Su cuerpo era similar al mío en tamaño, de manera que le servían mis ropas. Escogimos un par de vestidos que usaba cuando trabajaba en el telar. Aseadas y renovadas, dimos buena cuenta del vino y los embutidos que había en las bodegas, no nos molestamos en probar el pan duro. Ya puestas a pecar...

Antes de huir debíamos borrar el rastro de la orgía de vino y sangre de las bodegas. Entre las dos desplazamos al centinela que yacía en la alcoba del primer piso. Lo sentamos al lado de su compañero en la bodega. Cubrimos sus cuerpos con unas ropas, previamente empapadas en aceite.

Faltaba poco para que despuntara el alba cuando prendimos fuego al Palazzo de la familia Potestà. Mientras las llamas devoraban los cadáveres, salimos a la calle por la puerta de servicio, cerrando esta tras nosotras.

El Sol asomaba por el Settignano, las campanas anunciaban el incendio. En ese instante partíamos de Florencia por la Porta al Prato, aprovechando el bullicio de los agricultores que aún se dirigían al Mercato.

Íbamos a pie. A esas horas se podía caminar cómodamente bajo el Sol. Sonreíamos con complicidad sin tener muy claro cuál era nuestro destino. Nuestra prioridad era alejarnos y sobrevivir.

Llegamos a los alrededores de Pistoia entrada la noche.

Las puertas de la ciudad debían de estar ya cerradas. Nos dispusimos a buscar un lugar donde pasar la noche cerca de la *cità*. Encontramos una posada no muy lejos de la muralla.

El bullicio reinaba en su interior. Viajeros, campesinos y prostitutas reían y compartían tragos. Una mujer robusta se paseaba entre las mesas sirviendo caldo y cerveza mientras vociferaba a los clientes que se excedían en su comportamiento. No causamos expectación alguna al entrar. Nos habíamos dirigido hacia la mujer con la intención de preguntarle si había camas disponibles cuando lo vi. ¡Cuán caprichoso era el destino!

Fabio compartía tragos en una mesa del fondo. Charlaba animadamente. Su acompañante era el hombre más apuesto que había visto jamás, tenía el cabello rubio que llevaba excesivamente corto, parecía un poco más alto que él, debía de ser trovador pues tenía un laúd apoyado en el banco junto a su pierna. En ese preciso instante se besaron, me quedé helada. Continuaron con su parloteo, reían a carcajadas. Desde luego ese era el momento adecuado para reclamar mi dote, en ese instante mi marido dirigió su vista hacia mí, enmudeció al verme. Yo le sonreí, lo había pillado con las manos en la masa así que también sonrió. Tiré de Paola. Nos dirigimos hacia la mesa del fondo. Tomamos asiento. Fabio seguía incrédulo. Le miré a los ojos y le besé en los labios. Agarré su jarra y de un sólo trago bebí todo su contenido. La cerveza resultaba amarga en comparación con el dulzor del vino.

Decidí informarle de que Gina había muerto, y que en Florencia reinaba el caos, quise contarle el incidente del *palazzo*. Fue tajante al decir que no quería saber nada relacionado con la enfermedad. No quería saber de penurias y muerte. Se levantó de la mesa y fue a buscar una de las

meretrices que se paseaban por la posada para bailar con ella. Ahora, la que lo miraba incrédula era yo. El trovador y Paola estaban igual de asombrados. Mientras mi marido danzaba con aquella mujer y animaba a bailar a los borrachos que les aplaudían, me vi a mi misma sonriéndole al hombre de ojos azules y labios finos que estaba frente a mí, él me devolvía la mirada. El trovador no apartaba la vista de mí.

– Me gusta vuestro olor—su voz era dulce con un acento extraño—, aquí todos apestan.

– Paola y yo nos hemos dado un baño antes de emprender la marcha— su mirada penetrante me inquietaba, bajo mi pecho mi corazón se agitaba.

– Pero vos oléis diferente. No os habéis bañado en agua.— Tomo mi mano y olisqueo mi piel.

Ahora sí que estaba sorprendida, me di cuenta de que seguramente el olor del vino se quedó atrapado en mi piel. Paola se había sumado a la fiesta y bailaba animadamente con un campesino. Mi marido había desaparecido, otra vez. Mire al trovador.

– Subid arriba, vuestro marido tiene alquilada una alcoba, iré a buscarlo para que vaya a acompañaros y me aseguraré de que nadie os moleste.

Me pareció una buena sugerencia, no quería seguir más tiempo ahí abajo en medio de tanto caos. Solo quería cerrar los ojos y descansar, estaba agotada.

La alcoba era pequeña y sucia. Un jergón de paja y una silla eran el único mobiliario. La madera del suelo no pasaba por su mejor momento, me llegaba el jaleo de la planta inferior. Frente a la puerta había un pequeño ventanuco. Me recosté sobre el incómodo colchón. No podía quitarme al trovador de la cabeza. Era como si me hubiese hipnotizado. Hoy creo que realmente me hipnotizó.

Fue él quién me despertó.

– No encontré a vuestro esposo, lo siento— el azul de sus ojos se clavó en el verdor de los míos—. Debo partir, mañana a primera hora me esperan en la Villa de un gentilhombre para recitar mis poemas en unas nupcias, de lo contrario me quedaría con vos.— Entonces nos besamos.

–¿Volveremos a vernos?— No podía creer que esas palabras saliesen de mi boca.

– Quizás algún día.— Y el poeta cerró la puerta tras de sí.

Me sentí contrariada por mi comportamiento, por la actitud de Fabio, por el extraño que se acaba de ir y por todo lo sucedido.

No dormí bien esa noche. El jergón era incómodo, las ratas se paseaban

por la alcoba, el ruido de la taberna se colaba por las rendijas del suelo y no cesó hasta altas horas de la madrugada. Esperé a que Fabio o Paola subieran a la alcoba en vano. Cuando el cielo clareó descendí a la planta baja sin apenas haber reposado. Me sentía inquieta.

Había un gran revuelo en la taberna, un hombre había aparecido con el pescuezo desgarrado en las cuadras de la posada. Lo acompañaba una de las meretrices que frecuentaba habitualmente el lugar; presentaba los mismos desgarros en la yugular. Acusaban a Paola. La encontraron con una daga en la mano, dormida al lado de los cuerpos sin vida de la pareja y tenía sus ropajes manchados de sangre. Insistía en que no había sido ella, que no había matado a aquel hombre.

¡Y me acusaba a mí de haberlo hecho!

Me quedé pálida. Yo había pasado la noche en la alcoba. Cuando me retiré de la fiesta Paola bailaba con un campesino. Lamenté que el joven trovador no se encontrase ahí para confirmarlo.

– No podíais soportar saber que vuestro esposo era un libertino y por eso lo matasteis!— ¿Qué decía Paola? Yo no entendía nada.

La tabernera le cruzó la cara de un bofetón.

Seguía sin entender nada. ¿Paola estaba diciendo que yo había matado a Fabio? No podía ser. Fabio estaba divirtiéndose la última vez que lo vi. Estaría por ahí desprendiéndose de su embriaguez, era un libertino, le encantaba bailar y beber. Y a mí en realidad no me importaban todas esas cosas.

Su cuerpo yacía en el suelo de una cuadra, tirado entre la paja, no había mucha sangre, o eso me pareció, el cuerpo de la mujer con la que había estado danzando se encontraba junto al de él. Cuando me lo mostraron no me lo podía creer. Me tiré al suelo y lo abracé mientras sollozaba sobre su pecho. Lo quería. No estaba enamorada, pero lo quería. No me importaba cuando se iba a los burdeles. Siempre volvía, me relataba sus experiencias y yo me reía con él, nunca le reprochaba nada, solía decir que para lo único que había venido al mundo era para disfrutar y eso era lo que me encantaba de él. Aún así su muerte no cambiaba el hecho de que se había comportado como un cobarde, me había dejado sola cuándo realmente lo necesitaba.

Nada podía consolarme, no lloraba por Fabio, en pocos días había perdido aquellos a los que quería. Mis padres, Gina, esto había hecho brotar todo el dolor almacenado en mi interior. Para colmo Paola no hacía más que jurar que había sido yo la que había matado a Fabio. Mi compañera de viaje insistía en que había sido yo, y que ya había matado antes a otros dos hombres mientras intimaba con ellos.

La tabernera me había acompañado a la alcoba y había vigilado la puerta por orden del trovador. Sabía que yo no había salido en toda la noche.

– ¿Cómo podía decir eso de la Signora Potestà aquella libertina? Estaba claro que aquella meretriz tenía envidia de la bella dama...”

Un improvisado jurado formado por la tabernera, unos campesinos y el cura, muy asiduo a la taberna, llegaron a la conclusión de que Paola me tenía inquina a pesar de mi benevolencia hacia ella. Parecía que no necesitaban a las autoridades para decidir sobre la vida de aquella mujer. Nada podía hacer yo para salvarla, y de buena gana le hubiese rajado el cuello. Yo sabía que Paola no tenía motivos para matar a mi esposo, y aunque los tuviese no sería capaz de hacer tal cosa, pero jamás la perdonaría de acusarme a mí de ello. Ella no sabía nada de nuestro matrimonio. Era una pobre loca que hacía cualquier cosa por sobrevivir.

El improvisado jurado, capitaneado por el Pater, consiguió ponerse de acuerdo cuando el sol se situó en lo más alto del cielo. Aunque el representante del Señor era más partidario de la hoguera, por cuestiones prácticas, decidieron ahorcar a Paola. La gente del lugar estaba ansiosa por administrar justicia. Rápidamente fueron a buscar una cuerda. La rama de una encina fué el mástil. Cegaron sus ojos con un pañuelo, unieron sus muñecas con mimbre, la subieron a un asno y rodearon su cuello con la soga. El herrero posó un hierro candente en los traseros del animal y este salió disparado por el dolor. Paola quedó colgando mientras pataleaba. Cuando hubieron prendido al burro, sus piernas ya habían cesado todo movimiento.

Otra vez me encontraba sola. Y otra vez había perdido a un ser amado. Estaba empezando a cansarme tanta muerte. Quería estar en casa, pero no sabía si tenía una.

Capítulo IV

La tabernera se solidarizó conmigo y convenció a un caballero para que me custodiase hasta la Villa de los Potestà, próxima a Lucignano. Otro día más que pasaba viajando. Por suerte, esta vez iba en carro.

A pesar del traqueteo, me quedé dormida y no desperté hasta llegar a mi destino.

Fue Francesca quién me despertó. Las lágrimas inundaban sus ojos. Nos fundimos en un fuerte abrazo. Yo sollozaba, me habían devuelto al único lugar dónde no quería volver.

El caballero le había contado los hechos acaecidos durante la noche aunque su versión distaba un poco de la realidad, pues se creía que yo había seguido a mi marido para impedir que este se entregara al pecado, sin obtener resultado alguno.

Francesca quería que le contase todo lo que había sucedido desde que partimos hacia Florencia, tras aquel desagradable episodio con Gina. La pobre mujer no se perdonaba el haber discutido con su hijo la última vez que lo vio. Le conté la situación que nos topamos al llegar. El estado en el que estaban mis padres, la enfermedad de Gina, aunque parecía que lo único le importaba es que Fabio se fue y que yo salí tras él. Le conté que pasé varios días buscando a mi esposo, que se sentía terriblemente afligido por la situación, por ello buscó refugio en placeres mundanos. No era preciso dar más explicaciones ni ella las quería.

Me relato la terrible situación de la casa Potestà. Prácticamente había fallecido toda la familia. Sólo quedaban ella y Leonardo. Los negocios no marchaban bien debido a la enfermedad, que asolaba toda Italia, y las revueltas de campesinos. Unos libertinos se habían instalado en el Palazzo de Florencia y lo incendiaron mientras celebraban una fiesta. La familia Potestà había caído en desgracia.

Yo, que hasta hace poco era una niña inocente y débil, me había fortalecido con los hechos de las últimas semanas y días. En cambio, no vi rastro en ella de aquella fortaleza y determinación que tanto admiré hacía

apenas dos meses. Francesca había envejecido de golpe, parecía no encontrar fuerzas para seguir adelante. Aquello me apenó profundamente. Sentía un gran afecto hacia ella.

Por ese afecto que sentía hacia la madre de Fabio, accedí a contraer nupcias con el que, hasta ese momento, era mi cuñado. No sentía ningún aprecio hacia Leonardo, nunca me había causado buena impresión. Lo detestaba, tenía la sensación que casarse con él era firmar mi sentencia de muerte, pues había enviudado dos veces. Tenía la sensación que, al entregarme a él, ocupaba el lugar de mi querida Elena; aquello ennegrecía mi corazón. Aún así accedí, y quizás esa sea la peor decisión que tomé en mi vida.

Las nupcias se celebraron una semana después de la muerte de Fabio. No hubo banquete ni pompa alguna. Tampoco había mucha gente a la que invitar. Alrededor todo era muerte. Para la boda teñí el precioso vestido de seda verde, que Fabio había regalado para nuestras nupcias, de negro azabache. Mi corazón estaba de luto por todos aquellos a los que perdí, y no me importaría perder al hombre que me llevaba al altar.

Las nupcias se celebraron en una pequeña capilla que había próxima a la villa de la familia. El clérigo que ofició el enlace, *Pater Ovidio*, fue como un hermano para el difunto Don Marco Potestà, de modo que realizó una ceremonia breve. Los testigos fueron Francesca y él campesino que se encargaba de cuidar la villa cuando la familia estaba en la residencia de Florencia. Después del enlace almorzamos como un día normal. El único cambio que había respecto al día anterior era que Leonardo y yo íbamos a compartir el lecho.

– Espero que esta noche no lloréis mientras os hago mía— me causaba repulsión—. De pequeño me encantaba adueñarme de los juguetes de mi hermano.

– No os preocupéis, querido. Yo espero que no seáis tan breve como relataba Elena.

Eso había sido un golpe bajo. Tenía que quedarle claro que yo ya no era una niña. No iba a ser su marioneta como fueron Elena y Mariola. Yo era diferente y estaba dispuesta a demostrarlo.

Había vivido mucho en poco tiempo y todo aquello había dejado huella en mí. La noche de bodas le enseñé a mi esposo con quien trataba. El Sol cedió su lugar a la Luna, que brillaba en lo alto del cielo, me serví una jarra de vino y me retiré a la alcoba de Leonardo. Me senté sobre la repisa de la ventana, dejando que la suave luz del firmamento dibujase mi silueta. Desabroche la parte superior de mi camisa dejando al descubierto mis

senos. Cuando Leonardo cruzó la puerta de la alcoba yo ya había acabado mi vino. Me encontró esperándolo apoyada contra la ventana, mis pezones estaban endurecidos debido a la brisa que se colaba por mi espalda, había recogido mi saya hasta la altura de mi cadera y mis piernas abiertas no ocultaban nada a mi esposo. Sabía lo que aquella visión producía en los hombres, así que empecé a acariciarme pronunciando su nombre y rogándole que me tomara. Se lanzó sobre mí. Ávido de placer lamió mis pezones. Yo le correspondía con falsos gemidos. En el momento en que su miembro rozó el vello de mi pubis se vació antes de llegar siquiera a introducirse en mi interior. Él me había dado algo con que atormentarlo. Mi querida amiga tenía razón en cuanto a su resistencia.

Los días pasaban y contemplaba como Francesca se iba apagando. Sabía que le quedaba poco de vida. Deseaba profundamente topar algún día en Leonardo un bubón o una mancha negra. Me sentía atrapada. Por las noches cuando mi marido me tomaba durante aquel breve instante, cerraba los ojos y soñaba con unos ojos azules y una fina sonrisa. No lograba expulsar al trovador de mi mente, tampoco quería. Aquel enigmático hombre había dejado huella en mi.

Acudía a misa con más frecuencia de la que realmente deseaba. Aquello contentaba a Francesca, que tenía gran aprecio al Pater Ovidio. A mí me resultaba repulsivo aquel viejo de mirada turbia, no podía olvidar las dos noches rezando junto al lecho de Erasmo.

Una mañana de aquellos primeros días de agosto, advertí que tenía una falta. No podía ser. Nadie debía saberlo. No podía traer al mundo un hijo de Leonardo. Tenía que buscar el modo de deshacerme de ese ser de mi interior. No quería que me matase como a Elena. Lo sé, me había convertido en una pecadora y me daba igual.

Sabía que en la villa había una curandera. Tenía fama de hechicera y era difícil de localizar, pues corría el rumor de que le asqueaba la sociedad. Estaba segura de que aquella mujer me ayudaría, por un módico precio, a deshacerme del problema que llevaba en mi interior. Los campesinos seguramente sabrían dónde hallarla, debía de ser discreta. No podía armar mucho revuelo al localizarla. Si alguien se enteraba podríamos arder ambas en la hoguera. Estaba dispuesta a correr ese riesgo. Prefería morir en el fuego a morir en el parto.

Una vez tomé la determinación de localizarla, decidí preguntar en el pueblo, aludiendo al hecho de que no me había despedido de Fabio, y este venía a mi cabeza por las noches. Aquel ardid era mucho menos peligroso

que el verdadero motivo por el que buscaba a esa mujer. Si llegaba a oídos inapropiados no correría peligro mi vida.

Mientras la buscaba, desesperaba. Tendría que pensar en otro modo de deshacerme de mi pequeño problema. Leonardo sospechaba de mi estado, yo le instaba a que no se hiciese ilusiones hasta que estuviese en un estado avanzado, pues ya sabíamos cuales eran los riesgos. La perspectiva de un nieto mejoró el ánimo de Francesca. Lo que alegraba a mis allegados a mí me hundía. Me sentía cada vez más atrapada. Estaba cansada de llevar aquella vida que no quería, solo por contentar a los demás. Tenía que encontrar una salida. Debía volver a tomar el control de mi vida.

Aquella tarde de finales de agosto sentía que se me iba el aire. La desesperación recorría cada rincón de mi alma. Las lágrimas ya no brotaban de mis ojos verdes. Había perdido la capacidad de llorar. No quería seguir adelante con todo aquello. No quería ser madre de aquella criatura que crecía en mis entrañas. Me lancé al bosque, quería topar la forma de hacer desaparecer lo que llevaba en mi interior. Me daba igual morir en el intento. No quería aquella criatura.

Vagué por entre los árboles, sin rumbo, durante largo tiempo. La angustia abatía mi corazón. El calor era sofocante, sentía sed, más no hallaba lugar alguno de donde beber. Caminé sin rumbo, el sol era implacable. Me ahogaba a cada paso que daba. Me desplome sobre la tierra de aquel bosque de encinas.

Volví en mí en una pequeña cabaña. Estaba recostada sobre una piel de animal, seguramente de un lobo. No sentía ni frío ni calor. Una mujer de extraña belleza se encontraba en cuclillas a mis pies. Estaba semidesnuda. Unas pieles cubrían sus pechos y una especie de saya de lino ocultaban la zona bajo su vientre y parte de sus piernas. Sus cabellos largos y negros no iban ni recogidos ni cubiertos, llevaba sus rizos sueltos y, prendidas en ellos, varias plumas de pavo real. Sus ojos eran casi tan verdes como los míos y sus labios se asemejaban al color de las frambuesas. Su piel era tan morena que parecía haber sido tostada al sol por más de mil años, y sus movimientos eran casi felinos. Intuí que aquella era a quien buscaba, presentí que no era muy dada a vivir en comunidad.

– Os encontré en el bosque. Vuestra piel desprende el aroma de la sangre. También percibo la muerte en vuestra piel, y la tristeza; oléis a lujuria y vino. Vuestras manos han cercenado la vida de los opresores, y él, que nunca muere, os ha protegido— su voz era dulce e infantil y giraba la cabeza de un lado a otro, parecía bailar mientras me hablaba—. Habéis renegado del dios católico, lo intuyo. Por vuestra mirada bien podríais ser

mi hermana.

– Me habéis salvado. Me gustaría agradeceróslo.

– Vos me buscasteis, más sabéis que sólo me encuentra aquel a quién quiero encontrar. No acepto el oro de los cristianos, para mí no vale nada. Lleváis una carga que no queréis, dejad que os libre de ella.

Mientras pronunciaba esas últimas palabras, la hechicera, posaba su mano sobre mi vientre. Noté que algo se agitaba en mi interior. No tenía miedo. No la veía como una enemiga. Extrañamente me vi reflejada en ella. De algún modo estábamos conectadas.

Retiró la mano de mi vientre y sonrió. Sus dientes eran blancos como perlas, estaban extrañamente afilados. Se movía por aquella pequeña cabaña como si fuese un animal. Intuí que estaba acostumbrada a convivir con ellos. Un pequeño fuego centelleaba bajo un pote colgado del techo en el centro de la estancia. El suelo era de tierra, estaba cubierto de pieles de diferentes animales. Un asta de venado colgaba de una pared, la piel de una liebre, lagartos disecados, la cabeza de un jabalí... Era abrumadora la cantidad de restos de animales que había adornando la estancia. Intuí que no era precisamente decoración. De repente, advertí la pieza central de la colección encima de la puerta; una cabeza de macho cabrío.

Me puse en pie de un salto.

– Tranquila, olvidaros de todo aquello aprendido en la iglesia. El dios católico y esclavista aquí no entra. Aquí somos libres de todo prejuicio y falsa moral. La cabeza de la cabra simboliza la libertad. Proceso la Vecchia Religione. Mi diosa es Aradia, hija de Diana, descendiente de Lilith. Aradia nació para librarnos de la esclavitud y darnos el poder de la magia para luchar contra los opresores. Sé que vuestros enemigos son los míos. Me llamo Taciana. Podéis relajaros, vos libraré de la carga de vuestro vientre.

– Me llamo Giulia, ¿Vais a ayudarme entonces?

– Claro, yo tampoco querría llevar tal cosa dentro.

– ¿No queréis ser madre?

– Hay demasiada gente, ¿para qué traer a otro ser a este mundo?

Conversamos durante largo rato. Mi interlocutora tenía una forma de pensar cuanto menos curiosa. Me sorprendía su punto de vista, aunque yo misma había pensado de ese modo en repetidas ocasiones. Yo, al igual que Taciana, renegaba de Dios. Había pecado sin importarme. Incluso a veces de forma intencionada. No había confesado estos pecados, es más, había mentido al pater y cambiado los hechos. Y ahora iba a cometer otro pecado imperdonable. Iba a matar al hijo que no quería. Igual yo también era una hija de Aradia.

La hechicera dispuso un barreño junto al fuego. Repitió la misma acción metódicamente, acarreaba agua en un caldero, que traía del exterior de la cabaña, y la vertía en el pote. Cuando se había calentado, la vertía en el barreño, y de nuevo volvía a hacer el mismo proceso hasta que lo hubo llenado. En el interior del barreño derramó diente de león, lavanda y camomila. Entonaba un extraño cántico, en una lengua desconocida, mientras parecía bailar alrededor del recipiente. Arrancó una de las plantas que crecían en el suelo de la cabaña. Las hojas eran anchas y de un color verde oscuro. Sus flores eran pequeñas y blancas. Sin embargo, su raíz era larga y gruesa, parecía un hombre barrigudo y desprendía un olor pestilente.

—No os preocupéis, la mandrágora, en la dosis adecuada, es muy beneficiosa— su sonrisa era tranquilizadora.

— ¿Es con ella con lo que expulsaréis a la criatura de mi vientre?

—No, esta planta tiene otras propiedades, desde tiempos ancestrales se usa para mitigar el dolor del cuerpo y el alma. En ocasiones nos permite hablar con los dioses, y en otras, acabar con nuestros enemigos. Al ser lo arrancaré con mis manos de vuestras entrañas— a mí mente vino el recuerdo del malogrado alumbramiento de Elena—, no os preocupéis, nada malo os sucederá, el agua de la tina limpiará los humores malignos que os quieran acechar y el macho cabrío os protegerá durante el trance.

Llevé a mi boca el trozo de raíz que Taciana me entregó. Era excesivamente amargo. Entré en el barreño. Me recosté con las piernas abiertas. El agua caliente resultaba reconfortante. Todo parecía girar a mi alrededor. La habitación daba vueltas sin parar. Taciana bailaba de la mano de un hombre con cabeza de cabra, ambos reían sin parar. Quise bailar con ellos pero algo me obligaba a permanecer sumergida. No era agua lo que había en su interior. Me estaba bañando en sangre. Era la sangre de Fabio. Mi antiguo marido me acariciaba el cuello con su lengua, que ahora era bífida. Aquello me hacía cosquillas. Lo quise besar para saciar mi lujuria, pero de repente no era él. Frente a mí apareció el trovador, con sus ojos azules me observaba y reía a carcajadas. Reí con él. Quise levantarme y bailar, pero algo me impedía levantarme. Taciana me acariciaba las piernas mientras Gina me susurraba al oído que me fuese con ella a otro lugar. ¡No la escuches! Fabio me gritó y empujó a Gina al exterior del círculo de fuego que nos rodeaba. La música de una flauta sonaba alegremente, pero yo me estaba empezando a cansar. Tenía sueño. Le dije a Fabio que no lo quería ver más y él me besó en la frente. Todo daba vueltas y de pronto se volvió negro.



El canto de los pájaros se percibía desde el exterior de la estancia. La luz entraba con fuerza. ¿Dónde estaba? Parecía que la cabeza me iba a estallar. Noté una pequeña punzada bajo el vientre y un ligero recuerdo llegó a mi mente. Pero no estaba en ninguna cabaña. Estaba en el lecho que debía compartir con Leonardo desde nuestra boda. La luz me molestaba inmensamente. No lograba comprender cómo había llegado hasta ahí. Todo era confuso.

– Al fin despertasteis,— la voz de un hombre sonaba con un tremendo eco en mi cabeza— nos disteis un susto tremendo. Madre temía por vuestra vida.— El semblante de Leonardo me miraba inquisitivo— ¿A qué fuisteis al bosque sola?

– ¿Qué bosque?— No lograba recordar con exactitud.

Llevaba varios días inconsciente. Me habían hallado unos pastores dormida en medio del bosque. Mis ropas estaban rasgadas, y mi cuerpo lleno de heridas. Los pastores aseguraban que parecía que me hubiese atacado un lobo. Como consecuencia había perdido el hijo de Leonardo que llevaba en mi interior. Aquello no me apenaba en absoluto.

Mientras permanecía postrada en aquella cama, no alcanzaba a entender, el porqué seguía pensando en el azul intenso de los ojos del trovador. Era como si me hubiese hipnotizado. Sabía que en el fondo se debía solamente al hecho, de que cuando Fabio me dejó de lado y a mi suerte, aquel hombre de intensa mirada y labios finos, me protegió. Me tendió la mano, sin esperar nada a cambio. Pudo haberse apropiado de mi cuerpo mientras reinaba la locura y no lo hizo. En aquellos días divagaba demasiado, no conseguía ordenar las ideas en mi cabeza. Soñaba con la hechicera y lo vivido en aquella cabaña. Pero no sabía con certeza si había sido real, quizás aquella planta me hizo olvidar o quizás simplemente me desmayé en el bosque.

Las hojas empezaban a caer de los árboles cuando me curé de mis heridas. Francesca había envejecido aún más, tras la noticia de la pérdida del bebé. Pasaba los días postrada en el lecho y ni siquiera se levantaba para almorzar. Tenía que poner fin a esta situación. No podía verla así.

– No podéis seguir así. Tenéis que levantaros.

– El Señor ha maldito esta familia, y es todo culpa de mis pecados.—La que antaño fue una mujer dura hoy era un amasijo de lágrimas, quizás tanta dureza le había pasado factura— Me ha castigado,

porque he pecado. He cometido actos imperdonables. Por eso me ha dejado sin mis hijos más queridos.— Agarró con fuerza mi mano— Marco no podía concebir, sólo pudo darme a Leonardo— rompió a llorar— Fabio, Luca y Lorenzo fueron producto de mis pecados. Cuando Marco marchaba de viaje, le encargaba al pater Ovidio mi protección.

No podía creer que aquella mujer tan devota guardase tales secretos. No soportaba verla sufrir de tal manera. Se estaba confesando conmigo. Yo que había matado, que me había entregado a los placeres de la carne, que había mentado en la iglesia, que había acudido a la magia para matar a su nieto, yo no era quién para juzgarla. Acerqué mi boca a sus oídos y le relaté todo aquello que había hecho para sobrevivir. Le hable de cómo su hijo me violaba, de lo que hacía cuando se ausentaba y buscaba el placer entre los brazos de hombres y mujeres por igual, de los centinelas, de la orgía de sangre y vino que se llevó a cabo en su palazzo, de Paola, del trovador y como pensaba en él cuando me abría para Leonardo, de lo mucho que ansiaba ver a su hijo muerto y de Taciana y sus rituales. Francesca me miraba horrorizada.

“Yo te perdono” le susurré al oído. Aferré con fuerza el almohadón y lo apreté fuertemente contra su cara. Opuso menor resistencia que el centinela. Ella estaba cansada de vivir, y le ahorré el sufrimiento. Posé mis labios en su mejilla con un dulce beso. Cerré sus ojos con mis manos. En su semblante descansaba una sonrisa.

Entonces me apresure al encuentro de mi esposo para darle la terrible noticia.

Capítulo V

El Padre Ovidio estaba muy afectado por el fallecimiento de la más devota de las fieles de la pequeña iglesia que él administraba. Así como fue breve la ceremonia que ofició para mi boda con Leonardo, se extendió sobremanera en el funeral del Francesca. Quería asegurarle el cielo.

La difunta y el clérigo se habían conocido hacía treinta años atrás. El era un buen amigo de Marco, ella, la solitaria esposa que se quedaba sola durante muchas jornadas cuando su marido se ausentaba durante semanas para vender la lana de sus ovejas. Lo que comenzó siendo una amistad, acabó en pasión, y la pasión con el paso de los años se convirtió en un amor prohibido. De ese amor nacieron los tres hijos menores de la familia Potestà. Marco consentía con la condición de que la noticia no saliese de los muros de la villa. Ahora, de aquel amor no quedaba nada. El Señor lo había castigado llevándose a Francesca y a los tres frutos de su pecado. Tarde o temprano se lo llevaría a él también.

Leonardo ahogó en el vino el dolor que le causaba el fallecimiento de su madre. Para él, ella era la única mujer buena sobre la faz de la Tierra, a la altura de la madre de Dios. A mí no me tenía en gran estima y empezó a volverse violento en su forma de dirigirse a mí. Francesca ya no estaba y ya no tenía motivos para ser amable conmigo.

Sólo había una cosa que le interesaba. Noche tras noche yo lo esperaba en su alcoba y él, de manera frenética, y durante un breve instante, tomaba posesión de mi cuerpo, luego, yo regresaba a mi alcoba y aguardaba el amanecer en mi preciada soledad.

Los padres de mi esposo pasaron sus primeros años de matrimonio en la residencia de las afueras de Lucignano. Eran campesinos que habían prosperado. Cuando don Marco hizo fortuna con sus negocios se trasladaron a Florencia, habían dejado todas las ovejas a cargo de los pastores. Con la llegada de la pestilencia, y después de los últimos acontecimientos, nos establecimos en el campo. En aquel momento nos

encontrábamos faltos de mano de obra. La enfermedad se extendía de manera implacable y la población mermaba. Daba igual que estuviésemos en el campo o en la ciudad, todos los días alguien se contagiaba y alguien moría. El comercio se resentía, casi no había compradores. Todo ello hizo necesario que nos pusiéramos a trabajar en la villa para sacar adelante algo de producción y así poder mantenernos mientras permaneciésemos con vida.

El trabajo me liberaba. Era una manera de escapar de Leonardo. El pastoreo me aportaba mucho más de lo que él podría imaginar.

Una mañana de mediados de septiembre, salí con las ovejas en busca de un lugar para pastar. Pasamos junto a la linde del bosque. Un recuerdo que hasta el momento yacía enterrado en algún rincón de mi mente vino a mi.

Me adentre en el encinar, llevaba las ovejas por entre los árboles. El calor no era tan agobiante como la última vez que había paseado por el bosque, o eso me pareció. Mi ánimo tampoco era el mismo. No llevaba mucho rato caminando cuando localicé mi objetivo: Una pequeña y solitaria cabaña de piedra se erguía en un apartado rincón del bosque. En el hueco de entrada una piel de arce hacía de cortina. Asomé la cabeza hacia el interior.

Taciana vestía con escasas ropas, esta vez unas flores y sus cabellos sueltos cubrían sus senos y una especie de saya de algo que parecía ser lino tapaba su parte baja del ombligo. Un brebaje borbolleaba en el pote del centro de la estancia mientras la hechicera pronunciaba unas palabras en un idioma ininteligible para mí. Alzó sus ojos verdes para encontrarse con los míos; verdes también. Una sonrisa se dibujó en su rostro que se reflejó en el mío como si de un espejo se tratase. Mi amiga me invitó a pasar.

Me senté a su vera sobre la tierra. Con una especie de cucharón extrajo un líquido del color carmesí procedente del caldero. Ambas bebimos aquel brebaje dulce y caliente. Inmediatamente me sentí reconfortada. Era la misma sensación que sentía después de beber gran cantidad de vino, pero mil veces mejor. Parecía flotar. Me sentí inmensamente feliz. Taciana parecía sentir lo mismo. Ambas reímos. Nos besamos y nos abrazamos. Bailamos y cantamos. Durante un largo rato nos vimos sumergidas en un extraño éxtasis. Aquella droga era maravillosa.

Pasado el efecto de la poción, empecé a relatarle a mi amiga los últimos acontecimientos de mi vida. Le hablé de cómo me había sentido cuando liberé a Francesca de su dolor, de la cárcel en la que vivía por haberme casado con Leonardo, y de lo que deseaba volver a ver al trovador y sus hipnóticos ojos azules. Me agradaba saber que con ella no tenía que

fingir, no tenía la necesidad de ocultar-le nada. Me liberaba poder contarle a alguien mis secretos más oscuros. Ella también me relataba sus experiencias y su vida diaria, tan diferente a la mía.

Había nacido en la misma cabaña en la que nos encontrábamos. Su madre, que era una criada que trabajaba en las cocinas de un cercano castillo, había sido una muchacha de gran belleza. El señor del castillo se encaprichó de ella y la hizo suya, parecía una historia sacada de un cuento sino fuese porque cuando el noble hombre descubrió que aquella chiquilla llevaba en su vientre el fruto de la pasión, la repudió y abandonó en el bosque. Una vieja que habitaba el bosque la encontró y cuidó de ella, pero no sobrevivió al parto. Taciana nació sin madre, fue criada por aquella anciana que le enseñó todo lo que sabía.

No regresé con mi marido hasta que llegó el ocaso. Leonardo me esperaba sentado en la mesa de la cocina. Estaba furioso. Había llegado de la taberna y no me había encontrado en mi lugar, donde debía estar esperándolo para satisfacer sus deseos.

– Tengo hambre, sírveme— su voz sonaba con desprecio— ¿De dónde vienes?

– De pastar con las ovejas, salí después del alba y en algún momento me desorienté— no parecía que le convenciesen mis explicaciones.

Le serví y me senté junto a él. Yo también tenía un hambre voraz. Iba en contra de los designios del Señor ingerir alimentos una vez que el sol se ocultaba y yo estaba descubriendo que había nacido para pecar.

Aunque detestaba a mi esposo, él era un hombre apuesto y algunas criadas suspiraban al verlo. Algunos de sus rasgos me recordaban a Fabio, tenía el pelo rizo y negro, algunas canas habían hecho acto de presencia en su cabello y esto le otorgaba cierto atractivo. Sus ojos eran castaños y sus labios carnosos, tenía una mandíbula prominente y un hoyuelo dividía su mentón. Poseía una espalda ancha, al igual que sus musculosos brazos. Leonardo, al contrario que su hermano, era tosco en sus formas. Dirigió una mirada irascible hacia mí mientras yo lo observaba. Agaché la cabeza y clavé mi mirada en la mesa. La mejor forma de apaciguar a mi esposo cuando estaba ebrio era mostrarme sumisa. Era tan simple que desde el primer día de casados supe cómo sobrellevarlo.

– Perdonadme, no puedo resistirme a observaros— emitió un gruñido ante mi interrupción—, sabéis que me domina el deseo de estar en vuestros brazos.

–Iréis al infierno— se estaba apaciguando su humor—. Las buenas señoras no disfrutan con la carne.

—Esperemos que el Señor tenga en cuenta que con ello contento a mi esposo— mi voz sonó extremadamente dulce mientras me arrodillaba entre sus piernas.

Una noche más, había domado los demonios de mi esposo. No llevaba mucho rato satisfacerlo, yo no disfrutaba con ello, al contrario, me sentía sucia, invadida, dolida. Cerraba los ojos y suplicaba que acabase pronto. Por suerte acababa pronto, él se vaciaba la mayoría de las veces incluso antes de llegar a introducirse en mi interior. A él tampoco le preocupaba si me satisfacía, es más, disfrutaba más si sabía que yo no gozaba, así que yo fingía disfrutar con ello.

A solas en mi lecho pensaba en la belleza de mi anhelado trovador. Evocaba su mirada azul, enmarcada por sus finas cejas, su rostro salpicado por diversas pecas, su rostro perfectamente afeitado, sus finos labios enmarcando una sonrisa y el hoyuelo de su mentón. Su seductora voz sonaba en mi cabeza y, lejos de desvanecerse, su recuerdo era cada vez más intenso. Yo me recreaba en su recuerdo y lo imaginaba junto a mí. El deseo por estar cerca de él me quemaba por dentro.

La monotonía me oprimía. Todos los días eran iguales. Levantarse al alba, ir a misa, unos días iba al molino, otros al telar, otros llevaba las ovejas a pastar, al llegar la media mañana preparaba el almuerzo, y después otra vez al trabajo. Mientras yo trataba de mantener a flote la casa de los Potestà, Leonardo la hundía en la taberna. Pasaba el día entre meretrices y borrachos. Era habitual que algún criado lo llevase a costas al finalizar la jornada hasta la puerta de nuestro hogar.

Un par de veces por semana me adentraba en el bosque y escapaba de mi vida. Taciana me instruía en sus ritos. Me enseñaba para qué servía cada planta, cuáles curaban y qué curaban, cuáles mataban y cómo mataban, cuáles adormecían y qué dosis necesitaba. Por ejemplo, mientras la iglesia condenaba los baños, mi amiga sostenía que limpiaban el cuerpo y el espíritu alejando los males. Había una poción para casi todo, no sólo consistía en filtros de amor, de hecho mi amiga no era partidaria de estos. Había remedios para el resfriado, el dolor de espalda, para evitar encintarse, para la jaqueca. Sin embargo, la Santa Iglesia prohibía todo aquello.

En la aldea se empezaba a murmurar que yo era una pagana. Algunos me miraban de forma extraña. Para acallar los rumores decidí aumentar mis paseos a la iglesia. Todos los días iba a orar dos veces, a la mañana y a la tarde. Todos los días me sentaba en los bancos más cercanos al púlpito y desde ahí observaba a aquel viejo decrepito que escudriñaba con lujuria los pechos de las jovencitas que asistían a misa mientras babeaba sobre su

sotana. Aquello me divertía y causaba repulsión a la vez. Muchas veces al acabar la liturgia me dirigía al bosque y visitaba a mi amiga la hechicera y juntas estallábamos en carcajadas al hablar del cura. Sólo por aumentar nuestras risas empecé a mostrar un generoso escote durante el oficio religioso. El pater clavaba su mirada lasciva en mis senos y se trababa en la lectura del santo vangelo cuando los elevaba intencionadamente. Mi amiga también empezó a acudir a misa. Se vestía con una camisa y saya decentes y recogía sus cabellos negros como el azabache en una sola trenza. Tenía fama de hechicera y nunca había pisado la iglesia. Aquello sorprendió a la gente de la aldea. Unos pensaban que yo era una santa que estaba evangelizando a la curandera. Otros afirmaban que yo también era una bruja. Al clérigo lo único que le importaba era que nos arrodillásemos en la primera hilera de bancos.

A mi esposo no le gustaba ni Taciana, ni mi reciente interés por ir a misa, ni mis fugas hacia el bosque, y me repetía una y otra vez que los campesinos murmuraban que yo era una bruja.

– Acabarán quemándote en la hoguera— yo ya no sabía si era más insoportable ebrio o sobrio.

– Y vos disfrutaréis con ello querido esposo.

Notaba su desprecio hacia mi a cada instante. Cuando quería algo me lo ordenaba con malas palabras. Si no le convencía mi escote, o el plato que le preparaba, o como había recogido la mesa, o lo que le había ordenado a los criados, no dudaba en hacer patente su fuerza y superioridad. Con sus fuertes manos me sujetaba por un brazo y me oprimía hasta que a causa del dolor me doblegaba sobre mis rodillas. Yo me resignaba deseando que llegase el momento de mi venganza. Ni me molestaba en fingir que lo apreciaba. Para apaciguar su ira clavaba mi mirada en el suelo y no le contrariaba. Aquella actitud sumisa me agotaba pero era el único modo de permanecer con vida. Empecé a mantener siempre su jarra llena. Leonardo bebía y bebía. Cuando vaciaba la jarra se la volvía a llenar. Y así hasta que mi amante esposo caía al suelo perdiendo la consciencia. Aprovechaba cada instante para escapar al bosque junto Taciana, que se había convertido en la hermana que nunca tuve. Allí, lejos de él, me sentía libre.

Una mañana, al salir de misa, llegó a mis oídos que había un trovador en la taberna cercana a nuestra villa. Mi cuerpo tembló de emoción ante la posibilidad de ver a quien tanto deseaba. Habían pasado meses desde aquella noche, y cuando la rememoraba no pensaba en el asesinato de Fabio ni en la ejecución de Paola; mi mente evocaba el recuerdo de los ojos del

trovador, de sus labios, de su voz... Me dirigí a la taberna. Era la primera vez que entraba en ese lugar. La única iluminación con la que contaba era la de un par de antorchas y el fuego del hogar. Aquel lugar estaba prácticamente en penumbra. Olía a vino rancio, sudor y mugre. La tabernera lucía un escote que poco dejaba a la imaginación de sus clientes. Se movía con presteza entre las mesas haciendo cariñosos gestos a los parroquianos. Un hombre de cabellos rizos y castaños que le llegaban hasta la altura de los hombros recitaba versos acompañado de la música que salía de su laúd.

No era el trovador que buscaba.

Me quedé plantada en la puerta, advertí que toda la taberna había reparado en mi presencia. Localicé a Leonardo en una de las mesas, introducía unas monedas en los generosos pechos de una joven que se contoneaba como si fuese una sierpe. Le lancé una mirada furiosa, me dirigí a mi esposo y le crucé la cara de un bofetón, di media vuelta y me dirigí hacia la salida. Los campesinos y borrachos estallaron en una gran carcajada general. Tan pronto como salí esboqué una sonrisa en mi rostro. No me había encontrado con mi trovador sin nombre, pero había ridiculizado a mi amante esposo.

Dirigí mis pasos, como cada vez con más frecuencia, hacía el rincón del bosque donde se ocultaba la cabaña de mi amiga. El anhelo por volver a ver al trovador me quemaba por dentro. Según iban transcurriendo los días soportaba menos mi existencia; en diversas ocasiones me había visto en sueños a mi misma abandonando mi vida y partiendo en busca de aquellos ojos azules que habían arrebatado mi cordura. Anhelaba al trovador tanto como a mi libertad. Mi amiga insistía en que no podía ser amor aquella obsesión, achacaba mi desesperación a mi ansia de escapar. Decía que me aferraba al recuerdo de mi encuentro con un hijo de Lilith.

Entré en la residencia de la hechicera al borde de un ataque de nervios. Por un instante había tenido la esperanza de verlo en la taberna y esta se esfumó en un segundo, al ver a un hombre totalmente distinto al que anhelaba. El trovador se había convertido en mi amor platónico, en algo totalmente inalcanzable, como mi libertad. No sabía siquiera su nombre ni donde podría estar. Los trovadores no se establecían en ningún lugar e iban de ciudad en ciudad recitando sus versos. Pensé en marchar a Pistoia y esperarlo en aquella posada. Igual el trovador jamás volvería a esa posada y yo esperaré en vano. Mi mente divagaba pensando en mi anhelado poeta y la libertad que él simbolizaba para mí. Se había convertido en una obsesión.

Todos estos pensamientos los compartía con mi querida Taciana, la

cual se convencía, cada vez más, de que dicho trovador era un ser que habitaba en la oscuridad, desde la noche de los tiempos. Siempre me causaban gran impresión sus creencias. De todos modos las prefería a las mías, pues yo cada día que pasaba abandonaba más aún el credo que mis padres me habían inculcado. Me había convertido en una pagana, como ella.

Si mi amiga estaba en lo cierto, y el trovador era el ser que ella decía, acudiría con un antiguo rito. Nunca había realizado tal ceremonia, pero estaba segura de que resultaría. Era más complicado de lo que estaba acostumbrada.

Yo estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de volver a verlo. Era como una enfermedad.

Tuvimos que esperar a la última noche del mes de octubre. Una vez Leonardo cayó al suelo bajo el efecto del vino, y la mandrágora, abandoné la villa. Llegué a la cabaña poco después de esconderse el Sol. La Luna llena reinaba en el cielo. Su luz plateada iluminaba con fuerza el crepúsculo. Taciana tenía todo dispuesto para nuestro ritual. Un cordero, previamente alimentado con varias raíces y belladona, colgaba boca abajo del techo; debajo, un círculo con una estrella en su interior marcaba el lugar donde me debía situar. Me quité la ropa. Me adornó el cabello con una corona de margaritas. Situó la cabeza del macho cabrío frente a mí. Prendió fuego a unos ramilletes de romero, lavanda, mandrágora y cáñamo que habíamos preparado hacía unas semanas. Mi amiga comenzó a bailar en círculos a mi alrededor mientras recitaba algo en aquel extraño idioma que usaba para sus ritos. Después de rodearme siete veces, posó los ramilletes humeantes en el suelo. El aroma y el humo de aquellas plantas inundaba la estancia. Me cedió la daga. La aferré entre mis manos y rasgué la yugular del cordero. La sangre templada del animal comenzó a brotar como si se tratase de un manantial. Se derramó sobre mi cabeza. Aquel espeso líquido color carmesí cubrió mi cuerpo. Taciana recogió en un cuenco parte del fluido. Bebimos de él. Era dulce y caliente. La llama del hogar bailaba proyectando extrañas formas en las paredes del lugar. Todo era confuso a nuestro alrededor. El macho cabrío se irguió en frente, poseía piernas y cuerpo de hombre. Se acercó a la bruja, ella se arrodilló ante su presencia y clavó su mirada en el suelo. El extraño ser lamió su cara, la levantó y se giró hacia a mí. Sus ojos rojos me miraron fijamente, alargó su brazo y me tendió la mano, yo le entregué la mía. Tiró de mí fuera del círculo y salimos al exterior. La luna se había ocultado tras las nubes. Un enorme lobo con la mirada fría como el hielo me observaba. Inqué mis rodillas en la tierra. El

lobo se acercó, emitió un aullido que rompió el silencio de la noche. La manada me rodeaba. Los canes empezaron a lamer mi cuerpo teñido de rojo. La lluvia comenzó a caer con fuerza.

Me quedé quieta, bajo la lluvia de la última noche de octubre, esperando que mi trovador apareciese. Al romper el alba entré en la cabaña y me tumbé junto a mi amiga.

No apareció.

La lluvia parecía que no iba a cesar nunca. Cada vez llovía con más fuerza, debía regresar a la villa, aunque no tenía mucha prisa por volver. Pasé gran parte del día con Taciana. Llegamos a la conclusión de que igual el ritual era para invocar a otro ser, o que quizás mi trovador era un hombre normal y corriente, y no ningún ser nocturno, como se empeñaba mi amiga en afirmar. Sea como fuere no decidí regresar junto a mi esposo hasta bien entrada la tarde.

La gente salía de misa cuando yo llegaba a la residencia de los Potestà. Leonardo estaba furioso. Me había ausentado durante una noche y un día enteros y sostenía que yo lo había drogado con algún tipo de brebaje.

— ¿Cómo puedes decir tal cosa? Quizás si bebieses menos vino tendrías una visión más acertada de la realidad.— Lo hice dudar.

Sabía que muchos días tomaba tanto que yo tenía que arrastrarlo hasta su lecho, y no era la primera vez que iba a buscar a un criado para que me ayudase a tal fin. Esa noche no fue diferente, adopté la costumbre de aderezar su vino con algo más que jengibre. El muchacho que cuidaba de las ovejas fue el que me ayudó esta vez. Después de dejarlo en su alcoba, salí al exterior a disfrutar de la suave luz de la Luna. Apoye mi espalda contra el tronco de un olivo que ocupaba el centro del patio.

— No sabía que erais hechicera— la voz del trovador sonó jocosa tras de mí— dicen las malas lenguas que os bañáis en sangre.

— Sólo las noches de luna llena— sonreí, puede que el hechizo si hubiese surtido efecto.

El trovador me miraba divertido al ver mi expresión de incredulidad. Sus ojos eran de un profundo azul, sus dientes brillaban con su sonrisa. Llevaba sus cabellos rubios excesivamente cortos, para la moda del momento, era más alto que el resto de hombres que conocía, su piel tan blanca como el mármol, sus brazos musculosos al igual que su vientre.

—Pues es una pena que os bañéis en sangre solo las noches de Luna llena, el resto del mes también hay que asearse— yo no salía de mi asombro, ¿cómo podría él saber aquello?

– Bueno, puede llegar a resultar muy escandaloso si se hiciese público.

Rompimos a reír. Era una conversación de lo más peculiar. Seguimos bromeando un buen rato sobre los baños con sangre y otras cuestiones que aún hoy en día escandalizarían a gran parte de la población.

Cuando nuestras miradas se cruzaban, me daba la sensación de que estaba a punto de saltar al fondo de un precipicio. Nada existía excepto nosotros. Él se acercaba cada vez más a mí, y yo me dejaba seducir. Yo sabía que Leonardo dormía en su lecho, aún así me importaba poco, o nada, que se asomase a la ventana y viera cómo Gaius me besaba. Así se llamaba mi querido trovador.

No podía separar mis labios de los suyos, me deje llevar por el deseo que sentía hacia él. Sus hábiles manos retiraron mi vestido dejándolo caer sobre la fría hierba. Se quedó un instante sonriendo, observando mi cuerpo desnudo con una mirada pícara. Hizo lo propio, se quitó la ropa arrojándola al suelo junto a la mía. Me deleité observándolo. Su cuerpo perfecto parecía pertenecer al de un antiguo dios romano. Sus músculos se marcaban bajo su piel. Donde fuera que posase mi mirada había perfección. Todo era dureza en su cuerpo, desde sus brazos, hasta sus abdominales, y por su puesto su miembro erecto también estaba muy duro. Parecía que tuviese frente a mí al mismo Hércules.

Bajo la luz de la luna nos entregamos al placer. Recorrió con su lengua cada rincón de mí extasiado cuerpo. Empezó por mi cuello y fue bajando sin prisa hasta llegar al monte de venus, allí se detuvo largo rato. Metió su cabeza entre mis piernas, sentí que me perdía en la locura. Su lengua laboriosa se movía con intensidad acompañada de suaves, y precisos, mordiscos. Sus incisivos se clavaban en mi carne y su boca se deleitaba con la humedad que dominaba entre mis muslos. Él se afanaba en lamer con su lengua experta toda mi intimidad. Yo le correspondía agitándome sin control bajo su peso. Tenía la sensación de que mi cuerpo no podría aguantar tanto placer. Creí desfallecer cuando retiró su boca para introducirse dentro de mí con rítmicos movimientos. Estábamos completamente sincronizados, parecía que habíamos nacido para alcanzar juntos el éxtasis. Grité de placer y el eco de mis gemidos resonó en el patio de la villa. Aquel escándalo parecía divertir a mí trovador que se movía con energía sobre mi cuerpo.

Cuando acabamos nos tumbados desnudos en la hierba, yo estaba exhausta, Gaius clavaba el frío azul de sus ojos en el profundo verde de los míos. Y sin motivo alguno estalló en carcajadas. Me miraba divertido con expresión de triunfo.

– Sabía que esto sucedería desde el instante que entraste en la posada. El olor de tu piel es maravilloso— su voz sonaba altiva.

– Quiero irme contigo, no puedo seguir viviendo aquí— aquello le contrario.

– No esperes de mí nada más que esto, no sé amar. Puedes venir conmigo, pero no esperes que yo te salve, has de salvarte tú sola.—Las palabras del trovador eran firmes.

– Solo necesito dejar este lugar, lo único que te pido es acompañarte, irme lejos.— Necesitaba oír un sí.

– Supongo que tampoco es bueno que pase tantas noches a solas.

Me besó con pasión, nos despedimos hasta la noche siguiente. Yo quería alejarme de mi vida y conocer el mundo, y esta era mi mejor oportunidad.

No me molesté en entrar en la casa. Vi la llegada del alba apoyada en el olivo que presencié nuestra locura. Cuando Leonardo se despertó a la mañana siguiente no me vio junto a él. En cuanto la claridad inundó el cielo me dirigí junto a Taciana.

A mi amiga le gustaba disfrutar de la noche, cuando llegué dormía profundamente junto al hogar. Me sentía agotada y hambrienta. Con la daga que ella usaba para cortar plantas y matar animales rasgué un trozo de las vísceras del cordero que habíamos sacrificado hacía dos noches. Tenía tanta hambre que ni siquiera espere a que terminase de cocinarse en el fuego. Ingerí la carne medio cruda.

–Así sabe mejor, a mí también me gusta la carne cruda— el aroma de la comida la despertó—. Tienes muy buena cara para ser tan temprano y hay un olor muy particular en tu piel— Taciana giraba su cabeza de esa forma tan particular en ella que haría correr a muchos valientes, pegaba su nariz a mi piel olfateando su superficie como si fuese una loba—. Supongo que no fue vuestro marido quien os sació esta noche, tiene fama de ser un hombre muy breve.

– No sé si fue resultado de vuestro conjuro pero he pasado la noche en los brazos de cierto trovador de ojos azules.

Ambas estallamos en unas risas estruendosas. Nos abrazamos y como dos chiquillas, en realidad ninguna de las dos llegábamos a la veintena, empezamos a dar saltos por la estancia. Emocionada me senté en el suelo de la pequeña cabaña con las piernas cruzadas; mi confidente imitó el gesto. Le relaté todo lo sucedido durante la noche, sin dejar escapar ni un solo detalle, e incluso repitiendo algunos. Mi amiga ávida de información, realizaba un inciso para exponer sus impresiones.

A Taciana le encantaba todo lo que fuese indecente y disfrutó mientras le narraba mi experiencia.

Una vez saciamos nuestro apetito calentamos agua y fuimos llenando el barreño. Me hundí en la bañera y deje que mi amiga asease mi cuerpo. Con un trozo de lana impregnado en aceite de romero limpió las pequeñas marcas que la noche anterior había dejado en mi cuerpo. Después del baño me recosté sobre la cama de pieles que había en el rincón del fondo de la cabaña. Estaba agotada.

La noticia de que me alejaría con el trovador ensombreció su semblante. Se quedó pensativa un instante, sabía que aquello era lo que más deseaba mi corazón. Al igual que yo, amaba la libertad, y sólo conseguiría lo que tanto ansiaba de una forma. Mi destino era partir.

Gaius llegó con el ocaso. Sus ojos centelleaban con un azul intenso. Taciana me abrazó y me entregó una pequeña bolsa con diversas raíces y plantas. Me deseó suerte. No quería pensar que aquello era una despedida, ambas teníamos la esperanza de que nuestros caminos se volverían a cruzar. Sin mirar atrás yo abandonaba la vida que no quería para iniciar mi viaje por esta tierra, nada me ataba, había desplegado mis alas y me sentía libre junto al poeta errante.

Capítulo VI

Saboreaba la libertad por primera vez en mucho tiempo, o quizás por primera vez en mi vida. Nada me ataba, había huido de Leonardo y la condena que suponía nuestro matrimonio. Caminaba libre a la luz de la luna junto a Gaius.

Cualquiera podría pensar, que siendo poeta, era un hombre delicado y zalamero que me colmaba de halagos y presentes. Nada más lejos de la realidad. Gaius tenía de romántico lo que yo de beata. Nunca vieron mis ojos a este poeta recitar cantigas de valerosos caballeros y dulces princesas. Él prefería los versos acusadores sobre el clérigo pecador y el noble cobarde que oprime al campesino desde su castillo. No le interesaba, ni interesa, el amor o las religiones. El poeta no se ataba, ni ata, ni atará, a las personas ni a los lugares. No tenía, ni tiene, ni tendrá, ningún señor, ni ningún escudo al que servir, y es por ese motivo que es tan valioso su aprecio. Él, al igual que la poesía, siempre será libre.

Yo era su compañera de viaje, al igual que él escapaba de la tiranía del mundo. Su forma de amar era diferente a la forma de amar del resto de los hombres, que confundían amor con sumisión o esclavitud.

Nuestros pasos pretendían dejar atrás Italia y la enfermedad que la asolaba. En sus últimos viajes había estado en el Lacio, Campania, Calabria y Mateonia; en todos estos lugares la *malatia* había dejado su marca. La misma locura que se apoderó de Florencia reinaba también en estos territorios.

Debíamos viajar durante la noche, sabíamos que Leonardo vendría tras de mí, era de su propiedad. Debía haberle suministrado algún veneno con su vino, pero no lo hice. Deseaba fervientemente que la pestilencia se lo llevase con él, eso me ahorraría muchos inconvenientes, mas no regresaría para comprobarlo. Evitamos los caminos más transitados y caminamos entre los viñedos. Gaius llevaba consigo un antiguo mapa, su idea era usar

las viejas calzadas de los romanos una vez hubiésemos abandonado los dominios de la República de Florencia.

Antes de que rompiese el alba llegamos a Vitiano. No fue difícil encontrar un caserío donde ocultarnos durante las horas de sol, pues familias enteras perecieron a causa de la enfermedad dejando sus viviendas vacías.

Los animales de la granja transitaban por los terrenos buscando alimento, hacía semanas que ningún humano se ocupaba de sus cuidados, los terrenos también estaban abandonados. Al menos, alguien se había ocupado de enterrar los cadáveres; seguramente hubiese huido del lugar tras tapar las fosas.

La vivienda que ocupamos disponía de dos plantas. En la parte baja se hallaba el hogar, las cocinas, la bodega y las cuadras en las que los animales habían perecido seguramente a causa del hambre. La bodega estaba bien surtida de buenos vinos, y la despensa repleta de exquisitos embutidos. En la planta alta estaban las alcobas. Las pocas horas que restaban para el amanecer las pasamos tumbados en uno de los jergones, conversando con pasión sobre todo aquello que nos inquietaba.

Sin duda alguna, Gaius no temía a la enfermedad. Parecía entusiasmarle el hecho de que hubiese tanta muerte por doquier. Eran muchas las ocasiones en las que me dejaba estupefacta con sus extraños pensamientos. Miraba la muerte de una manera diferente. Anhelaba la grandeza de los tiempos pasados, por eso le excitaba la idea de que la pestilencia destruyera todo lo conocido. Sólo se podría renacer, si se moría antes.

Cuando el Sol se coló por la pequeña ventana de la estancia, mi amante descansaba sobre el jergón. Su sueño era profundo, sus finos labios estaban apretados y el ceño medio fruncido. Parecía más preocupado dormido que despierto. Quizás la luz que empezaba a inundar la alcoba le impedía descansar debidamente. Entorné las contras de madera para que nada perturbara su descanso. Me recosté junto a él. Su rostro se relajó y sus brazos fríos rodearon mi cuerpo en un sincero abrazo.

Dormimos durante todo el día. Cuando desperté la tarde comenzaba su declive hacia la noche, el poeta dormía tan profundamente que por un segundo creí que no iba a despertar jamás. Desaloje esa idea de mi mente y me dirigí a las bodegas, sacie mi sed y mi apetito, con gran placer comí y bebí sin ningún tipo de remordimiento. Dejé que la gula se apoderara de mi alma. Disfruté de cada sorbo del vino que extraje directamente de las barricas, saboreé cada pedacito de embutido que llevé a mi boca. Devoré

todo aquello que me apetecía de lo que fui topando en la despensa.

Comía relajada, deleitándome con cada bocado, cuando alcé la vista me tope con los azules y vivaces ojos del poeta que me observaba divertido.

– Yo también quiero saciar mi apetito— sus finos labios se curvaron en una sonrisa pícara—, pero es de vos de quien tengo hambre.

Con un rápido movimiento me aupó en brazos, rodeé su cintura con mis piernas, noté su masculinidad endurecerse con el roce de mi feminidad. Me recostó sobre la mesa y acarició con su lengua cada centímetro de mi piel; me perdí en la lujuria de su boca. Oleadas de placer inundaban cada rincón de mi cuerpo. Sólo podía gritar. Su boca experta se detuvo dónde más le gustaba, y allí entre mis piernas, clavó sus incisivos y, una vez más, sació toda su sed mientras yo me derretía entre sus brazos. Su lengua se afanaba en darme placer y se coordinaba con sus dedos que acariciaban mi interior para esta tarea. Cuando levantó la cabeza de entre mis piernas me miraba con una expresión pecaminosa y divertida. Decidí entonces mover ficha, el cuerpo del trovador incitaba al pecado y yo quería pecar a lo grande. Posé mi pie derecho sobre su pecho y lo empujé hacia atrás separándolo de mi cuerpo. Me incorporé y lo observé traviesa. Él, como si fuese un modelo posando para un pintor, dejó que me deleitase con su desnudez. Me incorporé, y esta vez fui yo la que decidió recorrer con mi lengua cada centímetro de su musculoso cuerpo. Llegamos exhaustos al amanecer.

Poco me importaba las consecuencias que pudiese tener todo esto para mi alma, de hecho, en aquellos días llegué a la conclusión de que seguramente tales consecuencias no existían. Nos habían vendido una mentira y nosotros la habíamos comprado dejando, a tal fin, todos nuestros ahorros.

Pasamos varias noches y varios días en aquel caserío. Por la noche nos entregábamos en cuerpo y alma al placer que nos proporcionábamos mutuamente. Gaius estaba muy versado en las artes amatorias. Era un gran maestro, no sólo en ese maravilloso campo, pues a lo largo de su vida, y durante sus viajes, había acumulado todo tipo de conocimientos. Era una fuente inagotable de saber y yo me empapaba de todo aquello en lo que me instruía. No hacía distinción de ningún tipo entre él y yo, me miraba como a su igual y que fuese mujer no lo consideraba un impedimento para que yo adquiriese conocimientos sobre ciencia o letras. Algo impensable para mi marido, el pater Ovidio, o cualquier hombre que hubiese conocido antes, incluso mi padre. Para ellos el saber, y la capacidad de pensar, era algo vetado para las mujeres, de hecho sólo unas pocas privilegiadas accedían a

él, en la mayoría de las ocasiones debían entregarse a ese dios tirano que yo me niego a reconocer y si, por el contrario, decidían renegar de la religión y entregarse al pensamiento libre, la inquisición esperaba con la hoguera bien preparada.

A los pocos días abandonamos el caserío. El mundo nos esperaba. Yo estaba ansiosa por comenzar el viaje. Nos hicimos con un carro y un par de burros y pusimos rumbo al norte. Nuestro destino era la lujuriosa Francia. Muchas jornadas nos quedaban por delante mas no teníamos prisa. Viajábamos al abrigo de la noche, las estrellas y la luna iluminaban nuestro camino.

Llegamos a Florencia. A Gaius no le supuso ningún esfuerzo convencer a los centinelas para que nos dejaran cruzar la *Porta Romana*.

La muerte se había instalado en la ciudad y no estaba en sus planes abandonarla. Su presencia se sentía con más fuerza que el día en el que maté a la niña que habitaba en mi interior. La última vez que había caminado por esas calles tenía la determinación de ser libre y ,hoy, caminaba siendo libre. Era libre por que así lo había decidido. Nadie me convencería de lo contrario.

Sentía que parte de mi libertad había sido gracias a la muerte. Ella me había concedido el poder de la decisión. Me había enseñado a ser yo. En fin, la muerte había pasado a formar parte de mí también. Era consciente de que allá donde yo iba, ella venía conmigo. Formaba parte de mi equipaje; pese a lo que podáis pensar, no era pesado. No sabía si el Dios cristiano era omnipresente, como tantas veces nos habían repetido, pero si estaba segura de que la Muerte sí lo era. Estaba en todas partes, y ella sí que determinaba cuándo acababa la partida, y conmigo aún tenía ganas de jugar.

Faltaba pocos días para que cumpliese diecisiete años, yo me sentía como si fuese a cumplir mil. Gaius bromeaba con que si fuese a cumplir un milenio no me acordaría de la fecha. Parecía que había pasado una eternidad desde el día que abandoné la casa de la vía del Santo Spirito en dirección a Santa Reparata para casarme con Fabio, pero en realidad solo habían pasado ocho meses. Ocho meses que parecían ochocientos años.

Crucé de nuevo las puertas de la que fue mi casa en otra vida, el polvo se acumulaba en cada rincón. La casa que estuvo llena de vida no hacía mucho, ahora estaba llena de silencio. Gaius captó mis emociones, sus vivaces ojos azules se clavaron en el verdor de los míos, posó sus fríos y finos labios sobre mi frente y acarició mi mejilla con sus hábiles manos.

– Sé por lo que estáis pasando. Mi padre pereció cuando yo contaba

con siete años,— por primera vez me abrió su corazón—, fui separado de mi madre y ella murió sin que pudiera volver a verla. Tenía veintiuno cuando me dieron la noticia. No me permitieron llorar su muerte. *Est fortis mea.*

Aquella declaración por parte de mi trovador me dejó sin aliento. Nunca había reparado en su pasado, en la vida que había llevado para llegar a ser como era. Claro, yo a estas alturas también había aprendido qué son las tragedias, y no las alegrías, las que nos hacen ser quienes somos. Él, al igual que yo, había tenido unos amantes padres, que lo habían criado con amor, sin embargo los suyos habían perecido en circunstancias muy diferentes a la de los míos. Ambos éramos huérfanos, pero no nos sentíamos solos.

Nos amamos durante la noche, en la que en un tiempo fue mi alcoba, pero esta vez fue diferente. Esta vez no fue la lujuria la que acudió a nuestro lecho, sino el amor. Sus hipnóticos ojos azules se volvieron un mar de lágrimas al hablar de una vida que hacía mucho que había enterrado en el olvido. Durante horas rescató todo aquello que había decidido olvidar. Vomitó en palabras todo aquello que le oprimía el alma. El poeta no había sido siempre un poeta, pues se volvió poeta cuando encontró en la poesía el refugio donde resguardarse de su dolor. Fue la poesía quien salvó al poeta, al igual que el poeta me había salvado a mí aún sin pretenderlo.

Sólo nos quedamos una noche en la vía del *Santo Spirito*, permanecer allí era arriesgar demasiado.

El frío ya se había instalado en la ciudad cuando la abandonamos. La nieve caía sobre los tejados. Una vez más, dejaba atrás Florencia con la idea de que, quizás, jamás volvería a sus calles.

De nuevo iniciamos el viaje, la primera noche llegamos a una pequeña granja abandonada en Artimino. Tardaríamos más de lo esperado en llegar a Francia. No teníamos prisa. Durante nuestro viaje nos topamos con abundantes lugares que solo eran habitados por la muerte. Llegamos a Vinci en la segunda jornada de viaje. Yo me encontraba agotada de atravesar la montaña. Nos hospedamos en una posada que Gaius frecuentaba en sus viajes. Allí solía hacer tratos con un mercader. El hombre precisaba de los servicios del trovador para que le tradujese del latín varios documentos, idioma que éste dominaba como si fuese propio.

El mercader era un hombre gordo, muy gordo. Su cara era brillante y redonda a causa del sebo que acumulaba en su cuerpo. Una enorme papada unía la cabeza al resto del cuerpo. Su barriga era similar a la de una parturienta a la espera de gemelos, pero más grande. Tenía tal volumen que

al mercader le costaba un gran esfuerzo moverse del punto «a» al punto «b». Su mirada era turbia y al hablar escupía. Me causaba gran repugnancia, y por el olor que desprendía no me costaba adivinar que el trovador soportaba su presencia solo por el peso de las monedas que le daba a cambio de traducir y redactar los documentos que precisaba para su actividad. Esta vez el pago no sería en monedas, sino en transporte. Vittore Di Catania nos llevaría en su carreta hasta La Spezia con absoluta discreción y sin hacer preguntas.

Viajábamos durante el día. La carreta estaba totalmente cubierta, de manera que no traspasaba la luz solar y desde el exterior no se podía adivinar lo que transportaba. Mientras Gaius descansaba, yo vigilaba su sueño. La carga de la carreta, además de nosotros, eran alfombras persas, aunque en el desierto se usaban para adornar los suelos, debido a su elevado precio los nobles que las compraban las utilizaban como tapices.

Llegamos a las cercanías de Lucca a la caída del sol. La ciudad era rival de Florencia, pues nos derrotaron en la batalla de Altopascio. El conflicto entre los güelfos y los gibelinos aún levantaba asperezas entre las diferentes ciudades toscanas.

Creíamos que aquí estaríamos a salvo de Leonardo.

Desperté con sumo cuidado a mi trovador. No quería sobresaltarlo. Se incorporó en posición de alerta. Sus ojos se agitaron inquietos, mas su expresión se tranquilizó al verme. Me sonrió.

Cuando Vittore detuvo la carreta en un cruce de caminos Gaius y yo nos fundíamos en un apasionado beso.

El mercader abrió la parte de atrás de la carreta y nos vimos frente a frente con Leonardo. Iba acompañado de varios caballeros.

Estábamos rodeados.

El muy canalla nos había vendido.

Gaius llevaba un par de días sin alimentarse, ya que hacerlo siempre de mí me debilitaba. A consecuencia de ello, estaba débil, pero acababa de despertar de su profundo sueño y se encontraba hambriento. Se posiciono delante de mí y dejó ver sus colmillos. Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando los hombres retrocedieron un par de pasos.

Por un instante pensamos que jugábamos con ventaja, pero el mercader sabía más sobre Gaius de lo conveniente.

Los hombres de Leonardo portaban con ellos varias antorchas y las agitaban amenazantes hacia nosotros. Mi amado no podría soportar el contacto con el fuego. Entonces fui yo la que me posiciono delante de su cuerpo. El fuego no me haría el mismo daño a mí. Leonardo sonreía con

expresión de triunfo. Un sacerdote con el emblema de la inquisición le acompañaba. Estaba claro que además de acabar con nosotros quería sacar dinero de ello.

Como lo odiaba.

Si una cosa tenía clara es que no había llegado mi hora, e iba a luchar por seguir con vida, y me daba igual llevarme la de otros por delante.

El trovador avanzó un paso, y lanzó las alfombras de lana de la carreta por encima de Leonardo y sus acompañantes. Los pesados tapices cayeron con todo su peso encima de aquellos hombres, apagando, también, el fuego de las antorchas. La oscuridad hizo acto de presencia, la única luz que iluminaba el panorama era la del firmamento. Inmediatamente nos lanzamos sobre nuestros oponentes. La única arma que yo poseía era una daga y mis propias manos.

El inquisidor empezó a gritar que había que detener a la hereje y al demonio que la acompañaba. Gaius se abalanzó sobre él, lo agarró por la garganta y de un mordisco le arrancó un buen trozo de carne. La sangre brotó con fuerza, y bañó a todos los presentes. El clérigo dobló sus rodillas, el trovador sujetaba el peso de su cuerpo inerte con una sola mano. Sonríó y una mueca de triunfo se dibujó en su rostro. Todos los presentes se quedaron inmóviles observándolo. Se relamió y soltó el cadáver del inquisidor dejando que se derrumbase sobre la tierra. Se acercó a mí y me besó en la boca mientras nuestro particular público seguía paralizado por lo que acababan de presenciar. La sangre del inquisidor sabía dulce y metálica en la boca de mi amado trovador.

Leonardo se abalanzó sobre mí lleno de furia. Y de pronto, se quedo inmóvil mientras Taciana desde atrás lo atravesaba con una lanza en el pecho. Me cogió por sorpresa, aún hoy no sé de dónde salió, no había reparado en ella hasta ese momento, en ese instante el que había sido mi esposo se desplomó en el suelo. Mi amiga me sonrió y a continuación posó un beso en mi mejilla, mientras hacía una especie de danza de la victoria moviendo las caderas y ondeando los brazos por encima de su cabeza.

Eran muchos los caballeros que nos rodeaban. Gaius cada vez estaba más fortalecido, pues cada caballero que se enfrentaba a él era una nueva fuente de alimento. Taciana trataba de dar estocadas a los soldados con la lanza, y yo decidí que lo mejor era rajar cuellos con la daga. El más efectivo sin duda era el poeta, por cada soldado que mi amiga o yo matábamos, él acababa con tres o cuatro. Faltaba poco para el amanecer cuando habíamos dado muerte a una treintena de hombres.

El mercader sollozaba agazapado junto a la carreta. Gaius lo sujetó por

el pecho, elevándolo por encima de su cabeza. Quería saber cómo había averiguado quiénes éramos. Clavó su mirada azul con ira en la huidiza mirada del mercader y este se lo hizo en sus calzones, literalmente. No soportaba el mal olor, así que lo lanzó por los aires con gran fuerza, al caer sobre el suelo se pudo escuchar claramente como se partía el cuello de Vittore di Catania. Ya no sabríamos cómo había contactado con Leonardo.

Nos subimos en la carreta. Gaius iba detrás en el interior protegido de la luz, bien cubierto por alfombras por si a alguien se le ocurría inspeccionar la carga. Taciana y yo íbamos sentadas delante, dirigiendo las riendas de los asnos que tiraban de nosotros.

Debíamos buscar la forma de cambiar los burros por caballos, pues seguramente las muertes de aquellos soldados y el inquisidor llamarían la atención de las autoridades.

Los primeros rayos del sol de la mañana nos deslumbraron. La brisa de la mañana nos golpeaba en la cara, quedaba apenas una jornada para alcanzar el mar, y no teníamos claro nuestro rumbo, no sabíamos si continuar por tierra hasta La Spezia por la Via Aurelia, o llegar al puerto más cercano y buscar un barco que nos llevase lejos.

De día éramos más vulnerables pues no contábamos con las letales habilidades de nuestro trovador.

–Os dije que se trataba de un hijo de Lilith.

– No me habéis explicado por qué lleváis ropas de novicia.

Taciana estaba encantada de tener algo de razón con respecto a Gaius. Siempre tenía una explicación fuera de lo común para todo y por extraño que parezca, pocas veces se equivocaba. No sabía quien era Lilith, pero sabía que Gaius no era un hombre convencional. Ella tampoco era una mujer convencional. Tenía un instinto sobrenatural. Fue ese instinto y las voces que acudían a su cabeza lo que la había hecho abandonar el claro del bosque donde se había ocultado durante toda su vida. La voz de su difunta madre resonando en su interior la había alertado de las pretensiones de Leonardo.

Inmediatamente decidió actuar. En cuanto llegó a la aldea vio la agitación que la dominaba. Leonardo había acudido al *pater* Ovidio. Este último regentaba a la muchedumbre desde el púlpito, agitaba los brazos en

alto y bramaba:

–La pestilencia que tantos padecen y que tantas almas se ha llevado es causada por pecadoras como la hereje Giulia, que ha dejado que el diablo profanase su alma, ha abandonado a su esposo y se ha entregado al pecado. Allí donde va la enfermedad va ella, pues ella es la que la causa.

– Así pues los habitantes de la aldea comenzaron a pedir mi cabeza. Taciana se quedó agazapada entre las bancadas del santuario ocultándose del gentío. Cuando se hubo vaciado fue tras el clérigo.

– Observó como este le entregaba a Leonardo una carta sellada. El segundo abandonó la estancia con presteza mientras ocultaba la misiva en el interior de su ajado jubón. Aquello la escamó. Quiso ir detrás de él, pero alguien la sujetaba del brazo. Ovidio la aferraba con fuerza. Sólo era un pobre viejo, así que no dudó en forcejear y liberarse. Empujó al anciano y lo derribó. Este trató de ahuyentarla sujetando en el aire una cruz de madera, mientras mi amiga me narraba estos hechos tuvo que detenerse en su relato debido al ataque de risa que le asaltó, el pobre pensaba que aquel trozo de leña iba a causarle algún mal, así que ella le arrancó el crucifijo mientras se descoyuntaba de risa debido a la situación. Se quedó perplejo al ver que aquello no funcionaba.

Lo que sí funcionó fueron sus gritos pidiendo auxilio.

El grupo de hombres y mujeres que hasta hace un rato habían abandonado la iglesia entró de nuevo al santuario. Taciana trataba de tapar la boca del viejo con una mano, mientras con la otra seguía sujetando el madero. Sentada a horcajadas encima del flácido cuerpo del anciano trataba de inmovilizarlo, este no paraba de gritar y retorcerse bajo el peso de su cuerpo. Sabía que estaba perdida, así que elevó el crucifijo por encima de su cabeza mostrándoselo al gentío, que se detuvo en seco, entonces arremetió con fuerza el madero contra el pecho del pater. Como si fuese una estaca atravesó su corazón.

De un impulso arrancó la cruz del pecho del religioso y lamió la sangre del madero en un teatral gesto. Su amedrentado público la observaba sin atreverse a dar un paso hacia ella, pero cuando esta se dirigió hacia la puerta del templo estalló la locura. La multitud se abalanzó sobre ella. No tuvo escapatoria.

Ataron cuerdas a sus muñecas y tobillos. En ese instante se percató de que la hoguera sería su destino. Aun así tuvo suerte.

La llevaron ante el tribunal inquisidor. Tres presbíteros del Duomo de Arezzo la juzgaron en Lucignano. Esta vez la reo sabía perfectamente de lo que se le acusaba, y cuando el inquisidor principal le preguntó si conocía

los cargos, Taciana le dedicó, según ella, la más dulce de sus sonrisas y le dijo;

– Maté a un clérigo depravado con su propio crucifijo bajo la atenta mirada de Dios.

El inquisidor Mateo Grigio dictó su destino; la hoguera. Taciana abandonó la pequeña sala del *Palazzo Comunale* guiñando un ojo y sacando la lengua a los tres párrocos.

Como llovía demasiado para prender una hoguera, tuvo que esperar varios días con sus noches en una celda. La mazmorra en la que se encontraba era pequeña. La recorría a lo largo en tres pasos y a lo ancho si estiraba mucho los brazos tocaba con ambas manos la fría piedra de sus paredes. No había ventana alguna, solo un pequeño hueco en el que apenas le cabía la cabeza dejaba pasar la luz. El suelo estaba cubierto de sucia paja y las ratas se paseaban a sus anchas. Pensó en matar una rata para comer, pero el animal no le tenía un aspecto saludable, además estaba infestado de pulgas. El carcelero una vez por día le traía un cuenco con una sopa rancia y fría con un pedazo de pan mohoso, prefería morir de hambre antes que comer esa porquería. Llovía tanto que el agua se colaba dentro de la celda, decidió quitarse ese molesto vestido para no permanecer con las ropas mojadas, le daba igual pasar un poco de frío, sabía que en cuanto la lluvia cesase iba a pasar calor. Por el pequeño hueco que hacía de ventana entraba el agua y el viento a raudales, y Taciana, que siempre encontraba solución a todo, decidió cubrir el hueco con la saya.

Pasó mucho frío en la pequeña celda, solo con la camisa puesta, sin posibilidad de prender un fuego para calentarse y el agua de la lluvia colándose por el techo. Desde su pequeña alcoba escuchaba los lamentos de los otros residentes de la prisión, muchos tosían. Escuchaba a los guardias hablar entre ellos; la pestilencia también se encontraba en las mazmorras, muchos centinelas abandonaban sus puestos por miedo a ser contagiados.

Había contado tres noches, cuando una mañana paró de llover. Uno de los guardias fue a buscarla para conducirla a la muerte. Ella, muy digna, se vistió la saya empapada que tapaba la ventana. Notaba los dedos de sus manos y pies tan entumecidos por el frío que la perspectiva de arder en la hoguera se le presentaba placentera. Cuando ascendió la cuesta que la llevaba a la *Piazza del Tribunale* donde habían dispuesto la hoguera, soplaban un viento frío. Estaba deseando que la metiesen en el fuego y dejar de tiritar. Su cuerpo estaba tan frío y había adelgazado tanto que estaba segura que semejaba un cadáver andando entre los vivos, la multitud que se había agolpado para presenciar el espectáculo la miraba con horror, más por

el hecho de haber matado a un cura que por su tétrico aspecto.

En medio de la plaza, se alzaba un poste en medio de un altillo rodeado de gran cantidad de leña. La subieron al cadalso y ataron sus brazos a su espalda rodeando el poste. La situaron mirando a la *Chiesa di San Francesco*.

No dudó en exigir prontitud a su verdugo al ver que este no era capaz de prender la leña, todo esto me lo narraba muy indignada, pues en aquel momento se estaba empezando a congelar con aquel vestido empapado y el álgido viento que soplabla. Como su verdugo tardaba tanto en encender las maderas, ella daba saltitos y movía los brazos todo lo que la cuerda le permitía para no pasar tanto frío.

Aprovecho la ocasión en cuanto se prendió la hoguera, el calor del fuego reconfortó su gélido cuerpo, y en un último movimiento de muñecas, soltó sus manos. La leña estaba húmeda y el humo que producía la hoguera era muy denso y copioso. Tomó la parte baja de su saya aún mojada y la levantó llevándola a su nariz para no respirar tanto humo, tardó un instante que le pareció eterno en liberarse del resto de ataduras. Camuflada por la nube de humo denso y blanco, descendió de la plataforma de madera que presidía aquel fracaso de hoguera.

Gran parte de la multitud agolpada en la plaza tosía y presentaba los ojos llorosos. Taciana con gran decisión se mezcló entre el gentío sin que se percatasen de que nadie ardía en la pira. Se esfumó por detrás de la *Chiesa di San Francesco* y cruzó la *Porta Giovanni* con el propósito de localizar a Leonardo y evitar que este me localizase a mi.

Encontrar a Leonardo era una tarea extremadamente fácil, allí donde hubiese vino y meretrices estaba él. Lo que no le iba a ser sencillo era pasar desapercibida, pues su cara era conocida y la gente sabía que era una asesina hereje huida del cadalso.

Encontró su solución en unas hermanas clarisas que se dirigían a Florencia con el fin de asistir a los enfermos que inundaban los hospitales. Las religiosas ignoraban su condición, y la acogieron en su caravana cuando les solicitó auxilio. Fingió durante unos días estar enferma y desamparada. Las religiosas cuidaron de ella con gran cariño. Se ocultó entre los muros del convento hasta que se vio completamente recuperada de su estancia en la mazmorra. No quería encariñarse con aquellas mujeres que la trataban con tanto amor. Ella tenía la misión personal de acabar con Leonardo. Se despidió aludiendo que estaba en busca de unos familiares. Una de las monjas le entregó en secreto un hábito, para que le fuese más sencillo el viaje, y así Taciana la hereje, salió del convento de *Santa Croce*

vestida con ropas de novicia.

Siempre me resultó muy curiosa la forma en la que Taciana resolvía los problemas. Creo que el truco estaba en que simplemente se limitaba a improvisar. Hay mucho de Taciana en mi, pues mi forma de actuar tampoco es la más adecuada. Mientras viajábamos en dirección a la costa, mi amiga me narraba cómo había llegado hasta nosotros.

Como ya dije, no le fue complicado localizar a Leonardo. Este se encontraba en el pueblo de Vinci junto al inquisidor Mateo Grigio, el mismo que la había condenado a la hoguera. Casi dos semanas después de mi huida con Gaius de la villa de la familia Potestà, él se las había ingeniado para que emitieran una orden de búsqueda: debía de pagar por mis pecados.

En un rincón de un burdel, mientras el inquisidor gozaba de los placeres que le brindaba una jovencita de cabellos dorados, Leonardo negociaba con un mercader de Catania. Este afirmaba conocer desde hacía más de diez inviernos al joven de cabellos trigueños que acompañaba a su esposa. Le aseguraba que nos entregaría al sacerdote a cambio de un módico precio. El religioso se deshizo del abrazo de la meretriz para intervenir en la conversación; nos entregaría al inquisidor a cambio de su libertad. No se negociaba con la Iglesia a no ser que fueras lo suficiente poderoso como para enfrentarte a ella.

Al pobre mercader le salió mal el negocio.

Capítulo VII

Formábamos un trío de lo más pintoresco, pero nos lo pasábamos bien, qué era lo importante.

Llegamos a la antigua ciudad costera de Luna al anochecer. La ciudad era un conjunto de edificios abandonados y piedras amontonadas unas sobre otras. Hacía más de cien años que nadie la habitaba. El poeta se emocionó al ver aquellas ruinas; lleno de excitación tiró de mí y comenzamos a pasear a la luz de la luna, a la cual, según me explicó, la tierra que pisábamos debía su nombre, pues la antigua ciudad estuvo en su momento consagrada a Selene, una antigua diosa que conducía un carro de plata tirado por un par de bueyes por todo el firmamento.

Me señalaba, emocionado, cada edificio y me explicaba a qué estuvieron destinadas esas piedras en su momento de gloria. Se podía vislumbrar su antiguo esplendor. Se alcanzaba a distinguir una antigua iglesia golpeada por el paso del tiempo, palazos, la torre, edificios con preciosas balaustradas de columnas, antiguos templos destinados a dioses a los que nadie rezaba ya, y una especie de plaza que formaba un conjunto de piedras a las que él llamó foro. Pero lo que más se apreciaba era el silencio. ¿Qué les sucedería a la gente que un día habitaron ese precioso lugar?

Según el trovador, fue una próspera ciudad con un gran puerto y gran movimiento de gente. Había llegado a ser una importante base militar en tiempos de los antiguos y el mármol de la zona el eje de su comercio. Pasó por las manos de los Godos y los Bizantinos. Gozó durante mucho tiempo de un gran prestigio, e incluso fue tierra de marqueses, obispos y hasta un Papa. Primero fue un terremoto, que derrumbó sus templos, después las conquistas de diferentes pueblos, los saqueos de los sarracenos y vikingos, por último la malaria. Todo ello jugó en contra de la ciudad dedicada a la luna, ahora muerta. ¿Le pasaría lo mismo a los lugares dónde se había instalado la pestilencia?

Debíamos buscar un lugar donde refugiarnos en aquellas ruinas, pues

necesitábamos descansar para poder retomar nuestro viaje la noche siguiente.

Gaius localizó un conjunto de ruinas en forma oblicua. Las piedras formaban una especie de gradería, como si fuese un teatro completamente circular. Empezó a caminar alrededor de aquel edificio, sabía a dónde se dirigía. Bajo las gradas dispuestas en forma de escalón, había dos arcos que formaban dos antiguas entradas, dispuestas una frente a otra.

Accedimos a la parte interior del anfiteatro, a sus galerías subterráneas. En su momento aquel edificio albergó diferentes espectáculos. Gaius nos hablaba emocionado de las luchas de gladiadores. Describía, como sí el mismo las hubiese vivido, las luchas entre tracios y reciarios, el sonido de las espadas chocando con los escudos, el estruendo del público, y el silencio de la expectación de la muchedumbre cuando el emperador dictaba sentencia al perdedor. Taciana y yo lo escuchábamos asombradas.

Cuando nos hablaba de las costumbres del antiguo imperio se emocionaba; una lágrima brotó de sus intensos ojos azules al hablar de los desfiles, fiestas, combates y tradiciones de tiempos lejanos, tradiciones que jamás volverán.

Yo no alcanzaba a entender cómo habían cambiado tanto nuestras costumbres y forma de pensar con el paso de los siglos, cómo podría ser que antes fuésemos un imperio y ahora un pequeño conjunto de ciudades que se peleaban entre ellas, cómo antes rezábamos a cien dioses distintos y ahora a uno solo, como antes había libertad y ahora... bueno, ahora teníamos a la iglesia que nos imponía su moral.

Una vez localizamos el lugar donde pasaríamos el día, nos dispusimos a preparar nuestro viaje. Taciana salió al exterior en busca de algo que comer, hubo suerte y cazó una liebre. Yo recolecté algunas hierbas y raíces que nos podrían ser útiles mientras Gaius juntaba algo de leña.

Hicimos fuego, mientras Taciana y yo cenábamos, planeamos nuestro viaje. El poeta desplegó un antiguo y ajado mapa sobre el suelo empedrado del subterráneo donde nos ocultábamos. Continuaríamos nuestro viaje por la Vía Julia Augusta, que nos llevaría a Francia que en aquel trozo de pergamino venía marcada como *Galia Cisalpina*.

El inconveniente de viajar con el poeta era que nos limitaba mucho su intolerancia a la luz diurna, lo que hacía que nos decantásemos por viajar de noche, cosa que en nuestra situación era también lo más práctico, pues en aquellos tiempos la población era muy supersticiosa y temía a la oscuridad de la noche, a veces incluso no solo por superstición sino también por miedo a ser asaltados por bandidos o saqueadores.

Ya habíamos abandonado los dominios de Florencia hacía varias jornadas. Llegamos a una ciudad con puerto. Así como Luna estaba vacía de gentes, aquí había demasiadas personas.

Génova reposaba junto al mar, rodeada por colinas. Dentro de las murallas, era un hervidero, un no parar, un ir y venir de gente. Majestuosas torres parecían rozar el cielo, y un precioso faro iluminaba el Tirreno. Yo, que hacía pocas jornadas que había visto el mar por primera vez, me sentía fascinada. Me fascinaba el baile de las olas, el olor de la sal mezclada con el agua que penetraba en mi nariz y llegaba hasta mi alma. Me fascinaba la inmensidad del mar, la posibilidad de subir a un barco y explorar el mundo. Me fascinaba la libertad.

La enfermedad viajaba rápido, mucho más que nosotros que parábamos durante el día; también había hecho de las suyas dentro de estas murallas.

En el caso de Génova, la pestilencia había llegado en los barcos de sus mercaderes. Hacía dos años había sido asediada la colonia de *Caffa* por los mongoles, estos cargaban con la horrible enfermedad desde las Indias y lanzaron los cadáveres infectados sobre las murallas. La peste enseguida se extendió por toda la ciudad. Los mercaderes que tenían sus barcos arribados en aquel puerto huyeron, pero la enfermedad iba junto a ellos oculta en las galeras. Pocos llegaron vivos a su destino.

Sí por algo son conocidos los genoveses es por su dominio de los mares, que se disputan con los venecianos. A pesar de la enfermedad que asolaba el lugar, la actividad no se detenía, los pescadores salían por la noche a pescar, los hombres que trabajaban en los puertos cargando y descargando mercancías seguían haciéndolo, las carabelas seguían transportando lana, especias, seda, sal, esclavos o soldados. Cada vez eran menos los trabajadores que ocupaban su puesto al día siguiente, pero el puerto de Génova seguía recibiendo gente del campo buscando cómo ganarse el pan, ya fuese en el puerto o como soldados. A pesar de la gran enfermedad la república seguía funcionando, aunque fuese a medio gas y con múltiples bajas. La ciudad había tomado medidas para frenar su avance, los marineros de los barcos que llegaban a puerto debían de guardar cuarentena, e incluso habían prohibido el comercio con ciudades asoladas por la enfermedad para evitar más contagios.

Los monjes de los monasterios cercanos, habían dejado sus tareas habituales para sanar a los enfermos y tomarles confesión en el lecho de muerte —más lo segundo que lo primero— pues no había cura para este

mal, ni siquiera la triaca funcionaba.

La enfermedad había vuelto loco al mundo. Unos llevaban su fé al extremo para salvar sus almas y otros se entregaban al pecado, pues la vida era breve. En este puerto, con tanto movimiento, con tantas personas de distintos lugares, culturas y religiones se podían oír nuevas de todos los lugares que bañaba el mar. En Francia unas caravanas de fanáticos recorrían las aldeas auto-flagelándose para así obtener la salvación, de más al norte, en Basilea, se decía que habían perpetrado una matanza, los cristianos habían masacrado a los judíos que habitaban el lugar, pues les echaban la culpa de la pestilencia. Esto mismo había pasado en más ciudades. Estaba claro que daba igual nuestro destino, la enfermedad asolaba todo, sin que llegásemos a comprender el porqué.

Cada día tenía más claro que no quería saber nada de religiones, sentía que ninguna aportaba nada, excepto ignorancia. Sí, claro que había universidades donde se enseñaban el *trivium* y el *quadrivium*, y en los monasterios se transcribieron las enseñanzas de los antiguos, pero, ¿cuántos se beneficiaban de esto? La religión nos había separado en escalas y si nacías siervo ibas a morir siendo siervo porque dios así lo había decidido.

Yo había nacido mujer y por ello era un ser impuro. Tenía el mismo valor que el burro que tiraba de nuestra carreta. Por fortuna, para Taciana y para mí, Gaius pensaba de una forma completamente distinta. Nos veía como a sus iguales, no pensaba que fuésemos más débiles, o que no tuviésemos capacidad suficiente para realizar actividad intelectual alguna. Cuando realizábamos un alto en el camino, siempre dedicaba tiempo a instruirnos en diversos campos. Sus clases eran de lo más variadas, iban desde filosofía, historia o latín, hasta matemáticas, retórica y estrategias militares. Parecía que en vez de prepararnos para ser independientes cuando nos dividiéramos, nos preparase para dirigir un país.

A pesar de su aspecto joven, acumulaba gran cantidad de conocimientos. El poeta, había recorrido gran parte del mundo conocido, había estado con diferentes culturas y en distintos lugares. Sus labios finos, el hoyuelo de su barbilla, su intensa mirada de un profundo azul, su inteligencia y ansia de aventuras me habían cautivado, si el amor existía debía ser algo muy parecido a lo que sentía por él.

Callejeando por las empinadas calles de la ciudad llegamos al extremo de la muralla subyacente al puerto. Bajamos por una pequeña escalinata. La marea estaba baja y dejaba descubiertas unas rocas al pie del muro que protegía la ciudad de los ataques marítimos. Nos sentamos en las rocas a observar la ida y venida de las olas. El agua acariciaba nuestros pies

desnudos.

—Nunca aprendí a nadar— era uno de esos extraños momentos en los que Gaius me abría su corazón.

—Yo tampoco sé nadar mi querido trovador. — dije sin dejar de admirar el mar.

—Yo debería de haber aprendido, formaba parte de mi instrucción— su semblante lucía serio—, pero padecía una enfermedad que me impedía introducirme en las piscinas.

Cuanto más conocía sobre él, más me atraía. Desde que nuestra amiga se había unido a este particular viaje, gozábamos de pocos momentos a solas. Por suerte Taciana era muy intuitiva y se ausentaba con excusas poco elaboradas.

Las olas cada vez golpeaban con más fuerza el pie de la muralla, y la marea iba poco a poco aumentando su altura. Nos besamos bajo la luz de la luna. Aunque estábamos en enero, el trajín en el puerto no cesaba. Entre las pequeñas embarcaciones de los pescadores, se encontraban varias galeras y carabelas de gran tamaño para el transporte de mercancías. Una de ellas parecía pronta para partir , pues los estibadores trabajaban con celeridad cargando y descargando todo tipo de bultos en la nave mientras un capataz daba instrucciones en un idioma muy similar al toscano.

Llevábamos largo rato conversando, mientras escudriñábamos la actividad del puerto, cuando la hechicera apareció junto a nosotros visiblemente exhausta:

—Debemos partir, marchar de esta ciudad con la mayor prontitud— su agitada respiración indicaba lo nerviosa que se encontraba.

— ¿Qué os sucede Taciana?— Gaius se levantó de la roca de un salto.

— Me encontraba disfrutando de la compañía de un apuesto soldado cuando comenzó a hablarme de que buscaban a dos jóvenes herejes de *Arezzo* y que una de ellas tenía rasgos parecidos a los míos. Debemos partir.— El tono de voz de Taciana era firme.

— ¿Y el soldado?— conociendo a mi amiga me preocupaba que le hubiese dado muerte.

— Lo he dormido con un poco de estramonio. Mañana despertará y no se acordará de nada.— Nos lo dijo con prisa.

Mientras Taciana y Gaius hablaban sobre dónde esconderse hasta la noche siguiente, yo no conseguía apartar mi vista de la carabela que cargaban con tanto apuro aquellos estibadores. Si lo hacíamos bien podríamos colarnos entre la tripulación. Incluso podríamos pagar a algún marinero para asegurarnos un hueco.

El poeta y la hechicera parecían vislumbrar mis pensamientos. Debíamos actuar con celeridad pues faltaba poco para el amanecer. Era nuestra mejor ocasión.

A pesar de no hablar el mismo idioma no fue difícil convencer a uno de los marineros para que nos dejase ir en las bodegas. Al muy granuja se le encendieron los ojos cuando le ofrecí cuarenta *fiorinos* porque nos dejase subir a bordo, aún así exigió una cantidad mayor, la gente del mar sabe aprovechar las ocasiones. Nos esperábamos que nos fuese a exigir más oro, al final fueron cincuenta y cinco *fiorinos*, seguramente muchísimo más de lo que ganaba habitualmente. Habríamos dado todo nuestro oro. Todo con tal de que nadie advirtiera nuestra presencia en el buque.

El marinero castellano nos ocultó en la parte más baja del barco; en las bodegas, donde nadie podía entrar. Íbamos literalmente bajo el agua. En aquel lugar no entraba ni un hilo de luz. Las mercancías ocupaban toda la estancia. La nave transportaba los artículos más codiciados de las Indias; especias, seda, inciensos... Los nobles y clérigos castellanos esperaban ansiosos el barco en el que cruzábamos el *mare nostrum*.

Era la primera vez que viajaba en un navío. Me costó acostumbrarme al vaivén de las olas. No era la única, Taciana vació el contenido de su estómago en una barrica que se encontraba en una esquina de la bodega. El viaje resultó extremadamente largo. Casi no disponíamos de vituallas, también estaba el asunto de la alimentación de Gaius. Además de nuestra compañera de viaje habitual, estaba segura de que la enfermedad también había comprado su billete.

El segundo día de travesía el marinero castellano que nos había ayudado a embarcar bajó a las bodegas mientras el navío hacía su primera escala en Marsella. Nos entregó una jarra con un poco de vino agrio, medio mollete de pan y un cuenco con un caldo llamado calandra, era la primera vez que yo probaba aquella sopa rancia. El plato estaba excesivamente salado, y el pan excesivamente duro. Taciana, ante la decepción lanzó con fuerza el mendrugo contra la pared interior del casco. Las ratas que viajaban a bordo con nosotros se lanzaron a por él. Lo devoraron en un instante.

– Ni las ratas nos podemos comer— El enfado de la hechicera era

notorio—, míralas, están enfermas.

Aquellos repugnantes bichos tenían un aspecto asqueroso. Ya de por sí no me gustaban las ratas, aquellas eran sencillamente nauseabundas. Su pelaje parecía grasiento, estaba plagado de pústulas, de sus pequeñas naricillas manaba un hilillo de sangre. Pobres alimañas, la enfermedad también les había alcanzado a ellas.

La carabela reanudó con prontitud la travesía, constaba de dos velas latinas para aprovechar los vientos, que parecían soplar con fuerza en el exterior. Para medir el paso del tiempo, el poeta llevaba consigo una ampolleta, un instrumento que contaba con dos botellas llenas de arena. Matábamos el tiempo conversando. A Gaius le encantaba hablar de tiempos antiguos, filosofía, derecho o lógica. También gozaba recitando poemas e interpretando fragmentos de obras de teatro. Taciana y yo le aplaudíamos con entusiasmo.

Todos teníamos algo que enseñar. Taciana era experta en medicina. Conocía a la perfección la anatomía humana, tanto de la mujer como del hombre. Era sabedora de la sintomatología de diferentes enfermedades y cómo tratarlas; huía de los remedios tradicionales, jamás usaría un verso de la biblia para curar unas fiebres. Le cautivaba contemplar la naturaleza, y observaba todo cuanto podía el comportamiento de esta, pues quería saber el por qué de cada cambio. Toda una filósofa.

Yo, en cambio, les hablaba de cómo funcionaba el gremio al que pertenecía mi padre, cómo administrábamos el negocio familiar, de cómo se dirigía el palazzo de los Potestá, o cómo funcionaba el Mercato. Los números eran mi fuerte y me apasionaban las finanzas.

Llegó el tercer día. Mauricio, el marinero, descendió de nuevo a la bodega. Trajo consigo una pequeña hogaza de pan y un embutido negro con motitas blancas de grasa llamado chorizo. También trajo el mismo vino agrio del día anterior. Más no se le podía pedir a aquel marinero al que le faltaban gran parte de sus dientes. Por la musculatura de sus brazos y su delgadez se intuía que trabajaba duro y comía poco. Se podía intuir su calavera bajo su curtida piel tostada por el sol y cuarteada por la brisa marina. Sus cabellos negros caían enmarañados sobre sus hombros y se podía apreciar las primeras canas, a pesar de tener un aspecto joven.

Nos informó de que no podía traernos nada caliente para comer, pues el cocinero había caído enfermo. A causa de ello no se podía hacer escala en el puerto de Barcelona, y unos cuantos marineros se habían lanzado por la borda. Él se había planteado lanzar al cocinero por la borda, pero tampoco quería aproximarse al rincón de cubierta yacía el enfermo. A nosotros no

nos preocupaba mucho la enfermedad, pues ya habíamos estado en contacto con ella, y habíamos sobrevivido; aún así preguntamos, afligidos, por los síntomas del cocinero: fiebre alta, tos acompañada de flemas sanguinolentas, unos bubones negruzcos en ingles y axilas. Sin duda era la peste. Mauricio no comprendía cómo se pudo haber contagiado a bordo, pues el cocinero había estado en cuarentena antes de embarcar. Para nosotros, la ventaja era que llegaríamos antes al puerto final, que al parecer era Algeciras, conquistada hacía cuatro años por el Rey Alfonso XI el Justiciero.

Taciana vio la oportunidad en la enfermedad del cocinero para salir de las bodegas. Ella como curandera podría tratar de curar al enfermo, o por lo menos aliviar sus dolores. Mauricio no estaba muy convencido, pues eso significaba revelar al maestre que había colado a viajeros; además a bordo viajaba un cirujano.

No insistimos, pues no queríamos hacer pasar un mal trago al marinero. Sabíamos que en pocos días habría más enfermos y acabaría solicitando nuestra ayuda.

En el cuarto día de travesía bajó a la bodega de nuevo para suministrarnos las escasas vituallas e informarnos de la nueva situación del navío: pasábamos frente a las costas valencianas del Reino de Aragón, el viento era favorable; de continuar así llegaríamos a las costas del Reino de Granada antes del alba.

Llovía, pero el mar estaba en calma. El navío seguía sin poder hacer escala en puerto alguno y, seguramente, tendría que pasar cuarentena al llegar a la costa que bañaba Algeciras. El cocinero había empeorado; sus brazos y piernas se habían ennegrecido. El cirujano presentaba una fiebre muy alta y no se había movido del lugar donde dormía. Tres marineros, un calafate, el veedor y el carpintero también presentaban los síntomas de la enfermedad. Aún así, seguía negándose a que Taciana y yo asistiésemos a los enfermos. Le daba más miedo la reacción del capitán y sufrir un castigo ejemplar que la enfermedad en sí.

Taciana conversaba con él con cierta dificultad, pues ella no hablaba el idioma de los castellanos y él sólo chapurreaba unas pocas palabras de toscano. Poco a poco se iba ganando su confianza. Mientras estuviéramos a bordo de ese barco lo necesitábamos. Tampoco sabíamos que nos esperaba al llegar al Reino de Castilla. Gaius se esforzaba en enseñarnos los pocos conocimientos que tenía del idioma local. En la antigua *Hispania*, había gran variedad de lenguas y dialectos, además de estar fragmentada en distintos reinos y coexistir en ella tres religiones diferentes, cada una de

ellas con sus costumbres, cultura y normas. Por lo que nos había contado Mauricio, el burgo al que nos dirigíamos estaba habitado tanto por cristianos, como por judíos y nazaries, aunque era de dominio cristiano desde hacía pocos años.

El poeta estaba visiblemente debilitado, pues se negaba a alimentarse de nosotras ya que llevábamos varios días comiendo un poco de pan y escaso embutido como *companagium*. De seguir así, las consecuencias podrían ser terribles para los tres. Debía de obtener una presa sana, no sabíamos cuántos marineros quedaban sanos, y no podíamos prescindir de Mauricio; al menos de momento.

No estábamos errados en nuestras suposiciones, al llegar el quinto día, Mauricio volvió a bajar a las bodegas mucho antes de su hora habitual. Su piel morena lucía pálida. Nada más entrar en la estancia buscó a Taciana con la mirada. Tenía fiebre.

Notó que se elevaba su temperatura hacía un par de horas. En un principio pensó que se debía a que estaba limpiando la cubierta junto con otros marineros, pero al ver que la sensación no cesaba decidió bajar a ver la curandera. Taciana, Gaius y yo, lo observamos. Todavía no se habían manifestado los bubones. Igual aún estábamos a tiempo.

Taciana daba vueltas a las páginas del códice que llevaba siempre consigo. Esta enfermedad era algo nuevo, no sabía qué pócima preparar. Gaius hizo un gran esfuerzo para despertar de su letargo, pues aún era de día. Al llevar tantos días sin alimentarse, su comportamiento se había vuelto un tanto irascible, a todos nos pasa cuando tenemos hambre. Observaba al marino enfermo con extraña mirada, y yo aún no sabía cuánta capacidad de auto-control tenía el trovador, pero sí sabía que siempre obraba con inteligencia. Miró hacia mí por el raballo del ojo, en su rostro se dibujó una débil sonrisa. Estaba analizando la situación.

—No os preocupéis— se acercó, me rodeó con sus brazos y posó un dulce beso sobre mi frente—, durante la plaga de Justiniano estuve casi dos años sin alimentarme.

— ¿Cómo aguantasteis tanto tiempo?— yo no salía de mi asombro.

— Pues me enterré y guardé reposo hasta que creí oportuno salir— el trovador se encogió de hombros y me miró como si lo más normal del mundo fuese pasar dos años bajo tierra, durmiendo.

— ¿Cuándo sucedió?— no estaba segura de si quería saber la respuesta, pues sabía que el poeta era mucho más anciano de lo que delataba su apariencia.

—Pues...— se llevó el dedo índice a la sien y se frotó la frente, parecía

estar realizando algún cálculo— no os lo sé decir con exactitud, creo que hace unos ocho siglos. Sé que la gente hablaba de que el sol se había oscurecido, eran tiempos convulsos, las cosechas se malograban, la gente pasaba hambre, había epidemias, y llegó la enfermedad.

No me lo podía creer... Aquello explicaba muchas cosas sobre mi querido poeta, pues en una sola vida era imposible acumular tanto conocimiento como el que él albergaba. Taciana lo miraba, también con sus verdes ojos muy abiertos. Mauricio que volaba en fiebre lo miraba extrañado, sin entender nada de lo que hablábamos, estoy segura de que él creía que estaba delirando.

Yo no me había deshecho de su abrazo, él seguía aferrándose entre sus fuertes brazos, esperando mi reacción. Su abrazo siempre me reconfortaba, y esta revelación no variaba mis sentimientos hacia el trovador. No dudé cuando me confesó quién era, no dudé cuando descubrí su condición, ni cuando me reveló su modo de vida. No dudaba ahora.

El poeta nos relató que en tiempos del emperador Justiniano, el último romano, una enfermedad como esta, ya había arrasado todo el mundo conocido. Desde Antioquía, a Etiopía, Alejandría, Constantinopla... La plaga no había hecho distinción entre religiones y afectó por igual al Imperio Persa y al Bizantino. Eso dejaba claro que no era un castigo divino. Por lo que Gaius narraba, la enfermedad aparecía con las guerras, las malas cosechas, los cambios de clima y el hambre. En aquella ocasión no encontraron la cura, pero al cabo de unos años la enfermedad se desvaneció llevando con ella a más de la mitad de la población.

Taciana observaba a Gaius, inquisitiva, no sabía qué hacer con Mauricio, si tratar de curarlo o dejar que muriera. Entonces me levanté, mi intuición me decía que había una esperanza. Fui en busca de la saca donde guardábamos algunas plantas y raíces que habíamos recolectado durante el camino. Mi amiga pareció leer mis pensamientos, el poeta también se puso manos a la obra.

Dentro de la bolsa teníamos cebolla y marrubio: buena para las dolencias respiratorias, betónica y sauce: para aliviar el dolor, salvia y ajo: efectivos para expulsar los humores dañinos, regaliz: para combatir los espasmos y mandrágora: para inducir un sueño profundo. Gaius inspeccionó los barriles con especias. Disponíamos de jengibre y canela: para favorecer la expulsión de esputos y bajar la fiebre, varios tipos de pimienta e incluso sangre de drago: buenas para eliminar las corrupciones del cuerpo. Taciana se adentró en la parte superior del barco, en busca del fogón, que se encontraba justo al lado de la toldilla. Al cabo de una hora

apareció junto a nosotros, de nuevo. Traía consigo un pote y algo de carbón, hiel de toro y miel. Sabía con certeza que estos ingredientes por separado ayudaban a expulsar el pus.

Vaciamos un barril e improvisamos en su interior un pequeño fuego. Depositamos el pote sobre el minúsculo hogar y agregamos los ingredientes. No descartamos ninguno, pues no sabíamos cuál de aquéllos podría ser el que acabase con la *malatia*. Dejamos que la mezcla se fuese cociendo durante horas, nos íbamos turnando para remover aquel mejunje que desprendía un olor nauseabundo.

Cuándo la mezcla se hizo homogénea empezaban a brotar los bubones en las axilas del marinero. Normalmente este tipo de mezcla se aplicaba en cataplasmas sobre la zona afectada. Taciana defendía que la zona afectada era el interior. Que eran los pulmones los infectados por los humores que provocaban la enfermedad. Así que hizo que se tragara aquella mezcla. Cada vez que Mauricio volvía en sí le hacía tomar un poco.

Habían pasado varias horas y el poeta se notaba mucho más activo. Era evidente que ya debía de haberse puesto el sol. Deberíamos de estar pasando frente a las cosas del Reino Nazarí de Granada, pero no lo sabíamos a ciencia cierta, tampoco sabíamos si nos hallábamos en un navío a la deriva. Cuándo Taciana subió a cubierta no se cruzó con un solo marinero vivo. No podíamos seguir en aquella bodega sin saber la situación en la que nos encontrábamos. Además el agua empezaba a colarse en la bodega, lo cual indicaba que no había ningún hombre a cargo de la bomba de achique.

Acompañada por el poeta abandoné la bodega del barco. Contigua a la estancia en la que nos alojábamos, justo donde debía de estar el contrapeso, había otra de mayor tamaño repleta también de mercancías. Inspeccionamos la carga mientras buscábamos la bomba para sacar el agua que entraba a la bodega. No se trataba de sedas y especias. Estaba repleta de barricas llenas de un polvo gris. Gaius comentó que se trataba de un invento chino que los árabes usaban para la guerra: la pólvora. También había unos jarrones metálicos, que al parecer disparaban flechas de fuego, llamados *vasii*.

Nadie vigilaba aquella carga, que debía de ser más valiosa que las especias y la seda. Me rodeo con sus brazos y nos fundimos en un apasionado beso. Anhelaba sus caricias y su lengua experta. Estar junto a él sin poder fundirme con su piel era una terrible tortura. Era tal la urgencia que sentía cada uno por el cuerpo del otro que no perdimos tiempo en desprendernos de las ropas. Recogí mi saya por encima de las pantorrillas.

Elevo mi cuerpo con sus brazos. Rodeé su pelvis con mis piernas. Me posó sobre una de aquellas barricas. Yo estaba lista para recibirlo y él se introdujo dentro de mi con ímpetu. Mi cuerpo lo recibió con sumo placer. Nos besábamos con pasión mientras nuestros cuerpos se sincronizaban en un baile similar al de las olas. Le sujetaba las nalgas ayudando a su empuje, mientras él con una mano asía mis cabellos y tiraba de ellos hacia abajo, dejando mi cuello al descubierto. La visión de mi garganta lo sumió en un gran estado de excitación. Sus colmillos rozaban mi yugular sin llegar a clavarse.

– Hazlo— le ordené.

Mi cuerpo, mi mente y mi corazón deseaban aquel acto suicida igual que el hambriento desea la carne, y el poeta estaba hambriento de mí más que de cualquier otra cosa. Apretó sus colmillos contra la carne de mi garganta con urgencia y dulzura.

Rozamos el cielo sumergidos en la catarsis del éxtasis. Permanecemos largo rato besándonos sin poder separar nuestras bocas. Una vez apaciguado nuestro cuerpo decidimos continuar la exploración del navío en busca de algún marinero sano o con vida.

Pude comprobar el control que ejercía el trovador sobre sí mismo al advertir que había bebido mucho menos de mí que en otras ocasiones, pues sabía que estaba sediento. Por un instante me perdí en ese pensamiento, lo debió de intuir, pues cuando volví a la realidad sus ojos azules me analizaban con curiosidad. Aprovechó una caricia para retirar un mechón de cabellos castaños que caía sobre mis verdes ojos. Me sonrió, de nuevo volvía a asomar el dulce poeta, aquel que sólo yo podía ver. Nos besamos de nuevo.

–¿Cómo habéis entrado aquí?— Un hombre vestido con un brial entallado de ricos bordados nos miraba inquisitivo.

–Ahí tenéis vuestra cena— le susurré a mi amado, él me sonreía mientras yo me deshacía de su abrazo.

Se acercó al que debía de ser al capitán del navío de forma amistosa, clavando su mirada en los asustados ojos pardos. Este quedó paralizado. El trovador mostró sus incisivos a su víctima, la cual sollozaba sin poder moverse. Posó su mano izquierda sobre el hombro de aquel individuo y con la derecha engancho sus cabellos tirando de su cabeza hacia atrás dejando al descubierto el pescuezo. Se apreciaba la fuerza con la que latía su corazón en la vena violácea que surcaba el cuello de ese hombre. Clavó sin ningún tipo de cortesía sus colmillos en la carne de aquel *signore* que gritaba de dolor. Los gritos cesaron en cuanto se desmayó.

El poeta dejó caer al suelo el cadáver de aquel hombre, se limpió el líquido carmesí que asomaba por la comisura de sus labios con la manga de su camisa. Su mirada era de un azul más intenso y brillaba con fulgor.

Saciado su apetito continuamos con nuestra búsqueda. En la cubierta reposaban varios hombres enfermos tirados sobre el suelo de madera. Cuatro de ellos aún respiraban. Los otros ocho llevaban al menos un día muertos. Las ratas ya habían hecho acopio de ello. Continuamos con la inspección. Localizamos el fogón en popa, junto a la toldilla, bajo la cual se encontraba la cámara del maestro. Al frente del timón se encontraba un hombre vestido con una aljuba ajustada y corta. Gaius me hizo un gesto para que guardase silencio. Se asomó sigilosamente por detrás del piloto de forma casi sobrenatural. En un abrir y cerrar de ojos estaba enganchado de su yugular. Succionó durante un instante la sangre que brotaba de la garganta desgarrada de aquel hombre desvalido. Con un gesto, sin soltar su presa, me indicó que me acercase a él.

—Bebe— yo estaba perpleja ante aquella orden—. Bebed, os sentiréis más fuerte, debéis beber y fortaleceros.

La sangre de la víctima me supo salada en la boca, estaba caliente. Gaius me sujetaba la cabeza para que continuase bebiendo del cuerpo de aquel hombre mientras aún le latía el corazón. Noté el instante justo en el que dejó de hacerlo. Miré a mi poeta. Estaba visiblemente excitado. No sabía si era por haberse alimentado o por haberlo hecho yo. La verdad me sentía un poco mejor después de haber ingerido aquel elixir de vida. También me sentía excitada por transgredir una barrera como aquella. Ya no habría vuelta atrás.

El sol delataba su presencia en el horizonte que empezaba a teñirse de azul. Descendimos a la bodega para informar a Taciana de que no quedaba nadie vivo a bordo excepto los enfermos moribundos y nosotros. La bruja miró a Gaius con perspicacia, este se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa cómplice. Puso los ojos en blancos y se echó a reír. Era mucho mejor que no quedase nadie a bordo.

Plegamos las velas como si hubiésemos llegado a puerto, y el barco se mecía suavemente al compás del vaivén de las olas. El mar estaba en calma. Mauricio parecía mejorar con los cuidados de Taciana. Esta le informó de que era el único superviviente de la tripulación. Yo me sentía bastante activa y, mientras Gaius reposaba, subí a cubierta y prendí el fogón. Preparé una sopa con zanahorias, chorizo, vino, jengibre y cebollas. Mi amiga estaba hambrienta y repitió varias veces. El marinero, que había recuperado parte de su apetito, también dio buena cuenta del almuerzo; este miraba a la

hechicera con extraña admiración, cosa que ella parecía no advertir.

Paseábamos por cubierta mientras el tímido sol de enero nos acariciaba la piel calentando nuestros huesos. Gaius disfrutaba en las bodegas de su aletargamiento y Mauricio guardaba reposo en las cocinas. Nos sentamos junto al palo de uno de los mástiles de la carabela. Charlamos largo rato sobre todo lo sucedido y barajamos nuestras opciones. Podríamos prescindir del marinero, pero quizás, sabiendo la carga que llevábamos en las bodegas sería interesante mantenerlo con vida. Además estaba el tema del manejo de la nave, nosotros tres solos no podríamos conducirla a través de los mares. A Taciana le resultaría fácil tenerlo controlado.

Viéndonos seguras en aquel navío volvimos a recuperar la calma y las risas del otoño. Poco nos preocupaba que había que achicar el agua, o que fuésemos a la deriva. Nos sentíamos libres, y teníamos sueños. Quizás aquel barco nos llevase a una tierra dónde no fuese preciso que una mujer tuviese un tutor, o dónde la religión no fuese la mayor autoridad. Una tierra donde Taciana pudiese ejercer de cirujana y yo de banquera. La tarde se desvaneció entre risas, cuando nos percatamos, el ocaso había hecho acto de presencia. El trovador nos observaba de pie, apoyando parte de su cuerpo sobre el mástil, parecía sujetarlo. Nos percatamos de que estaba junto a nosotras cuando estalló en carcajadas con uno de nuestros comentarios. Ambas giramos nuestras cabezas hacia él. No nos dejaba de sorprender lo sigiloso que podía llegar a ser.

Se decidió tirar los cadáveres de los fallecidos por la borda, al igual que los tres moribundos que compartían cubierta con ellos. Fue el poeta quien se encargó de esta tarea. Pues él era inmune a la enfermedad y tenía la fuerza necesaria para ello.

Mauricio nos habló incentivado por el trovador de la carga secreta del barco. Era una mercancía de muchísimo valor que era muy codiciada en el norte, pues hacía años que se libraba una gran guerra entre Francia e Inglaterra y los ingleses codiciaban este tipo de artilugios. No podíamos hacer escala en el puerto de Algeciras, pues allí mercaderes genoveses residentes en la ciudad estaban esperando el navío. Nuestra mejor opción era quitar los estandartes castellanos y hacer parada en territorio nazarí. Debíamos abastecer la despensa con comida suficiente para la larga travesía que nos llevaría a las costas de Bretaña. Gaius apuntó que podíamos vender las sedas a los árabes o intercambiarlas por alimento.

Así pues pusimos rumbo a Marbal—la.

Capítulo VIII

Fondeamos cerca de la playa.

Marbal—la era una pequeña medina cercada por altas murallas. Estas estaban rodeadas por multitud de huertos y frondosas arboledas repletas de frutales, que a su vez estaban rodeadas por preciosas playas con dunas. A pesar de estar en pleno invierno, hacía la temperatura era muy agradable. Resultaba reconfortante la brisa marina que me acariciaba el rostro mientras paseaba por la cubierta. La luna reinaba en el cielo iluminando la ciudad.

En las costas nazaríes eran frecuentes los ataques de los piratas. No podíamos dejar nuestra carabela amarrada en puerto sin vigilancia alguna. No podíamos tampoco ir de noche a comerciar a la Alcaicería. Tampoco era prudente dejar a Gaius sin protección durante su intenso sueño diurno. No queríamos dejar marchar a Mauricio con las sedas y tener que confiar en que regresara con víveres y dinero. Y por ser mujeres, nosotras no podíamos ir solas a comerciar con los árabes pues no nos tendrían en cuenta, no por ser árabes, sino por ser hombres.

Estábamos en una situación complicada, pues aunque Mauricio se sentía profundamente agradecido por haberlo sanado de aquella *malatia*, no confiábamos en él. Sin embargo, era importante su implicación en nuestro negocio. El era sabedor del idioma nazarí, sabía moverse en el navío y era conocedor de los mares. Sin olvidar que había sido quien nos subió a bordo en Génova.

Poco después del amanecer, Taciana partió en un bote acompañada por el marinero hacia la playa. Se atavió con buenas ropas, y se cubrió sus cabellos azabaches con una preciosa seda color verde intenso, a juego con sus ojos. Con ellos llevaban parte de las sedas de las bodegas, jengibre y pimienta.

Gaius ocupó la cámara del antiguo capitán del barco, justo debajo de la toldilla. Nos aseguramos de cegar adecuadamente el pequeño ventanal que hacía que se colase la luz en la estancia. Con la salida del Sol inició su sopor. Para garantizar su seguridad, dispusimos la paja de un jergón dentro

de un gran baúl. El poeta descansaría dentro durante nuestra travesía. Yo vigilaba su sueño. Debíamos tener mucho cuidado, pues no nos convenía que ningún marinero se percatase de sus limitaciones mientras no alcanzásemos el océano.

Dispuse el jergón del que habíamos extraído parte de la paja para hacer la cama del poeta encima del baúl. Me tumbé sobre él. Ya me había acostumbrado a dormir de día y vivir de noche. Casi sin querer me quedé dormida sobre el baúl donde reposaba el poeta. El sol caía hacia el oeste cuando me desperté. Taciana y Mauricio aún no habían regresado. Aquello me inquietó.

Paseé por cubierta anhelando que apareciese el bote sobre las tranquilas aguas. Dejé que la calidez de la tarde me calentase la piel. Ya me había habituado al frío, pero aún así el calor me reconfortaba. El sol se ocultaba y mi amiga no regresaba. Decidí entonces ir en busca de Gaius.

Estaba transmitiendo al trovador mi inquietud cuando escuchamos pasos en cubierta. Taciana y Mauricio regresaron con víveres y un visible enfado de la hechicera.

Nada más llegar a la playa, descargaron las mercancías del bote y alquilaron un burro para llevarlas al mercado de la seda. Se adentraron en el arrabal, atravesaron la muralla y recorrieron las estrechas y blancas callejuelas de piedra, Taciana se sorprendió al pasar junto a unos baños públicos y se maravillo con la majestuosidad de la Mezquita. Llegaron al zoco, allí el marinero conocía a unos mercaderes que no les preocupaba el origen de las telas, siempre y cuando se las dejaran a un buen precio. Los piratas y mercenarios eran los proveedores y compradores habituales en ese mercado. Los nazaríes no eran muy amigos del mar, así que su flota estaba compuesta por hombres de todas las condiciones, debido a ello la piratería era habitual en la zona.

En Marbal—la la seda no se vendía a un precio tan elevado como en otras tierras. Rodeando sus murallas tenía plantaciones de un árbol llamado morera. Taciana no conocía el procedimiento, pero al parecer, había unos gusanos que se alimentaban de sus hojas, y estos producían la seda. Las telas que fabricaban los artesanos nazaríes era de gran calidad. Los mercaderes de Génova, cargaban la seda en sus navíos y la llevaban por todo el Mediterráneo. Y nosotras pensando que era algo exclusivo de Oriente.

Uno de los mercaderes estaba interesado en proveer de víveres y esclavos el barco a cambio de Taciana. Mauricio, en principio e ignorando los deseos de mi amiga, accedió a negociar con aquel hombre. Regateando

en el número de esclavos que el mercader aportaría a cambio de la mano de la dama. Entre las cualidades que destacaba el marinero, era que la mujer resultaba útil debido a sus conocimientos de medicina. Mi amiga, que no entendía el idioma en el que hablaban los dos hombres tardó en comprender lo que estaban negociando. Agarró a Mauricio por el cuello de la camisa con una mano y con la otra le mostró su daga. Acarició las partes nobles del marino con el filo del arma para hacerle entender quién estaba al mando. El marino vació el líquido de su vejiga como única respuesta a la advertencia de mi amiga. El mercader cesó en las negociaciones al ver la rebeldía de la mujer. Taciana pudo entender que le indicaba a Mauricio que debía de educarla con una paliza diaria.

Una vez Taciana puso al marinero en su sitio, buscaron otros comerciantes con los que negociar. Nadie estaba dispuesto a comprar la seda al precio que solicitaba el marino, pues en aquel lugar había mucha seda. Después de mucho buscar encontraron un mercader veneciano que había acudido a la ciudad en busca de sedas, pero opinaba que aquellos nazaríes pedían demasiados maravedíes por su género que ni siquiera procedía de las Indias.

Taciana, ignorando lo que Mauricio le indicaba, se deshizo de las telas por un precio inferior al del mercado. Sabía que malvendía, pero no quería perder más tiempo. Con la bolsa que aquel hombre le entregó se dirigió al mercado. Adquirió palomas vivas, pescado en salazón, aceite de oliva, cerveza, dátiles, abundantes en esa ciudad, higos y naranjas desecadas, olivas, cebollas, y limones encurtidos. Poco le importaba el hecho de no adquirir esclavos, le parecía horrible la idea de poder comprar un ser humano.

El comerciante les aconsejó que reclutasen la tripulación en Almería. En su puerto recalaban barcos de los piratas. Era un arma de doble filo contratar a aquellos hombres. Eran marineros eficientes, y sin escrúpulos, que mismo arriaban velas como defendían el barco o abordaban un barco enemigo. También podían acabar con nosotros y quedarse con nuestras mercancías. Mauricio insistía en que teníamos que escoger bien a los nuevos tripulantes pues podrían suponer un problema. Taciana le dejó muy claro que igual el que suponía un problema era él.

Navegamos durante la noche, desandando el camino, para ir en busca de nuestra tripulación. Nosotros teníamos claro que no iba a llegar a las costas de Bretaña, obviamente Mauricio lo ignoraba.

El viento era favorable. Faltaban algunas horas para que rompiese el alba cuando anclamos nuestro navío en las aguas de Almería. Una

imponente fortaleza se alzaba desde lo alto de un cerro hasta acariciar la costa. Las puertas de la ciudad estaban cerradas, pero en el puerto había movimiento. Si una cosa había aprendido, era que la actividad de los puertos nunca paraba.

Gaius y Mauricio partieron en uno de los botes.

Reclutaron varios hombres en una taberna. El aspecto que tenían aquéllos dejaba mucho que desear. Si alcanzáis a imaginar el aspecto que pueda tener un pirata, el de estos expertos navegantes era peor. Obviamente entre las cualidades necesarias en un mercenario no está la belleza ni los modales.

Ya teníamos todo lo necesario para partir sin necesidad de recalar en ningún puerto. Pusimos rumbo al océano Atlántico poco después del alba.

De cara a la tripulación Mauricio y Gaius estaban a cargo de dirigir el barco, Taciana y yo nos encargábamos de las provisiones, y de la vigilancia de las bodegas.

Decidimos ir armadas. No nos fiábamos de aquellos marines. La mirada de estos se volvía turbia al ver hacia nosotras. Unos decían que daba mal fario llevar una mujer a bordo. Otros opinaban que ejercíamos poder sobre las aguas. Y todos nos miraban con lascivia. Estaba claro que aquellos hombres no estaban habituados a ver mujeres a bordo de un navío, pero sí en los burdeles de los puertos.

A aquellos marines les escandalizaba que viajásemos acompañadas por dos hombres que no eran nuestros esposos y que no les guardásemos obediencia. Les inquietaba sobremanera la forma en que mi amiga se dirigía a Mauricio. Estaba furiosa con él por haber tratado de intercambiarla. Ella no era ninguna mercancía. Mauricio le respondía diciendo que aquel intercambio era ventajoso para ella, pues aquel hombre tenía muchos esclavos y varias esposas, de manera que ella hubiese vivido cómodamente como esposa de aquel mercader. Taciana y yo no salíamos de nuestro asombro.

Daba igual cuánto se escandalizase nuestra tripulación, Taciana hacía lo posible para que se escandalizaran aún más. Decidió vestirse con las ropas que acostumbraba a usar en la cabaña: unas pieles le cubrían los pechos y una especie de saya le tapaba lo de abajo del ombligo. Practicaba rituales extraños, y estoy segura de que algunos eran inventados, con danzas de lo más insólitas. Sí se mataba alguna paloma para hacer sopas, la hechicera se encargaba ella misma de hacerlo y se bebía la sangre del animal, a continuación fingía entrar en trance. Le divertía hacer que aquellos hombres la temiesen. Nosotros también nos divertíamos con

aquello, a excepción de Mauricio que le solicitaba que cesase de hacer tales prácticas.

Durante la noche, pocos de la tripulación se mantenían despiertos a excepción de Gaius, Taciana y yo, que tomábamos el control del barco. Mauricio estaba convencido de que el poeta sufría una enfermedad llamada epilepsia, y que le impedía ver el reflejo del sol sobre las olas, pues le provocaba una serie de convulsiones difíciles de controlar. Yo era la encargada de asistirlo en caso de que le sucediese una de esas crisis. El marinero no dudaba de la palabra del poeta. En su cabeza se había hecho la idea de que ambas éramos siervas de este hombre culto, versado en las siete artes liberales que poseía una gran elegancia en sus formas. A estas impresiones había que sumarle el hecho de que nosotras lo habíamos curado de su enfermedad, en especial Taciana, que aplicó con astucia sus conocimientos sobre los humores humanos.

El marino castellano había desarrollado un creciente interés por la hechicera. Había cambiado su táctica de despreciarla por la de ser excesivamente amable con ella, continuamente la colmaba de elogios y galanterías. Los esfuerzos del marino por conquistarla parecían no surtir efecto en Taciana que cada día lo soportaba menos. Aquel hombre le interesaba poco, o más bien nada. Este la seguía por todo el barco, si quería saber dónde se encontraba mi amiga sólo tenía que localizar a Mauricio. Yo estaba segura de que cualquier día le rebanaría el cuello y se lo daría de alimento al poeta.

Taciana procuraba buscar siempre mi compañía, lo que espantaba a Mauricio. Por el día yo solía tumbarme sobre el baúl donde reposaba Gaius. Su frío cuerpo se volvía inerte cuando entraba en su particular adormecimiento. Mi amiga, a los cuatro días de travesía tiró su jergón junto al baúl. Ella nunca se había sentido tan contrariada por los elogios de un hombre, se inclinó por acompañarnos durante las horas de Sol. Tomamos la decisión de dormir con un par de dagas y un hacha junto a nosotras. Gaius mostraba su desazón por la actitud de Mauricio, estaba convencido de que el marino no tenía buenas intenciones y no se fiaba de la tripulación que nos acompañaba.

Navegábamos en dirección norte. Ya habíamos dejado atrás nuestro mar, el cálido Mediterráneo. Una vez llegamos al océano el clima se recrudeció. Las temperaturas bajaron súbitamente y la danza de las olas se volvió más brusca. Nuestra carabela resistía estoica los fuertes embates de las olas.

La tripulación comenzó a mermar. Era necesario.

Los mercenarios contratados a bordo de la carabela tenían todos el mismo punto débil. No es que nosotras los incitáramos a pecar, se incitaban ellos solos. No hacía falta mostrar más escote ni dirigirles una mirada, lo único necesario era que intuyesen que una de nosotras estaba a solas. Fueron doce los mercenarios que trataron de forzarnos. Fueron doce los mercenarios sorprendidos por Gaius mientras trataban de forzar a una de nosotras. Fueron doce los que murieron.

El poeta se encargaba de morderles en el lugar de la carne que no se apreciase las marcas de sus colmillos. Luego dejábamos el cadáver en algún lugar donde fuese fácil hallarlo.

Se extendió la idea de que una enfermedad viajaba en el navío. Mauricio insistía a la tripulación en que debían de acudir a Taciana si notaban algún síntoma, que ella podía curar cualquier mal. Y estos se acercaban a ella fingiendo algún síntoma y sin buenas intenciones. Taciana, siempre un paso por delante, les ofrecía un brebaje para curar ese terrible mal, ninguno de los que acudió a la curandera se negó a beber la pócima a base de belladona.

Navegábamos frente a la costa norte de Portugal cuándo nos percatamos de que ya no quedaba tripulación a bordo a excepción de Mauricio y nosotros tres. Quedaban pocas jornadas para llegar a la Bretraña por lo que no necesitábamos a ningún tripulante.

Los días pasaban y según nos íbamos acercando a las costas gallegas del Reino de Castilla, la actitud de Mauricio con Taciana volvió a cambiar. El hombre parecía impacientarse con las negativas de mi amiga. Incluso se mostraba agresivo en las forma de dirigirse a ella. Al parecer a nuestro amigo le costaba encajar los noes.

A la hechicera cada día que pasaba le causaba aún más repulsión el marinero.

Aquella tarde de febrero de 1349 pasábamos frente a la costa de la pequeña ciudad costera de Baiona. Era un puerto con mucho movimiento de mercaderes y pescadores. Entramos en la bahía pasando por delante de unos islotes. A lo lejos se divisaban tres islas. Mis ojos nunca habían visto un paisaje tan bello a pesar del mal tiempo que nos acompañaba.

Taciana se encontraba en el castillo del barco, Mauricio irrumpió en la estancia, su mirada era la de alguien que había sucumbido a la locura. Decidió ocultar el cuchillo con el que estaba troceando unas cebollas entre las telas de su saya.

— ¿Qué pasa Mauricio?— dijo dando un paso atrás.



«Él estaba cansado de que ella le dijese que no como si él no fuese lo suficientemente bueno para aquella pecadora, tenía la certeza de que ella no sólo era una hereje, sino también una bruja. Ella, y sólo ella, era la culpable de todos los males que le sucedían desde que habían partido de Génova. Dios lo estaba castigando por permitir que una hereje hubiese subido a bordo. Les mandó la peste, los temporales y tormentas que les acompañaron durante toda la travesía, la misteriosa enfermedad que había acabado con toda la tripulación, todo aquello era un castigo por dejarse seducir por ella. Estaba seguro de que lo había hechizado y lo estaba utilizando para sus oscuros fines. Ella era una digna hija de Eva, era la serpiente que expulsó a los hombres del paraíso. Lo incitaba al pecado y lo volvía loco. No iba a ir al infierno por su culpa.»

«Se abalanzó sobre ella. Posó sus curtidas manos sobre el cuello de la mujer. Qué suave era su tacto. Y la forzó a que lo besara. Ella gritaba. Él le propinó una bofetada para que se callase. Ella forcejeaba, así que le agarró las manos. Sería suya sí o sí. Viva o muerta. Tenía que ser de él. Ella se seguía resistiendo, así que le propinó otra bofetada. Y otra. Y otra más. Ya no era necesario sujetar las manos de la bruja, ella se había rendido. Entonces la abrió de piernas. Por fin era de él. Justo en ese instante notó una hoja fría que le atravesaba la espalda y salía por su pecho. Taciana empujaba con fuerza el cuchillo. El cuerpo del marino se desplomó sobre el suelo de madera del barco.»

Capítulo IX

El mal tiempo no cesó. Gaius no paraba de repetir que por algo le llamaban *Mare Tenebrosum*. Si dirigíamos nuestra mirada hacía donde se escondía el Sol, lo único que captaba nuestra vista era agua. El horizonte parecía dibujar una curvatura allí donde la mirada se perdía. El viento soplaba con fuerza, y hubo días enteros durante nuestra travesía en los que una intensa niebla no nos dejaba divisar lo que teníamos a escasos pasos.

Taciana se sentía victoriosa. Al fin se había librado de la pesada losa que era el marinero. Iba bailando y cantando de un lado para otro. Si nos cruzábamos con ella, asía nuestras manos y hacía girar nuestros cuerpos sin control. Se reía como una chiquilla que había realizado alguna travesura, nos abrazaba y besaba constantemente. Su alegría era nuestra también pero debíamos ocuparnos de solventar el creciente temporal que amenazaba con hundir nuestro navío. Sin olvidarnos de que no dabamos a basto para achicar el agua de las bodegas.

Juntos tomamos la determinación de fondear en las islas Siccas que guardaban la entrada de aquella preciosa bahía. Orgulloso el trovador, nos narró como uno de sus antepasados había asediado en aquellas aguas a la tribu de los herminios, que escapaban de la batalla en Lusitania. Primero trató de invadir la isla donde los lusitanos se refugiaron. Lo abrupto del terreno, y la altura a la que se situaban los guerreros enemigos hizo imposible un ataque desde el agua. El bisabuelo de su abuelo decidió entonces acampar en la isla del medio y vencer a los bárbaros cómodamente empleando la técnica del asedio. Ambas nos quedamos asombradas al saber que uno de los parientes de Gaius había sido un gran general. Al poeta le engrandecía narrar historias de la época de los antiguos. Sus conocimientos eran amplios y gustaba de compartirlos con nosotras.

Fondeamos nuestra carabela en una de las pequeñas y numerosas playas que había en las tres islas. Elegimos la isla norte, esta parecía estar menos habitada que sus vecinas, ya que en ella no se avistaba luz alguna. Faltaban pocas horas para el alba cuando votamos el ancla en aquellas aguas. El temporal se recrudecía.

Llegó la mañana. A pesar de que Taciana dormitaba en su jergón de paja sin

preocupación alguna mientras Gaius se encontraba sumido en su letargo, yo me sentía inquieta. Algo me impedía abandonarme al sueño. Una especie de angustia sacudía mi pecho. Me estaba ahogando en aquella estancia. Salí a cubierta. El día era sin duda uno de los más oscuros que recuerdo. El trovador podía salir tranquilamente a pasear sin que la temible claridad le afectase lo más mínimo: el cielo lucía un tenebroso tono gris. La lluvia, suave y refrescante, acariciaba mi rostro. A pesar de ello todo estaba en calma. Las olas mecían suavemente nuestra embarcación. Por un instante mi ansiedad se disipó.

Me quedé largo rato en cubierta observando el paisaje. La playa en la que habíamos fondeado era una pequeña cala con abundantes rocas. El terreno era abrupto. Las aves anidaban entre estas. Las gaviotas que durante toda nuestra travesía habían sobrevolado el navío no se acercaron esta vez a saludar. Parecía que se refugiaban entre los peñascos que precedían a la playa. Tanta calma me resultó extraña.

Desde mi posición tenía una vista privilegiada del paisaje. Mi mente luchaba contra el impulso de bajar a tierra. Podía apreciar una pequeña capilla en un alto, rodeada de un pequeño bosque. Una pequeña casa de piedra y adobe asomaba entre la vegetación. En la isla vecina se observaban construcciones más grandes que en esta, eran escasas las edificaciones en contraposición con los puntitos que se apreciaban en la costa que se situaba frente a las ínsulas. El paisaje era tan bonito que sobrecogía el alma.

Una campesina apareció entre la vegetación. Dirigía un pequeño rebaño de cabras acompañada por varios canes. Se quedó parada mirando hacia mi posición. Empezó a hacerme señas agitando los brazos. Me gritaba algo pero solamente me llegaba un murmullo ininteligible. Decidí devolverle el saludo con la mano y le dediqué la mejor de mis sonrisas a la isleña antes de volver a bajo-cubierta.

Taciana estaba despierta. Sentada en el suelo con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en las rodillas miraba al vacío. Cuando se percató de mi presencia, se giró hacia mí con una gran sonrisa. Me senté junto a ella y le hable del encuentro con aquella campesina y mi frustración por no entender lo que me había querido decir. Taciana me relató de que en cierta ocasión había escuchado que los isleños suelen tener un carácter difícil y nos son gustosos de recibir visitantes. No sabía si aquello era cierto o simple palabrería. A mi me pareció amistoso el tono de la mujer. Incluso me dio la sensación que quería que descendiese a la playa. Nos quedamos pensativas, meditando de la posibilidad de bajar a tierra. Nos dimos cuenta de que ya era tarde cuando el cielo rugió como si se fuese a derrumbar sobre la tierra.

El navío comenzó a mecerse con fuerza. Oscilábamos de un lado a otro de

la estancia junto al baúl de Gaius, los jergones de paja y la mesa de madera. Tratamos de sujetarnos de algún modo a las paredes de madera, pero en cuanto la carabela se inclinaba hacia el lado opuesto volvíamos a resbalar por el suelo de madera hasta que nuestros cuerpos se estampaban contra la pared contraria. La oscilación se volvía cada vez más fuerte. La pequeña mesa de madera se rompió en pedazos en una de las oscilaciones. Yo me sentía como aquella mesa, trataba de alcanzar el baúl donde dormitaba el poeta, todo esfuerzo era inútil. Este se rompió igual que la mesa, y el cuerpo inerte del poeta resbaló por el suelo hasta la pared de la toldilla, aún así no despertó. Taciana insistía en que debíamos salir de ahí. El barco volvió a oscilar de nuevo, con un golpe seco, algo en el exterior, detuvo su vaivén. Sentimos el sonido de la madera del casco al resquebrajarse. En lo que dura un suspiro una ola engullo la toldilla. Nos arrastró junto con todo lo que había en la estancia. Ante la fuerza del agua éramos marionetas. Sentí un dolor punzante en la nuca y todo se volvió negro...

La cabeza me dolía a horrores. Parecía como si me fuese a estallar. Sentía frío, mucho frío. No tenía muy claro que había pasado, y menos aún donde me encontraba. Tenía sueño. Alguien me había llevado a aquella habitación. Estaba tumbada sobre un jergón duro. No sabía más. Tenía sueño. Tiré de la manta que me cubría y cerré los ojos.

Abrí los ojos y ella estaba allí. La suave luz de la luna se colaba por una pequeña ventana para posarse sobre su grácil cuerpo. Se retiró la capa que cubría su óseo rostro. Posó su guadaña junto a mi lecho y se sentó a mi vera en el jergón. Al contrario de lo que cualquiera pudiese pensar era hermosa. Su piel era pálida, sus labios morados, sus ojos grandes y grises, sus cabellos blancos casi rozaban el suelo. Poseía una elegancia que las damas de las casas más nobles de los estamentos más altos matarían por poseer. Su presencia me inspiró confianza, pues ya nos habíamos visto las caras en el pasado. Suspiró.

- Esta noche no vengo a buscaros.
- ¿A qué venís entonces?
- A veces yo también necesito conversación. No imagináis lo dura que es mi labor.
- ¿Para qué es la guadaña sino pensáis llevarme con vos?
- Oh! La guadaña... bueno el hombre en su imaginación decidió dibujarme con guadaña. ¡Como si la muerte necesitase una guadaña para matar!
- Entonces, ¿sólo queréis conversar? Nunca pensé que fueseis tan anciana.
- Verás querida, como ya os dije soy un producto de la imaginación del hombre, y sí hay algo a lo que el hombre teme es a una mujer sabia y anciana.

Cuando volví a despertar la luz que entraba por la pequeña ventana iluminaba parte de la estancia. Era un cuarto pequeño. Casi todo el espacio lo ocupaba la pequeña cama donde yo me encontraba acostada. Junto a esta, debajo de la *finestra* había una pequeña mesa que no llegaba a medir una vara. Sobre la mesa había una figurita de piedra que representaba alguna virgen y justo encima del jergón, colgada de la pared, una cruz de madera.

Me incorporé, tenía frío, así que agarré la pesada manta de lana y me cubrí con ella. Por la *finestra* entraba el viento que soplaba con fuerza en el exterior. Podía oler el mar. Con la manta sobre mis hombros, rodeando mi dolorido cuerpo hice todo lo que pude para ponerme en pie. Tenía magulladuras por todo el cuerpo. Mis últimos recuerdos eran confusos. Además tenía hambre. Al asomarme a la pequeña ventana intuí que me encontraba en una de aquellas islas. El edificio de piedra estaba en una zona elevada y rocosa. A mis oídos llegaba el sonido de las olas rompiendo en las rocas del acantilado y los chillidos de las gaviotas sobrevolando las islas. Decidí entonces explorar un poco más.

Abrí la puerta de la pequeña estancia. Salí a un estrecho y poco iluminado pasillo. El frío se había instalado en mi cuerpo y parecía no querer abandonarme. Por un instante dudé si seguía viva pero mi corazón latía inquieto dentro de mi pecho. Avancé insegura por aquel corredor. Alguien me había llevado a ese lugar. Sólo tenía una certeza, quien quiera que fuese la persona que me llevó hasta allí sin duda alguna me había salvado la vida.

Una puerta se abrió en el estrecho pasillo. Una anciana encorvada vestida con un raído hábito salió de una estancia. Llevaba una pequeña lámpara de aceite en la mano. Al verme me sonrió.

– *Neniña ¿espertaches?*

No entendía ni una sola palabra de lo que aquella mujer me quería decir. Su tono de voz era dulce y sus gestos cariñosos. Por sus ropajes y la austeridad del lugar intuí que me encontraba en un convento.

La anciana me asió de la mano y me llevó a través del corredor que atravesaba el edificio. Entramos en la cocina. La actividad era frenética. Varias mujeres se afanaban en amasar una mezcla a base de harina, huevo y anís, seguidamente le daban forma de rueda. Mis tripas rugieron, inmediatamente se me hizo la boca agua al ver cómo sacaban del horno las bandejas repletas de aquellos dulces. Intuí que el destino de aquellas rosquillas sería algún mercado cercano. La anciana me indicó con gestos que me sentara en una esquina de la larga mesa en la que se encontraban dos de las novicias trabajando la masa.

Obedecí al instante. Aquellas mujeres me miraron con ternura. La que se encontraba vaciando el contenido de las bandejas en una cesta de mimbre me ofreció una de aquellas rosquillas.

Aquel bocado me supo a gloria. Era lo mejor que había probado en mucho tiempo. La rosquilla se deshizo en mi boca provocando una oleada de placer mejor que un orgasmo. Tenía hambre y mi estómago respondió con un rugido. Aquellas mujeres hablaban muy rápido en un idioma que yo no alcanzaba a comprender, pero no necesitaron de palabras para comprender el hambre que yo tenía. En un cuenco de barro me sirvieron una especie de sopa. El agua era de un color blanquecino, su sabor salado y fuerte. Estaba compuesta por habichuelas, col, zanahorias, castañas, y pequeños pedazos de carne en salazón. Para acompañar a aquel caldo pan de centeno. Aquella comida era una auténtica delicia. Aún ahora al evocarlo en mi mente siento el sabor de aquel caldo a mi paladar.

Me sentí reconfortada después de aquel plato caliente. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde el naufragio de nuestro barco hasta que desperté en aquella celda pero sí tenía una certeza; Taciana y Gaius no estaban junto a mí. No saber el destino de mis amigos me inquietaba sobradamente.

Con el paso de los días iba adaptando mi oído al idioma galaico, algunas palabras eran muy similares al toscano a pesar de que la distancia que separaban las islas Çies de Florencia era de muchas jornadas de viaje. Esa distancia se percibía en las costumbres y forma de pensar. Otras palabras eran muy similares al latín, tan apreciado por el poeta. El paso de los romanos había dejado su huella, que se entremezclaba con la cultura de los antiguos habitantes de los castros. En estas tierras, de difícil acceso, y apartadas del resto del mundo, tenía mucho más peso el clero que en mi república natal, además la gente del lugar guardaba vasallaje a un señor, y este se lo guardaba a un rey. Básicamente no eran ciudadanos, sino súbditos. La iglesia marcaba las normas, y al parecer nadie cuestionaba su autoridad. El comercio no era muy abundante y la mayoría de su población vivía aislada en los campos.

Las novicias no eran muy partidarias de salir de la protección que les brindaban los muros del convento. Aquellas religiosas tenían una percepción del mundo algo difusa desde mi punto de vista. Tenían mucho miedo a lo que pudiera pasar fuera de los muros de su pequeño mundo, donde ellas se sentían libres y seguras. La población de las islas era escasa. Estaba compuesta por una veintena de campesinos, los monjes del monasterio de la isla vecina y ellas. De vez en cuando veían interrumpida la calma de sus monótonas vidas cuando algún barco arribaba a sus playas. Algunas veces eran enfermos de tierras vecinas buscando atención médica, otras piratas que se refugiaban de alguna tormenta o

para descansar entre saqueo y saqueo, o, las que menos, con la idea de atacar las islas. Cuando decidían saquearlas se encontraban con una fuerte resistencia, aquí nadie dudaba en agarrar el sachó y emplearlo para defender su hogar de cualquier intruso con malas intenciones. El último barco que arribó fue el nuestro, con tan mala suerte de naufragar en su abrupta costa.

Una campesina me había hallado inconsciente en una de las playas. Entre ella y sus hijas habían decidido llevarme al convento, para que las monjas clarisas cuidasen de mí. Había tenido suerte.

En poco tiempo descubrí que las habitantes del convento eran una gran familia, eso sí, solo de mujeres. Cuidaron de mí como si yo formase también parte de aquella singular familia y, de hecho, siento que así era.

A medida que me iba encontrando mejor les iba ayudando en sus tareas, que no eran pocas. Las jornadas eran intensas, pero amenas. Todo se realizaba en armonía y complicidad. Las tareas se compartían, y se realizaba un reparto equitativo de estas. Trabajamos la huerta de la parte posterior del convento. Junto a las zanahorias, grelos, habas, repollos, cebollas y ajos había una gran variedad de hierbas medicinales. Las hermanas atendían a los enfermos más pobres que llegaban de las aldeas cercanas, cada vez con más frecuencia. Sor Ofelia era la improvisada cirujana, pues a pesar de sus amplios conocimientos y experiencia no tenía ni título ni permiso para ejercer tal profesión. Pasaba gran parte del tiempo conversando con ella sobre hierbas y ungüentos, me enseñó diferentes remedios para males comunes y técnicas medicinales que había perfeccionado desde que ingresó al convento nueve años atrás, cuando contaba con trece años de edad. Cuándo llegó, ya poseía conocimientos sobre hierbas y cuidados, pues su madre, ejercía de partera. Se podría decir que lo de Ofelia no era un absoluto amor a Dios, fue su forma de escapar a una vida encerrada en una casa, atada a un hombre y pariendo vástagos. A ella igual que a mí, le aterraba la idea de la maternidad. Con el ingreso a la vida monacal obtuvo su libertad. Que ironía.

También arrimé el hombro en cocina, me enseñaron a preparar los melindres que después vendían en los mercados de Vigo, Bouzas, Teis o Cangas a pesar de que el comercio había decaído. Era una fuente de ingresos que ayudaba a obtener otros víveres que de otro modo no hubiese sido posible.

Otra de las tareas más importantes para la madre superiora, Sor Eulalia, era la escuela. Aunque era algo poco común en los alrededores dos tardes por semana, las niñas de la isla llegaban al convento para aprender a leer y escribir. También se les enseñaban los catecismos, a bordar, y a cocinar postres. Para la monja era algo vital mejorar el futuro de estas niñas.

La campesina que me halló en la playa se llamaba Balbina. Tenía siete hijas,

había llegado a la isla el día de su boda, pero su marido, que era pescador, un buen día había subido en su barca, para nunca más volver. Desde entonces había enfrentado ella sola el trabajo del campo y la casa, algunas veces apenas les había quedado para comer después de cumplir con las cuotas que debía de entregar al obispo, dueño de las tierras. Por suerte las hermanas del convento y el padre Xoán le ayudaban a salir adelante en los tiempos más difíciles. Las niñas crecían y a medida que pasaban los años podían hacer frente a tareas más duras, aunque la mayor ya estaba casada con un joven pescador de una aldea vecina a la isla. Balbina a punto de cumplir la treintena era abuela. Se lamentaba de que no había conocido aún a su nieto, pues estaba todo el día atareada con los quehaceres del campo y no disponía de tiempo para viajar a Aldán a visitar al pequeño.

Después de dos lunas de vida monástica, mi principal preocupación seguía siendo el paradero de Taciana y Gaius. Me sentía muy querida por las hermanas del convento, pero yo, necesitaba libertad, y en mi caso, no se hallaba tras esos muros. Balbina me recibió con júbilo en su pequeña vivienda. Dudaba si esa alegría era por tener una compañía que no fuese la de sus seis hijas menores que aún vivían con ella o por tener un par de manos más trabajando en las tierras.

La casa estaba en la isla norte, muy cerca de la playa donde habíamos fondeado nuestra nave. Sólo había otra vivienda en esa isla, pero llevaba décadas deshabitada. Cuando a Balbina o a alguna de las niñas con su pequeño rebaño les sorprendía una tormenta en esa zona solían refugiarse en lo que quedaba de aquella construcción.

Uxía de trece, se casaría en dos lunas y abandonaría la casa. Balbina estaba orgullosa de que fuese con el sobrino del padre Xoán, aunque este era mucho mayor que su hija, sabía que no pasaría ni hambre, ni penurias. Rosalía tenía once, Tereixa y Sabela nueve, Martinha ocho y por último estaba Lucía, de seis años. Todas eran rubias, de tez clara y ojos cristalinos, a excepción de la más pequeña. Sus cabellos rojizos, que ondeaban como el mar revuelto, destacaban entre los de las demás, sus ojos miel delataban inteligencia y su rostro estaba plagado de pequeñas manchas marrones, que según sus vecinos, junto a su pelo, eran la marca del diablo.

La casa era pequeña. En cierto modo, me recordó a la cabaña de Taciana a las afueras de Lucignano. Estaba compuesta de una sola estancia. Las paredes eran en parte de piedra y en parte de adobe. El tejado de madera y paja. Al fondo de la única habitación estaba la *lareira*, en la que procuraban mantener siempre el fuego encendido, sobre éste había dos piedras ennegrecidas por el carbón que servía de soporte al pote dónde se preparaba el habitual caldo. La vida transcurría en torno al hogar, dormíamos junto a este, amontonadas en un par de

jergones de paja tirados en el suelo. Las cabras y los tres canes dormían con nosotras. Cuando las fuertes tormentas alcanzaban las islas el agua se colaba por algunas de las rendijas del tejado, y el suelo, que era de tierra, se embarraba. Comíamos sentadas en el suelo de la cabaña, o en el exterior sobre unas piedras, ya que no disponíamos de sillas, y la única mesa no era lo suficientemente grande para las ocho. Balbina y sus hijas no disponían de baúles dónde guardar sus enseres, aunque tampoco los necesitaban, sus únicas ropas las llevaban puestas.

El aire en la isla venía cargado del olor del mar, sus caminos serpenteaban entre la vegetación y las rocas. Se trabajaba duro en el abrupto terreno. Nuestra jornada comenzaba nada más salir el sol. No había cabida ni para el ocio ni la educación, sólo la pequeña de seis años asistía a la escuela. Desde la salida del Sol hasta que se escondía tras los preciosos acantilados de las islas para dejar paso a la Luna no parábamos de trabajar. Había que cultivar la tierra, atender a los animales, tejer, en algunas ocasiones se bajaba a la playa en busca de alguna concha entre las rocas o enterrada en la arena, también comíamos cangrejos. Además, Balbina se encargaba de la limpieza de la casa de la hermana del padre Xoan para ganar algunas monedas, en Vigo, cada tres días la acercaban hasta la playa de la cercana aldea en una gamela, una pequeña embarcación muy sencilla con un mástil y una vela que utilizaban los habitantes de la zona.

Entre arar la tierra y soltar a las cabras trataba de buscar a Taciana y Gaius. De vez en cuando las mareas devolvían alguna de nuestras pertenencias a la playa. Ello me sumía en un estado de melancolía que despertaba mis ansias de aventura, de salir en busca de mis amigos. Por otro lado me sentía muy unida a Balbina y las niñas. Las islas eran un remanso de paz, y aunque el trabajo era duro, la belleza del entorno y la unidad que sentíamos compensaba el esfuerzo. Visitaba a menudo a las hermanas del convento, llevaba a Lucía a clase y seguía ayudando a Ofelia en la enfermería. El tiempo transcurría rápido, casi sin darme cuenta me fui adaptando cada vez más a la vida en las islas, dejando atrás el dolor del pasado. La muerte negra había llegado a las aldeas cercanas y siempre había nuevos enfermos que llegaban en barcas, a las novicias no se les pasaba por la cabeza la idea de no acogerlos. Con la llegada de cada nuevo enfermo venía a mi cabeza el recuerdo de Florencia.

Sor Eulalia, cada vez con menos frecuencia, trataba de convencerme para que tomase los hábitos, ignoraba la predilección que yo sentía por pecar. Y, cada vez con más frecuencia, la Muerte me visitaba en mis noches de insomnio, aunque, Muerte siempre se negaba a indicarme el paradero de mis amigos. Por lo menos sabía que no se los había llevado.

Una mañana de mayo el inmenso mar escupió en una de las playas el amado

códice de Taciana. Fue la pequeña Lucía quién lo halló entre la arena. Aquel pequeño libro despertó el interés de la infante. Ya tenía bastante con ser la séptima de siete hermanas y tener el cabello del color del fuego como para que ahora se interesase por la hechicería. Ofelia, también sintió gran interés, y se apresuró a copiar algunas de las páginas, pues su contenido le era de gran utilidad.

Lo poco que iba conociendo de la cultura galaica era por los vecinos de la isla. Estaban muy anclados en tradiciones ancestrales que se habían mezclado con la religión. La iglesia había desvirtuado aquellas antiguas creencias y había vuelto supersticiosos a los habitantes de estas tierras y, en este caso, cargaban con sus creencias contra la pequeña de seis años. Para colmo la niña, había venido al mundo durante el *Samaín*, en la última noche del mes de octubre. A la mañana siguiente de nacer su padre se subió en su barca y nunca más regresó. En aquel tiempo, Balbina vivía en una casa un poco más grande y confortable, en la isla del medio, pero sus vecinos, tan supersticiosos como su marido, la forzaron a que abandonase su hogar. Ella había perdido toda esperanza, cuando el padre Xoán la autorizó para que se instalara en la pequeña casa que ahora habitaba, en la isla del norte.

Cada vez que pasaba algo malo o fuera de lo común, la pequeña comunidad que habitaba las islas, cargaba contra la pequeña Lucía. Todo esto me lo contaba Balbina para desahogarse, pues ella muchas veces se veía invadida también por estos pensamientos, y ella, que era muy cristiana, y no faltaba a misa, y no comía carne los viernes, ni blasfemaba, ni pecaba de lujuria, ni deshonraba a sus padres, y cumplía a rajatabla las normas de la iglesia, que no había sido monja porque sus padres la obligaron a casarse, no entendía por qué Dios la había castigado con siete hijas hembras.

Así por casualidad, fue como me enteré que hacía tres lunas, poco después de naufragar el barco en el que yo viajaba, habían aparecido tres campesinos desangrados. Alguna bestia les había desgarrado el pescuezo y vaciado hasta la última gota de su sangre. Tuve que hacer un gran esfuerzo por disimular mi alegría. Esa era una señal inequívoca de que Gaius se encontraba con vida en algún lugar de la isla, no se había alimentado en los últimos días de travesía. Para mí era una gran noticia. Mi sorpresa fue saber que los isleños culpaban a la pequeña, e incluso habían pedido que fuese ajusticiada. Fue, una vez más, la mediación del padre Xoán la que logró que permitieran que la niña continuase en las islas.

En mí, Lucía, más que temor provocaba ternura. Al principio, me pareció una niña callada y tímida que no despegaba su mirada del suelo. A medida que pasaban las jornadas la curiosidad fue más fuerte que su timidez. Me martilleaba

con preguntas sobre todo aquello que pasaba por su cabecita. El hecho de que yo procedía de un lugar lejano, en el que se hablaba otra lengua diferente, dónde había otras costumbres despertaba en ella una gran expectación. Yo podía ver en el brillo de sus ojos las ansias de conocer mundo y vivir mil aventuras. Que pena, que había nacido niña, y que este mundo no estaba preparado para mujeres aventureras. Espera, el mundo no estaba preparado, pero yo estaba viviendo aventuras, y era mujer, y aunque el mundo no estaba preparado, quizás, la pequeña Lucía, Taciana, otras tantas mujeres y yo, sí que estábamos preparadas para ello, por mucho que el mundo se empeñase en lo contrario.

Era nuestro secreto, me acompañaba allí donde yo iba. Me interrogaba sobre todas aquellas cuestiones que le inquietaban, y yo le respondía. Recorriamos la isla buscando a la hechicera y el poeta. Cuándo no me quedó más que buscar en la isla norte, le pedí prestada a las hermanas del convento su pequeña gamela y empecé a buscar en la isla del medio. También allí mi búsqueda fue infructuosa. Fue en la isla del sur donde me hablaron de un extranjero, en busca de dos mujeres que habían naufragado en un navío mercante. El hombre vestía un jubón granate, con botas hasta la rodilla. Sus cabellos eran rubios y sus ojos extremadamente azules. Los campesinos sólo habían oído hablar de una de aquellas mujeres. Tenía la tez oscura, pelo negro y extraños ropajes. Había aparecido en la playa de una de las aldeas cercanas y se había corrido la voz debido a su extrema belleza. Se sabía que la había recogido una anciana de la zona. Pero no sabían en que playa ni en que aldea exactamente había aparecido la mujer. Un pescador llevó al extranjero a la costa.

Era el momento de partir.

Necesitaba saber que había sido de ellos. Había llegado el momento de continuar el viaje. Aunque me sentía a gusto y protegida, debía salir en busca de Taciana y Gaius. Me dolía ver cómo los prejuicios de la religión encarcelaban a Balbina y sus hijas. Más mi amiga no veía los barrotes de su cárcel. Sin embargo, los sentía en torno a su benjamina. Necesitaba dotarla de alas, sacarla de la isla para que pudiese crecer sin el odio que la rodeaba. Era mucho lo que me pedía, ambas éramos conscientes de ello, pero mi cariño hacia ella y mi integridad como mujer me impedían negárselo. Sólo había una forma de que la pequeña tuviese un futuro.

Nos subimos a una gamela: Balbina, Tomé el sobrino del cura, la pequeña Lucía y yo. El mar estaba en calma y la travesía resultó más corta de lo que me esperaba.

Desembarcamos en una extensa playa. Una veintena de *gamelas coruxeiras* y otras embarcaciones pequeñas estaban diseminadas por la arena. Un grupo de

mujeres con las sayas empapadas y el agua a la altura de las rodillas buscaba *chirlas* y *berberechos* en la arena de la playa. Otras llenaban unas cestas de mimbre con sardinas y jureles. A su vez, esas cestas se cargaban en carros. Los carros se encargaban de llevar el pescado a las salazones y algunas aldeas de alrededor.

Abandonamos la playa para cruzar la muralla. Las calles barrio de Santa María eran tan empinadas como las de Lucignano. El tímido sol de abril iluminaba la piedra mojada por la reciente lluvia, lo que producía reflejos dorados y dotaba de magia al entorno. Balbina se afanaba en cubrir los cabellos rojizos de su pequeña. Nos detuvimos ante una gran casa de piedra, sus tres plantas se alzaban imponentes y una galería de madera y vidrio rodeaba toda la primera planta. Mi amiga golpeó con fuerza el llamador de bronce de la pesada puerta de roble. Una mujer de semblante serio y elegantes ropajes respondió a la llamada. Nos observó con ternura e hizo pasar a Balbina.

Ya que teníamos que esperar, mejor hacerlo sentadas en la escalinata de la pequeña iglesia que presidía la plaza. Varias mujeres iban y venían con cestas en la cabeza cargadas unas con pescado, otras con olivas, con cebollas, verduras, dulces, pan... Un campesino dirigía un carro cargado de barriles mientras charlaba con el asno que tiraba del como si se tratase de un gran amigo. Se detuvo para darle al animal una zanahoria, que extrajo de su zurrón. Mientras saboreaba la hortaliza, el campesino le acariciaba el lomo. Varios niños correteaban entre risas. Lucía observaba divertida y curiosa todo lo que acontecía.

Una mujer tocaba el laúd con gran habilidad y le cantaba a las olas del mar de Vigo, la protagonista del poema esperaba a un amigo, y yo esperaba encontrar los míos.

La trovadora tenía una voz dulce y armoniosa. La gente se fue arremolinando a su alrededor para escuchar sus cantigas. Lucía la miraba con asombro, seguramente era la primera vez que escuchaba el sonido de aquellas cuerdas. En cambio, a mí lo que me dejaba boquiabierto era observar a una mujer ejerciendo de poeta. La mujer nos devolvía la mirada, cómplice, y sonreía orgullosa. Ambas sabíamos que ese era un acto de valentía.

Al fin Balbina salió de la gran casa. Entonces dejamos de ser espectadoras de la actuación de la mujer poeta para retirarnos a un rincón menos transitado. Insistí una vez más en que nos acompañará con el resto de sus hijas, pero una vez más, se negó: las islas eran su hogar. Me entregó un pañuelo atado que contenía unas cuantas de monedas, que escondí bajo mi camisa. Eso se sumaba a la pequeña bolsa con provisiones para el camino; un poco de tocino, pan, melindres y una bota con vino. Nos deshicimos en abrazos y besos, las lágrimas

brotaban de nuestros ojos. Estaba acostumbrada a despedirme de las personas a las que amaba, y aún así, resultaba doloroso. Mi amiga se despidió de su pequeña, esa era la última vez que la vería.

La única pista que tenía sobre Gaius me la había dado el campesino; se dirigía al norte. Quizás Taciana también siguió la misma dirección.

La tarde decaía cuando nos adentramos en la ruta que llevaba hacia Compostela, siguiendo el camino que tantos y tantos peregrinos habían seguido desde hacía más de cien años. Allí había un importante enclave y gran movimiento de gentes. Estaba decidida a dar con mis amigos. Agarré de la mano a Lucía y emprendimos la marcha. Esa noche dormiríamos bajo la luz de las estrellas. Esa noche volvería a sentirme otra vez dueña de mi destino.

Capítulo X

La muerte. La muerte es una amiga que nunca me ha dejado sola. Ella siempre está, aunque durante un breve instante crea que se ha ido, no, jamás se va. Y esta es una verdad incuestionable.

Pasaban apenas un par de horas desde que dejáramos atrás las murallas de Vigo cuando el sol comenzó a caer tras las islas. Caminábamos alegres y tranquilas. Sin prisa, ni destino. Lucía avanzaba a saltitos, como en un juego, mientras entonaba una de las cantigas que escuchó a la trovadora. Llegamos a una pequeña aldea de pescadores. Trece pequeñas casas se amontonaban cerca de la playa como si sus paredes de granito hubiesen brotado por arte de magia de la piedra. Junto a sus puertas se acumulaban los aparejos de pesca y los campos cercanos estaban meticulosamente trabajados, algunos acababan justo en la playa donde las barcas aguardaban a los pescadores.

Un olor peculiar inundaba el aire. El olor de la salitre se mezclaba con un olor familiar. Olía a muerte y sangre. La contra de una ventana se cerró con un ruido seco. Sentía cómo nos observaban. En otra ventana apagaron las lámparas. Obviamente no éramos bienvenidas. Tenía la sensación de que nos costaría salir de aquel lugar. Caminamos en dirección a la playa. Me pregunté si habría alguna taberna en el lugar. No íbamos a quedarnos allí esa noche, pero quería averiguar qué había pasado.

— ¿Quiénes sois y a dónde vais señora?— Un grupo de lugareños nos cerró el paso hacia la playa. Sostenían con aire amenazante hachas, hoces y palos.

— Me llamo Giulia, la pequeña y yo nos dirigimos al norte. Queríamos parar a descansar en la playa.

– ¿Y viajáis de noche?—. El hombre agitaba el hacha cada vez que se dirigía a mí. Eso me ponía de los nervios. Me daban ganas de rebanarle el pescuezo.

– Nos ha sorprendido la noche en el camino, quería parar en la playa. Que la niña descanse.

– Mentirosa, venís de las islas. Esa es la niña maldita. Lleva la marca del diablo. Y usted es una hereje, que mujer decente iba a viajar sola y de noche ¡las dos son hijas del diablo!— Parecía que nos estuviesen esperando.

Se abalanzaron sobre mí y la niña. La proporción era de una docena de hombres contra nosotras. No había forma de zafarse. Le repetí a la pequeña que se estuviese tranquila. Traté de no soltar la mano de Lucía que agarraba a la mía con fuerza. Eran más y más fuertes. Cubrieron nuestras cabezas y ataron nuestras manos. Nos subieron a un carro y este se puso en marcha. Estábamos atadas de pies y manos, no veíamos nada. Si articulábamos alguna palabra, no dudaban en golpearlos. Los hombres hablaban del dinero que les daría un señor por nosotras. La idea de que nos fuesen a vender como a ganado no era muy halagüeña.

Tras un duro trayecto que me pareció casi eterno detuvieron el carro. Nos tiraron al suelo. La pequeña era fuerte. Sentía su respiración agitada, conteniendo el llanto. Nos empujaron por unas escaleras hacia lo que debía de ser un sótano. Caímos una sobre otra. Cerraron la puerta estrepitosamente. Tire como pude del saco que tenía en la cabeza. Todo estaba a oscuras en aquel lugar. Moví mis muñecas todo lo que pude para aflojar la cuerda que las inmovilizaba. Una vez liberadas, desaté el nudo de mis piernas.

– Giulia no veo nada.— Lucía seguía conteniendo el llanto.— No nos van a dejar salir. Nos van a quemar.

– Tranquila cielo, eso no va a pasar. Saldremos de aquí.— Le dije mientras le quitaba la tela de su pequeña cabecita, y aflojaba las cuerdas que la maniataban.

– ¿Giulia? ¿Sei tu?

La voz del trovador sonó dentro de la lóbrega estancia. Lo busqué con la mirada. Mis ojos se volvían a adaptar a la oscuridad. La alegría por volver a escuchar su voz se disipó en un segundo. Estaba completamente inmovilizado. Sus pies, manos y cuello estaban sujetos con grilletes. Estaba aprisionado contra una pared, de tal forma que no podía realizar ningún tipo de movimiento. Allí donde el metal de las ataduras tocaba su piel se podía ver su carne. Estaba débil y malherido. Una lágrima brotó de mis mejillas,

al mismo tiempo que la rabia inundaba mi cuerpo. ¿Qué le habían hecho?

–Debes alimentarte. Gaius tienes que beber de mí.

– De nada servirá si estoy sujeto con estas cadenas de plata. Y si me sueltas, seré demasiado peligroso. No podré parar hasta saciar mi sed por completo. Llevo tres lunas sin alimentarme.

– Encontraré la manera de liberarte de los grilletes, y cuando te suelte, contendrás tu apetito.

–¿Y si rasgamos la tela de nuestras sayas y la ponemos entre el metal y su piel? ¿Te sentirás mejor?— Lucía nos miraba con los ojos bien abiertos. No temía al trovador o quizás ignoraba lo que podía hacer. Pero su idea era grandiosa.

– Mejor de la camisa, el algodón pica menos que la lana.— Con los dientes comencé a rasgar la tela. La pequeña me imitó.

Comenzamos a colocar la tela, con mucho cuidado, entre el hueco que quedaba entre la maltrecha piel, o más bien carne, de Gaius y los lustrosos grilletes. Su gesto se relajó automáticamente. Una sonrisa de alivio se desveló en su rostro y una lágrima resbaló por sus mejillas. Su parte humana podía sentir dolor. Posé mis labios sobre los suyos. Nos besamos con suavidad. El trovador estaba muy debilitado y necesitaba con urgencia alimentarse. Puse mi muñeca a la altura de su boca. Si queríamos salir de allí necesitábamos su fuerza. Me miró con súplica.

– No podré parar.

– Sí que podrás. Bebe lo necesario para recuperarte. No admito un no.

Posé mi muñeca sobre sus labios. Abrió la boca, clavó sus incisivos en mi carne, sobre mis venas. Mi sangre fluyó y bajó por su garganta. Sus heridas comenzaron a sanar. Dejó de succionar el líquido carmesí que brotaba por mis venas, a pesar de que aún necesitaba seguir alimentándose, en cuanto se cerraron sus heridas.

–Necesitamos un plan.— Esto lo dijo mientras se relamía, mostrando sus brillantes incisivos. Mi respiración se entrecortaba y mi corazón se agitaba con fuerza bajo mi pecho al sentir otra vez el poder que emanaba de la lujuria de la sangre.

La pequeña Lucía nos miraba con los ojos muy abiertos. Nunca había visto un hijo de Lilith. Ahora que Gaius estaba sanado y la plata no estaba en contacto con su piel, no le fue difícil liberarse de los grilletes, confiaban tanto en el poder de la plata que no los habían cerrado con todo el esmero necesario para contener su fuerza. Pensábamos que iba a ser mucho más complicada la huida, pero para nuestra sorpresa, resultó ser extrañamente fácil, sobretodo si tenemos en cuenta que nuestro plan surgió de la mente de

una niña de seis años.

Vigilando la puerta de aquel desvencijado sótano había un monje templario. A pesar de su condición de hombres de fe, y de realizar votos de obediencia, castidad y pobreza, los templarios eran soldados, o más bien mercenarios. Como todo hombre de guerra, a nuestro monje custodio le gustaba el vino, y por lo visto, también dormir por las noches. La cerradura de la puerta no supuso ningún problema, el poeta introdujo una pequeña barra de hierro por el agujero dónde debía ir la llave, manipuló la barra con astucia hasta que la puerta cedió, nada más abrir sació su apetito con el vigilante que dormitaba abrazado a su bota de vino. Subimos las escaleras que daban al exterior. Parecía que estábamos en una pequeña iglesia, en medio del bosque. En la nave principal otros dos guardianes charlaban animadamente mientras jugaban con unos dados de madera. Al parecer por estas tierras, los templarios no se dedicaban sólo a las cruzadas, además estas ya habían pasado de moda. Bebían sin pausa de sus respectivas botas. Deducimos por su animada conversación que su intención era llevarnos ante un noble que pretendía entregarnos a un obispo para que este nos juzgase por nuestros pecados. A excepción de Gaius, para él había otros planes. Todavía no lo sabían pero no nos iban a llevar a ninguna parte.

Lucía se acercó a los dos jugadores. La pequeña se situó frente a los hombres, y les miró fijamente con su dulce sonrisa.

— ¿Puedo jugar?— Se quedaron petrificados al ver a la pequeña frente a ellos.

Ambos parecían preguntarse que hacía allí la niña. Ante la confusión no tuvieron tiempo de reaccionar. Gaius se aproximó por detrás para abalanzarse sobre la yugular del más grande que se desplomó en el suelo emitiendo aullidos de dolor. Su compañero se iba a levantar para asistirlo en el momento en que lo rodeé la garganta con las cadenas que apenas una hora antes prendían al trovador. Lucía aprovechó para propinarle un buen puntapié en la entrepierna. Fue el trovador quien se encargó de rematarlo hincando sus afilados incisivos en las venas de su rollizo cuello. Las encaladas paredes de aquella sobria capilla se llenaron de salpicaduras de color carmesí. El poeta me tendió la mano, invitándome a participar en el festín. Por segunda vez, volví a saborear el preciado elixir, pero esta vez la sangre que probé fue la que manaba de sus venas.

Salimos al exterior esperando encontrarnos con más hombres. Pero nos habían subestimado. Los únicos hombres que guardaban de nuestras personas eran los tres que habían muerto en el interior de la pequeña iglesia. Intuimos que quién pagaba a esos hombres si no tenía noticias de ellos

mandaría otros en su busca, así que cogimos los víveres que poseían y nos pusimos en marcha. Yo estaba eufórica. Me sentía llena de vida, exultante al ser dueña de mi libertad, saboreaba la emoción de volver a los caminos.

Cerca de la iglesia no había nada exceptuando antiguas construcciones de forma circular en estado ruinoso. Se podía intuir que el templo había sido construido con las piedras que le faltaban a estas cabañas redondas, no poseían techumbre y la maleza se había adueñado de su interior. Quedaba poco para el amanecer, debíamos darnos prisa. El trovador cogió a la pequeña en brazos y la puso sobre sus hombros. Apresuramos el paso y nos adentramos en el bosque. Olía a pino y roble. Las *coruxas*, los lobos y el resto de fauna se enmudeció al intuir nuestra presencia. Cuando nos hubimos alejado, la niña y yo nos quedamos en un pequeño claro, mientras Gaius buscaba un refugio. Podía utilizar sus habilidades para encontrarlo mucho más rápido. Nos sentamos sobre una gran piedra, en ella se habían grabado diferentes formas circulares. Una loba apareció frente a nosotras. Así a la pequeña y la situé tras de mí. Lucía no temía a la loba, así que dio un paso al frente y se acercó al animal. Me recordó a Taciana cuando extendió su mano para acariciarla. Esta respondió llenando la cara de la niña de babas. No pude evitar sonreír, la loba captó mi simpatía hacia ella y vino a buscar también mis caricias. Gaius no tardó en aparecer de nuevo entre una niebla densa. Acarició al can que esta noche estaba recibiendo un amor inesperado y nos asió con fuerza contra su cuerpo. Corriendo a gran velocidad entre los árboles nos transportó a un recoveco situado en la ladera de una montaña. Cada vez me maravillaba más ante sus capacidades. El cielo estaba lleno de estrellas y la brisa era cálida. En ese instante me sentí más feliz de lo que había estado en mucho tiempo. Era la noche perfecta.

La cueva era estrecha, pero profunda. Caminamos hacia el interior. Una vez más, volveríamos a viajar de noche y dormir de día. Casi me había olvidado de esa rutina, cuando era algo que añoraba. La vida en la isla era monótona y ahora, volvía a sentir la adrenalina de los caminos, de la aventura y la incertidumbre. Sólo faltaba Taciana, pero de una cosa estaba segura, daríamos con ella.

Nuestra nueva compañera de viajes le resultaba extraña a Gaius. Obviamente no estaba habituado a ver niños, aunque hace mucho tiempo atrás, también había sido niño. Como no podría ser de otra forma, a la pequeña, el poeta le resultaba de lo más interesante. Y no era para menos. Nunca había visto uno como él antes, aunque sí había escuchado relatos y leyendas que hablaban de otros como él. Lo miraba con los ojos bien abiertos, y yo, que ya la conocía muy bien sabía que llegaría el momento en

que lo interrogaría con un espléndido surtido de cuestiones.

Nos acurrucamos los tres juntos en el rincón más profundo de la cueva. Lucía quedó dormida al instante. En apenas un día había dejado atrás su casa, su madre y sus hermanas, había iniciado un camino incierto, la habían capturado y encerrado, había conocido un ser de la noche, se había escapado de unos mercenarios, había acariciado una loba, y ahora dormía en una cueva. Demasiadas emociones para una niña tan pequeña. Estaba agotada. En todo esto pensé mientras el fuego se reflejaba en su rostro dormido.

Teníamos mucho que contar, pero había tiempo para hacerlo. Ahora nos conformábamos con estar el uno junto al otro. Y con ese pensamiento me quedé dormida.

Cuando desperté la Muerte me observaba. No había dejado de visitarme ni una sola noche y ahora lo hacía durante el día también. Estaba sentada junto a nosotros. La luz del sol no llegaba hasta donde nos encontrábamos. Simplemente sabía que aún era de día porque el trovador seguía sumido en su letargo. La anciana me observaba con cariño. Nos habíamos hecho grandes amigas. Dimos un paseo hasta el exterior de la cueva. El cielo mostraba el característico color rojo preludio de la noche. La luna ya se vislumbraba en lo alto y en un instante el sol se escondería y la oscuridad, que tanto me gustaba, haría acto de presencia.

– Me alegra verte feliz.— Sé que era sincera. Ella no sabía mentir.

– Y libre.

– Precisamente eso es lo más difícil de la vida, ser libre.— Sus palabras eran sabias.— Muchos sólo alcanzan la libertad cuando yo les tiendo la mano. Y otros— miró hacia donde el trovador descansaba— caminan de forma incierta, habiendo abandonado la vida, pero sin alcanzar la muerte.

– ¿Conocéis a Gaius?

– Oh, personalmente he tratado poco con él, lo había visto una sola vez antes de conoceros.

– No entiendo, ¿como puede estar vivo y muerto a la vez?

– Su condición para muchos es un don, para otros una tortura. Ni yo sabría decirte los motivos de su existencia.

A medio camino entre la vida y la muerte, el poeta abrió los ojos nada más esconderse el sol. La pequeña charlaba con él animadamente sobre la curiosa dieta de este. Ella sostenía que prefería la carne cruda a la sangre, cosa que él no ponía en duda. Aquella curiosa escena me arrancó una carcajada. Muerte se unió a la conversación, al parecer ella hacía tiempo, mucho tiempo, que no precisaba de alimento.

Ya que se hablaba de comida, aprovechamos para cenar. Abrimos el morral que extrajimos del carro. Un par de chorizos, una bolla de pan de centeno, una cebolla y un bota de vino. Comimos un poco de pan con chorizo. Había que guardar para él día siguiente. Sabíamos que tarde o temprano nos buscarían, según Muerte, el bosque era nuestro aliado.

Desde la noche de los tiempos esta tierra era su hogar. Antes de que los romanos llegasen a estas tierras, los antiguos habitantes de estos bosques, le rendían culto. También honraban a la madre tierra, al fuego, a los bosques. Los espíritus de estos ancestros, permanecían en los montes, ocultos entre las piedras de los castros, en las rocas de las playas y en el agua de los ríos. La espesa niebla mantenía a los hombres alejados de estos lugares, sólo las mujeres sabias, que habían recibido el conocimiento de los antiguos a través de sus madres y abuelas, se adentraban en lo más profundo del monte, sólo ellas se atrevían a invocar a la muerte o a hablar con el lobo en las noches de luna llena. Ellas eran las hermanas de Taciana. Ellas nos ayudarían a salvarla.

Gaius aseguraba que Taciana estaba en manos del mismo señor que lo había apresado.

Cuando el agua inundó nuestro barco, recibí un golpe que hizo que perdiese la consciencia. El poeta al sentir el peligro salió de su letargo. Cómo pudo, y en medio del aturdimiento, me sacó del navío. Taciana estaba despierta, e insistió en llegar por su cuenta a la orilla. El nunca antes había nadado pues siempre le había producido terror, así que me sostuvo con un brazo, con el otro y el impulso de sus piernas logró llegar a la orilla y dejarme sobre la arena. A pesar de ser un día gris, los rayos del sol que lograban filtrarse entre las nubes le dañaban la piel. Se estaba quemando. No pudo regresar al mar a por Taciana. Tuvo que enterrarse bajo la arena de la playa.

Entró en un sueño que duró días, quizá semanas. Cuando despertó la luna en su mayor esplendor brillaba con fuerza en el cielo. Estaba hambriento. En la playa contigua escucho las voces de tres hombres que charlaban junto al fuego bajo la luz de las estrellas aquella noche. Conversaban sobre una nueva enfermedad que traían consigo algunos peregrinos. Debían de ser campesinos, sus ropas y musculatura los

delataban. Los aperos de trabajo descansaban abandonados sobre la arena. El poeta se unió a ellos. Les hablo de la enfermedad que mataba a quien se cruzaba en su camino, mientras los miraba fijamente con sus intensos ojos azules. No opusieron resistencia a sus encantos, le cedieron con gran entusiasmo hasta la última gota de su elixir carmesí de vida.

Exploró la isla en busca de nosotras. De mí supo que estaba bajo los cuidados de las monjas. Sabía que me recuperaría, buscaría a Taciana y luego regresarían a por mí. Fue entonces cuando encontró a Muerte, sentada en una vieja construcción de los bárbaros charlando con una dama vestida de blanco. Ambas sabían lo que él era nada más verlo. No son muchos los de su condición, y pocos tan antiguos. Sabía que si les solicitaba ayuda, no se negarían. Muerte prometió cuidar de mí mientras no despertase, en un principio le resultó extraño que el poeta se interesase por alguien que caminaba bajo el Sol. La dama fue en busca de un ser en posesión del don de ver. Habíamos iniciado el viaje los tres juntos, y juntos lo acabaríamos.

Pasaron dos noches cuando al fin Gaius supo que había sido de nuestra amiga. Un señor feudal la tenía retenida en una pequeña aldea. Ignoraba el motivo. Persuadió a un pescador para que lo llevase hasta aquel lugar, aquel hombre había oído hablar del naufragio, y de las dos mujeres que habían aparecido, cada una en un arenal diferente. Llegó a una pequeña playa. Sobre la arena descansaban pequeñas embarcaciones pesqueras. La aldea estaba formada por pequeñas casas de pescadores, a excepción de una gran casa, que le recordaba a los palazzos toscanos en tamaño, pero no en forma, pues esta era una casa de tres plantas hecha toda de piedra con una galería de madera que rodeaba la primera planta. Frente a la casa se situaba una pequeña iglesia sin adornos, ni siquiera se advertían vidrieras en sus ventanas. En medio de la pequeña plaza se alzaba un crucifijo de piedra con una ruda representación de Cristo. Allí distinguió a Taciana, la tenían dentro de un carro con barrotes. Estaba escoltada por varios caballeros. No dudó, la liberaría y de paso, saciaría su sed. En cuanto se acercó a la jaula le rodearon. Nuestra amiga no paraba de gritarle que era una trampa, que se alejase. No se esperaba que las armas de aquellos hombres fuesen de plata. Estaba claro, que quién lo buscaba sabía quien era. Llevaban antorchas, lo acorralaron con el fuego. No estaba lo suficientemente fuerte como para luchar, aún así se llevó un par de cabezas por delante, antes de notar el ardor de la plata en su cuerpo. Era la primera vez que lo capturaban desde que vagaba por la oscuridad. Aquello le trajo recuerdos del último día que caminó bajo el sol.

Los trasladaron durante el día. A Taciana se la llevaron y a él lo dejaron

encerrado en el sótano de aquella iglesia, a días de viaje de la aldea más cercana.

Ahora necesitábamos un plan para localizar a la hechicera. Estaba retenida en algún lugar de estas tierras. Lo único que sabíamos era que la retuvo un noble. Pero ¿Con qué intención?

Capítulo XI

La lavandeira lava y lava sin parar noche tras noche las mismas sábanas empapadas en sangre, pero la sangre nunca se va. Dicen que no es prudente acercarse a ella, pues quien se acerca comparte con ella su condena. Levana, la judía, se acercó a ella, quería ayudarle a enjugar sus eternas lágrimas. Se arrodilló a su vera y posó sus manos sobre las de la anciana figura y le ayudó a frotar las telas contra la piedra del río. Las manos eran huesudas y frías, sus dedos estaban deformados de tanto fregar. Aquel primer contacto la impresionó, pero no retiró la mano. Miró a través de los ojos de aquella mujer, solo vio una cosa; muerte.

Llegamos a Ribadavia en una noche oscura. Una noche oscura para quienes caminan bajo la luz del día, pero nosotros estábamos habituados a viajar bajo el abrigo de la noche. Desde hacía ya dos calendas una loba se había unido al grupo. Íbamos en busca de Taciana, habíamos recorrido muchos castillos y aldeas sin éxito alguno. Teníamos la certeza de que se hallaba cerca. La loba guiaba nuestro camino por estas tierras.

El olor de la putrefacción se mezclaba en aire con el olor del fuego, el vino y la sangre. La Muerte se paseaba por sus calles, y se detenía en algún que otro cruce, sabiendo que se unirían a ella, en macabra procesión aquellos que no la esperaban pero inevitablemente debían acompañarla. Gaius nunca quiso unirse a su séquito. Reparó en ella por primera vez siendo niño, en los campamentos del

ejército que dirigía su padre. Cuando se lo llevó, la sintió con dolor. Tras su padre fue su madre, sus hermanos, algún primo, amigos, y algún que otro enemigo. Cuando fue consciente del paso del tiempo y de su propia vulnerabilidad, comenzó a temerla. Un día, quizás demasiado pronto y por la espalda, ella llegó, la oscuridad cubrió su ojos, y sin entender cómo la esquivó. Ahora ya no la temía, se había convertido en su aliada.

Las estrechas calles de la ciudadela conservaban en sus piedras el calor del que seguramente había sido uno de los días más calurosos del mes que fue consagrado a Augusto. En apenas una luna las uvas que colgaban de las vides estarían listas para ser recogidas, pero lamentablemente, en el verano de 1349, no iba haber vendimia. La enfermedad se había instalado por doquier. Había demasiados muertos y pocos vivos, y esta vez, la enfermedad no entendía de clases o riquezas, alcanzaba a todos. Ante esta enfermedad desde el campesino más humilde, pasando por el comerciante judío, el médico árabe, la dama de alta cuna o el fraile más devoto todos eran iguales. A todos alcanzaba la muerte, y si para el más pobre era una revelación de poder, para el poderoso era una revelación de temor. Había alguien en aquellas tierras que quería esquivarla a cualquier precio.

Entramos por la puerta de arriba, el musgo ya seco cubría las paredes en las estrechas y empinadas calles. Una iglesia de la orden de la Cruz de Malta acogía a los peregrinos que enfermaban mientras realizaban el camino hacia Compostela, muy pocos completarían el viaje.

Paseamos por sus calles de piedra hasta llegar a una gran plaza, la estrella de David, marcada sobre el granito de los edificios nos anunciaba donde nos encontrábamos, nos adentramos en el barrio judío. Pasamos bajo las galerías de piedra y madera, que en los días de lluvia hacían de techo para proteger a los viandantes de esta. Sólo una luz permanecía prendida aquella noche oscura. Levana sostenía un candelabro en una mano mientras con la otra sujetaba la puerta de su pequeño negocio. Nos hizo pasar. Nada más franqueamos la entrada se asomó al exterior. Tras comprobar que nadie nos vio entrar cerró los goznes que sujetaban la madera.

En las últimas semanas nuestra alimentación no era como deseábamos, Gaius debía de ser discreto y nosotras nos alimentábamos de lo que cazaba la loba. Con frecuencia Gaius se alimentaba de mi para después cederme su sangre y así evitar que me debilitara. Nos pasábamos las noches viajando y los días ocultos de la luz, y del mundo. Inmediatamente mis tripas rugieron, el olor de la almendra, el huevo, la miel, y la canela inundaron nuestro olfato llegando hasta nuestros estómagos hambrientos. Levana se dedicaba a la elaboración de dulces, que luego vendía en el mercado. También había gentes que se acercaban a su

casa a comprar estos pequeños manjares. Era un lugar pequeño, pero acogedor. En el centro de la estancia había una gran mesa, donde la judía elaboraba sus dulces; encima de esta había todo tipo de cuencos y utensilios, una de las paredes del taller estaba totalmente cubierta por baldas de madera, en cada balda había dispuestas cestas de mimbre con todo tipo de dulces, listos para vender. En la pared opuesta, había un pequeño horno, donde se cocinaban los manjares de los estantes, una puerta en el fondo de la estancia daba acceso a la vivienda. Al ver a la pequeña Lucía, que caminaba pegada a mis faldas, se le iluminó la mirada. Con desmesurada ternura le ofreció dulces y un cuenco de vino con miel. La niña que estaba hambrienta devoró aquellos manjares. La judía se encargaría de cuidar de Lucía a partir de ese momento, era lo más adecuado, salíamos ganando todos. Sobre todo la pequeña.

A pesar de ser lo habitual, la judía no tenía hijos. Levana contrajo matrimonio a la edad de trece años, su esposo Judá contaba ya diecisiete. Su primer embarazo no llegó a término, a los dos años de casada volvió a encantar, pero la pequeña que traía en su vientre falleció a los pocos días. Levana, que toda aspiración en su vida era ser madre se sentía terriblemente frustrada. Judá se dedicaba a trabajar desde que el sol salía hasta que la luna brillaba en lo alto del cielo. El vino de estas tierras era apreciado en lugares lejanos y el comercio cada vez más fuerte. Al igual que su padre, Judá se dedicaba a las finanzas. Prestaba dinero a todo aquel que se lo solicitaba, para después recuperarlo con intereses. Su marido adquiría prestigio en sus negocios y cada vez más cristianos le solicitaban crédito para sus empresas, entre ellos el único hijo de los Andrade, una familia hidalga en plena decadencia. El joven de veintitrés años era conocido por su habilidad en el combate. Se había unido a la Orden de la Cruz de Malta, y convertido en uno de sus más destacados caballeros. Con el oro que le suministró él esposo de Levana realizó una expedición por las tierras que bañaba el Mar Muerto. Al regresar, y a pesar de haber hecho fortuna se negó a pagar a Judá su deuda, acusándolo de usura. Este, que estaba dispuesto a recuperar lo prestado se enfrentó a Pedro Andrade, que en aquel entonces lo habían nombrado comisario, no dudó en torturar a Judá, hasta dejarlo postrado en un jergón de por vida. De esto habían pasado ya once años. La deuda de Andrade los había dejado en la ruina, y su crueldad sin futuro.

Antes de dejar pasar al poeta, Levana llenó su casa de amuletos, los cuales no parecían hacer efecto sobre este. En cierta ocasión me recordó que las supersticiones sólo afectan a los que creen en ellas, y como él, se sabía por encima de cualquier creencia absurda no se veía perjudicado por los símbolos de un Dios inexistente.

En muchas ocasiones me sentía tentada a preguntarle si alguna vez había sentido fe. Aquella noche, mientras me explicaba que los cristianos y los judíos tenían más en común de lo que yo pensaba se lo pregunte;

– En el único Dios que creo es en mí.

Sí Taciana hubiese estado en ese momento, me hubiese dicho, que ella estaba en lo cierto, pero voy a ser sincera, la hechicera encontraba dioses por doquier. Para ella la Luna, la Tierra, el viento, el Sol, los ríos, todo eran dioses, eso sí, al dios cristiano lo rechazaba de pleno. Y yo, ya hacía tiempo, que lo rechazaba también.

Allá donde íbamos, en cada burgo, cada villa, cada lugar al que llegábamos, si preguntabas por el mejor médico, en todos, daba la casualidad de que no era cristiano, la mayoría de las veces se trataba de un judío. Sin embargo, a pesar de ser ellos los encargados de curar a los cristianos, a pesar de que a ellos la misteriosa enfermedad también los estaba matando, habían decidido que los judíos eran los culpables de este mal. En Ribadavia era Andrade quién los acosaba con sus acusaciones, a pesar de que eran los judíos quienes habían traído riqueza a la villa.

El comisario Andrade había nacido en una familia de la baja nobleza venida a menos. El modesto Pazo cerca del mar en el que se crió sin duda había vivido tiempos mejores y durante su infancia fue poco a poco aumentando su decadencia. Su familia había debilitado su poder durante las cruzadas y las malas cosechas y la negación por parte de sus padres a una vida más modesta les había llevado a la ruina. Tampoco hacían nada útil para aumentar su capital, salvo vender los terrenos que poseían cerca del río a un precio irrisorio. Fueron los judíos quienes los compraron, ahora cultivaban vides y producían el vino que exportaban a Inglaterra llenando sus arcas. Pedro desde joven tuvo claro que no pasaría hambre y que devolvería a su apellido el esplendor de antaño, costase lo que costase. Así con doce años, abandonó a sus padres y empezó a servir como escudero. A la edad de veintiún años, lo nombraron Caballero por sus grandes hazañas en el campo de batalla, por que sí algo se le daba bien a Pedro Andrade, ese algo era matar.

Pero no era él único experto en matar, Gaius estaba sediento de sangre y no sólo en sentido figurado. Gracias a Muerte sabíamos que el caballero de la Orden de Malta había utilizado las artes de una *vedoira* para alcanzar sus propósitos. Lo que no sabíamos era con qué propósito tenía retenida a Taciana, ni porque está no había tratado de huir.

Pasamos el día ocultos en la bodega de la casa de Levana. Era un lugar pequeño, las paredes de piedra impedían que el calor del exterior se colase en la estancia. Su propietaria guardaba en ella el vino, las especias y escasos

alimentos. Una piel de ciervo hacía de alfombra, junto a ella había colocado un jergón de paja, haciendo de la estancia un poco más confortable. El día se iba a hacer extremadamente largo sabiendo que la hechicera estaba tan cerca. Gaius entró en su habitual letargo diurno, yo a pesar del cansancio no era capaz de dormir. Mi amiga estaba retenida no muy lejos de la casa de la judía y mi inquietud había aumentado.

Muerte había sido clave a la hora de localizar a la hechicera. Para ello habíamos sellado un pacto. Ahora ella había cumplido su parte. Estaba claro, que ella también tenía interés en llevarse a Andrade, pero las leyes de la naturaleza le impedían actuar con libre albedrío. A Levana también le interesaba ayudarnos. Cada uno de los que estaba en el grupo tenía un motivo para actuar. Llegó la noche. El poeta y yo abandonamos la casa de la judía en dirección a la iglesia de la Orden de San Juan. Sabíamos que el riesgo era elevado, no podíamos fallar.

Llegamos a la puerta del templo vestidos de peregrinos, llevábamos días vagando por los caminos y nuestro aspecto no difería mucho del de los enfermos hacinados en el interior del santuario. Los monjes mendicantes no daban abasto para atender a tantos enfermos, no sólo peregrinos, también gentes del pueblo y comerciantes cristianos que llegaban a la ciudad y una vez allí caían enfermos. Algunos de los religiosos acababan siendo objeto de los cuidados de sus compañeros. Allí dentro olía a putrefacción. Los enfermos, se contaban por decenas, tirados en el frío suelo, algunos disponían de jergones, otros sólo una vieja manta llena de pulgas. Aquel el hedor insoportable ni el incienso conseguía camuflarlo. Tengo la certeza, de que muchos de los enfermos habían fallecido sin que nadie se percatase de ello.

Taciana se encontraba inmensa en una conversación con un monje al que parecía dar instrucciones, estaba escoltada por dos hombres. Aunque estaba prácticamente irreconocible, tenía buen aspecto y llevaba buenas ropas. Había engordado, y bastante. Sus cabellos negro azabache, entrelazados en una trenza, estaban recogidos por una redcilla de hilo de oro adornada con perlas. Un saya de terciopelo verde cubría la camisa de seda que hacía resaltar su piel morena. Los puños de la camisa estaban adornados con encaje del mismo color que los hilos de su tocado. Por un instante nuestras miradas se cruzaron. Sus ojos verdes se abrieron ante la sorpresa de vernos allí. Al momento hizo como si no me hubiese visto, dio media vuelta y se retiró. Salió por una de las puertas laterales del centro custodiada por los dos caballeros que la acompañaban. Gaius se desmaterializó al instante, por suerte ninguno de los allí presentes se percató de ello. En ese momento un monje se acercó justo donde yo estaba.

- He oído que necesitan ayuda para atender a los enfermos.— Le dije en cuanto lo tuve frente a mí.

Me miró estupefacto. Desde luego no había muchos voluntarios a tal suicidio. Si me dedicase al teatro ese hubiera sido mi mejor interpretación, le hice saber que era beguina, había peregrinado desde Roma, y en el viaje había aprendido sobre la enfermedad. El hombre, en el que el cansancio acusaba su rostro, y seguramente se encontraba enfermo me agradeció inmensamente mi ayuda.

Me quedé en la iglesia hasta bien entrada la mañana. Le prometí al monje que regresaría a echar una mano con los enfermos. Cuando volví junto Levana está entregaba un saco con monedas al recaudador de impuestos de la región. La judía sobrevivía a duras penas. Lucía estaba entretenida mezclando ingredientes en un recipiente de arcilla con una cuchara de madera. Se levantó corriendo para darme un fuerte abrazo. Levana me ofreció un cuenco con consomé de pollo. Mi estómago lo rechazó, aunque venía hambrienta.

Mientras trataba de ingerir aquella crema, Levana me informó de que Gaius había llegado poco antes del amanecer. Venía visiblemente preocupado. Le dije que yo también necesitaba descansar. Me retiré a la bodega. Comprobé que el poeta estaba sumido en su sueño y me tumbe junto a él. Cerré los ojos y me sumí, también, en un profundo letargo. El Sol ya estaba oculto y la luna en lo alto cuando desperté. El poeta me miraba con una expresión divertida. Yo me había alimentado y recuperado fuerzas a pesar de que el consomé bailaba en mi estómago amenazando con salir. Nos besamos dulcemente antes de que hincara sus incisivos en mi piel. Aunque en su letargo parecía estar ausente de vida, su mente se mantenía muy activa. Tenía un plan y necesitaba recuperar sus fuerzas.

Al salir de la iglesia vio como los caballeros que acompañaban a Taciana la escoltaban hasta una de las casas nobles de la villa. Nuestra amiga se percató de que Gaius la seguía de cerca. Un instante después retiró la celosía de la ventana de una de las alcobas superiores. El poeta trepo la pared para reunirse con ella que le hablo de la situación en la que se encontraba.

Salimos de la bodega y en silencio, abandonamos la casa, Levana había salido un poco antes. La luna brillaba, redonda, en lo alto del cielo. La loba nos esperaba, aulló al final de la calle y una manada se unió a nosotros. Caminamos por las empedradas calles hasta la puerta de la iglesia que ostentaba el emblema de la Cruz de Malta. En la puerta del templo, cubriendo su rostro con una capa de terciopelo verde, nos esperaba Taciana.

Muerte, fue la última en incorporarse. Abrimos la puerta del santuario y la dejamos pasar. Un silencioso séquito la acompañaba. Todos aquellos que estaban en el templo enmudecieron nada más verla, algunos para siempre. Impresionaba verla entrar, acompañada de los que la naturaleza había condenado a vivir atormentados. El sonido de las cadenas arrastrándose por el granito del suelo, fue

por un instante lo único que se escuchó en el templo. El poeta, la hechicera, y yo entramos a continuación. Levana y la manada se quedaron rodeando el edificio.

Al entrar, los monjes enmudecieron. No esperaban ver a Taciana entrar en la iglesia sin su guardia, ignoraban que los guardias de la hechicera descansaban para siempre, inmóviles, en el suelo frío de la casa de los Andrade. Se pusieron en guardia al ver, que entramos en el templo junto al poeta. Su mirada de un azul intenso delataba su poder.

Creían saber de su poder, creían saber cómo controlarlo, creían tener el conocimiento necesario para derrotarlo, creían saber muchas cosas. La vanidad del ser humano es así. Creían saber demasiado, como otros muchos creyeron antes, pero en una vida humana, por muchos manuscritos copiados, por mucha sabiduría acumulada, no se llega a saber lo aprendido por el poeta durante siglos.

El más redondo de todos asió un crucifijo de plata con sus dos manos, en lo alto, mientras gritaba sus absurdos rezos en latín. Taciana soltó un suspiro de resignación y yo tuve que reprimir un ataque de risa. Gaius se paró frente a él, y lo miró divertido.

— Querido, pronunciáis mal el idioma de Roma. — El monje, estupefacto, enmudeció durante un segundo para vociferar más alto sus rezos.— Os he dicho que pronunciáis mal mi idioma. Además creo que no sabéis declinar adecuadamente. Voy a tener que daros una lección de gramática.

El monje insistía en seguir rezando. El poeta parecía divertirse con aquello, durante siglos había perfeccionado una técnica, que nadie debidamente vivo podría alcanzar jamás. Se movió tan velozmente que apareció justo detrás del religioso antes de que este terminase de pronunciar su última palabra. La última de sus días, pues de un mordisco le degolló el pescuezo, para a continuación valerse de la fuerza de sus manos para separar la cabeza del cuerpo y hacerla girar por el suelo de la casa de Dios.

Taciana descubrió su rostro arrojando su capa sobre la fría piedra, y deshizo el tocado que recogía su melena, dejando sus rizos libres. Agarró el crucifijo de plata, que aún seguía entre las manos del cuerpo decapitado del monje, para usarlo como arma. Los gritos dentro del templo eran ensordecedores, uno de los frailes se había ocultado tras el altar y no paraba de desgañitarse. Agarré uno de los candelabros del tabernáculo y le atice con todas mis fuerzas repetidamente hasta que una sustancia viscosa empezó a brotar de su cabeza entremezclada con la sangre. Sus sesos quedaron esparcidos por el suelo y el fresco sobre la resurrección cercano a nosotros cuando tiré el tenebrario sobre el mármol. Algunos lo llamarían ensañamiento, pero gritaba como un cerdo, era insoportable. Últimamente era mucho más sensible a los ruidos y olores.

En un instante sólo quedábamos con vida nosotros y la Muerte, si es que

acaso se puede decir que permanece viva. Rodeando el edificio estaban las lobas, sus aullidos fueron nuestro aviso. Salimos al exterior cubiertos de sangre y hambrientos de más. Los guardias de Andrade no tardaron en llegar. Eran más numerosos que nosotros, pero débiles. No podíamos evitar sonreír, el equipo estaba reunido de nuevo.

Pedro Andrade llegó a caballo. Sus hombres deshicieron su patética formación para dejarle pasar. Creía que esta vez la plata le serviría de algo, como en la anterior ocasión, pero no iba a ser así. Estábamos fortalecidos. La loba, aulló y la manada respondió. El eco del aullido resonó en todas las orillas que bañaba el río Avia. Las tropas del esposo de Taciana comenzaban a estar inquietas. El poeta mostró sus incisivos al sonreír, los clavó con fuerza en las venas de su antebrazo. El líquido carmesí comenzó a brotar y acerque mis labios y bebí. Su sangre era fría pero una sensación de calor recorrió mi cuerpo. Andrade contemplaba la escena con avaricia. Quería la sangre de Gaius. No era el primero. Ignoraba todo lo que aquello suponía. Eso sería su condena.

Como un veneno letal, su influencia y su poder recorrió mi garganta, llegó a mis venas y se incorporó a mi propia sangre. Un telón escarlata lo cubrió todo. Entonces me desvanecí durante un breve instante para que, al abrir los ojos de nuevo, la euforia invadiese todo mi ser. No pude evitar sonreír cuando me vi a mi misma destrozando el pescuezo de uno de los guardias. El poeta estaba a un par de pasos junto a mí, desangrando otro hombre, no lo miraba, pero lo sentía. La ansiedad recorría mi cuerpo, tenía sed, una implacable sed de sangre caliente. Andrade observaba, desde su yegua, con una expresión de pánico y admiración a la vez. El también quería poder matar con esa facilidad, quería tener ese poder. Taciana que le había cogido el gusto a eso de matar con un crucifijo a modo de estaca, se lo ensartaba a un caballero, para a continuación quitarla del pecho de su asesinado para clavársela al siguiente. Se dirigió hacia Andrade, se detuvo ante él, lo vio a los ojos, tenía sentimientos encontrados hacia su captor. Este dio media vuelta y cabalgó lejos. Taciana se arrodilló sobre la fría piedra de la plaza y rompió a llorar.

Yo no podía parar. Contener mi furia fue imposible, para ser sincera tampoco lo intenté. No sé con cuántos hombres acabé en aquella noche de luna llena. Todos se lo merecían, de eso estoy segura. Poco antes del amanecer todos los soldados yacían inertes en el suelo de la plaza. Las lobas comían su carne cruda, una de ellas devoraba el cuerpo aún con vida de un guardia que gritaba de dolor. Yo tenía sed. Mucha. Sentía una conexión con Gaius que nunca antes había experimentado. El estaba tranquilo, y aquello me serenó. Su influencia era más fuerte que nunca.

Entramos en casa de Levana escapando de los primeros rayos del Sol. Ya

hacía un tiempo que yo no valoraba su luz. Taciana cubrió a Levana con su capa de terciopelo esmeralda para que el frío de la mañana no penetrase en sus huesos. La mujer, la séptima de siete hermanas, había aprendido a dominar el influjo de la luna. La euforia de la noche estaba desapareciendo y todos estaban saciados de sangre, excepto yo, la ansiedad de la sed me quemaba por dentro. Levana se repuso rápido de su transformación, aunque al abrazar a la hechicera no pudo evitar darle un lametón en la mejilla. Lucía corrió hacia ella para abrazarla. Nos dirigió una última mirada y una cálida sonrisa, no sentía simpatía hacia los del clan de Lilith, aún así a Gaius y a mí nos tenía estima, nos abrazó y se retiró a sus aposentos.

Entramos en la bodega. El poeta y yo nos miramos intensamente. A pesar de estar totalmente a oscuras, veía su mirada con claridad. Distinguía el intenso azul de su mirada como si estuviésemos bañados por un haz de luz. Deseaba su cuerpo frío contra mi piel, también fría, y esta vez fueron mis incisivos los que se clavaron en las azuladas venas de su garganta. Emitió un gemido de placer que hizo que se erizase cada vello de mi piel. La sangre brotó, y como las abejas van a la miel, mi lengua fue. El líquido frío y carmesí saciada mi sed y apagaba mi fuego. Nos mordimos con pasión y violencia, para luego lamernos con dulzura. Nuestras lenguas recorrieron nuestros cuerpos, siguiendo el camino que trazaba la sangre. Sobre el suelo de aquella bodega abrió mis piernas para jugar con su lengua donde tanto me gustaba. Mordiendo, libando, y lamiendo hasta que nos hubimos saciado mutuamente. A pesar del frío de nuestros cuerpos generamos fuego salvaje durante las primeras horas del día. Antes de que el Sol alcanzase su punto más alto habíamos entrado en un mortífero sopor.

Capítulo XII

La última vez que habíamos estado juntas fue en aquel barco que nos había traído a este extremo del mundo desde Génova. Ni ella era la misma, ni yo tampoco, pero nuestra hermandad permanecía inalterable. Bajo la luz de las estrellas, sentadas junto a la orilla del Avia charlábamos animadamente. Gaius, absorto en sus pensamientos, de vez en cuando volvía a la realidad para unirse a nuestra conversación. Muerte paseaba entre la niebla.

Taciana, con su habitual forma de hablar nos ponía al día con todo lo acontecido, como ya había sucedido en el pasado. Muerte dejó su guadaña apoyada junto al poeta para venir a sentarse junto a nosotras, el poeta levantó su mirada hacia el cielo. El verano tocaba a su fin, la Luna, aún llena, iluminaba la escena.

La hechicera despertó, empapada, sobre la fría arena de una playa. La falda mojada le pesaba sobre sus piernas. Una anciana arrugada, sentada de cuclillas la observaba. La mujer ni se había molestado en ayudarla, sus pequeños ojos verdes se clavaban en los suyos. Sus manos se apoyaban en un palo largo, pulido por el uso, que utilizaba de bastón. Sus largas uñas parecían garras. Sus muñecas estaban cubiertas de abalorios fabricados a partir de conchas y cuentas de madera. Un collar hecho con pequeñas caracolas colgaba de su pescuezo. Sus cabellos blancos y enmarañados caían sobre sus hombros. La vieja se inclinó hacia ella para observarla mejor.

Estiró su ajado bastón y le dio un par de golpecitos en el estómago. Desde luego sus modales no eran refinados. La hechicera vio a la meiga con un considerable enfado. Tenía frío y le dolía todo el cuerpo y aquella

anciana se empecinaba en importunarla con un palo. Trató de levantarse, pero un dolor insoportable en su pierna izquierda le impedía hacerlo. Llevó entonces su mirada hacía sus extremidades inferiores. Se percató de que la sangre había teñido su vestido. La vieja volvió a darle otro toque con el bastón. Taciana la miro molesta. Otro toque.

La *vedoira*, que sólo hablaba cuando lo consideraba estrictamente necesario le tiró el bastón encima y se dio la vuelta. Con gran esfuerzo la hechicera logró levantarse apoyándose sobre el arma arrojadiza de la vieja meiga, ésta giró sobre sí misma para comprobar si se había levantado. Soportando un terrible dolor Taciana la siguió por la empinada calle. La anciana, que a pesar de su lamentable aspecto se movía con presteza y agilidad, se detenía para esperarla.

Entraron por la puerta de atrás de una gran casa, en lo que parecía una especie de bodega. La estancia estaba en penumbra, pero al menos allí dentro hacía algo de calor. La vieja le señaló una tina llena de agua junto al fuego. Se quitó la saya y la camisa, y al hacerlo comprobó una herida abierta que le recorría el muslo izquierdo. No tenía buen aspecto. Se introdujo en el agua caliente. A pesar de que le escocía terriblemente aquello la reconfortó. La anciana le acercó un cuenco con una sopa. Al oler el contenido humeante supo que contenía ruda y mandrágora. Le dio igual, prefería estar drogada a pasar dolor.

Despertó sobre una cama excesivamente cómoda, rodeada de almohadas y tapada con varias mantas y colchas. Sus cabellos rizos estaban secos y recogidos en una larga trenza. Olía a lavanda, belladona e incienso. Nunca había estado en un lugar así. Las paredes de piedra estaban cubiertas por tapices con estampas religiosas. Demasiadas vírgenes para su gusto. Los suelos también estaban cubiertos de alfombras. Al fondo de la estancia el fuego se mantenía vivo en una gran chimenea. Se llevó la mano a la pierna. Estaba tan drogada que no sentía el dolor. Se percató que un hombre la miraba sonriente con un cáliz de plata en la mano derecha que mecía con sumo cuidado sin derramar su contenido. Al instante tuvo el presagio de que nada bueno sobrevenía.

Pedro Andrade era un hombre apuesto, pero de mirada turbia. Una mandíbula marcada delataba un cuerpo musculoso, cubierto por un jubón de colores sobrios pero de buena tela. Una mueca de preponderancia se dibujó en su rostro. Su semi-sonrisa le hizo saber que él tenía el control sobre ella. O eso creía.

La hechicera trató de incorporarse, pero le faltaban fuerzas, no tenía claro si era por las hierbas que le habían suministrado o por la debilidad de

su cuerpo debido a la herida. Andrade se acercó a ella y acarició su rostro con la mano que tenía libre. Acercó el cáliz con vino aderezado a sus labios, ella bebió, en su estado otra cosa no podía hacer. El sopor y la calma se apoderaron de la hechicera una vez más.

La ventaja de que la mantuvieran drogada era que no sentía el dolor de su pierna, de esta forma se podía recuperar mejor. No sabía exactamente qué sucedía pero debía de buscar la forma de salir de ahí. Cuando volvió a despertar se encontraba a solas en aquella habitación, era de noche y la única luz que iluminaba la estancia era el fuego del hogar. Con gran dificultad se levantó de la cama. Estaba adormecida y débil. Se acercó a la puerta para confirmar sus sospechas, estaba cerrada.

La habían vestido con una camisa de seda, lo cual consideraba inútil, y limpiado sus heridas. Se asomó a la ventana, retiró la celosía. La luna en su mayor esplendor brillaba con fuerza en el cielo. Se posó en el alféizar, observó la pared de piedra y la altura. Sacó sus piernas sobre la ventana, y se giró de modo que su barriga quedó apoyada en la fría piedra. Con los pies buscó apoyo en uno de los salientes. Sus manos se agarraron con fuerza a la piedra. Buscando el equilibrio entre estabilidad y sujeción, trataba de descender a cada paso sin mirar hacia abajo, concentrándose en buscar puntos de apoyo. Con los brazos hacía fuerza y con los pies iba tanteando un nuevo sustentáculo. Apenas seguía con fuerzas cuando alcanzó el suelo.

Hacía frío pero su cuerpo estaba caliente debido al esfuerzo llevado a cabo. No podía quedarse donde estaba, así que caminó todo lo aprisa que la herida de su pierna herida le permitía. Frente a ella divisó el comienzo de un monte, se encaminó hacia el.

Odiaba con todas sus fuerzas a la persona que había decidido vestirla con aquella fina camisa de seda. Seguro que había sido aquel hombre que la mantenía drogada. La vegetación del bosque era espesa, pero desconocía la mayoría de especies que lo poblaban. El terreno era demasiado húmedo y estaba segura de que sería casi imposible prender un fuego. Los lobos aullaban a lo lejos. Había huellas de jabalí y otras que probablemente serían de un zorro pequeño. Hojas de una especie de roble autóctona cubrían el suelo, entremezcladas con las agujas de los pinos. Era fácil resbalar sobre la tierra húmeda, hacía tanto frío que apenas sentía sus pies. El cielo se nubló en un instante, la lluvia comenzó a caer con fuerza. No quería rendirse. Camino, adentrándose en lo más profundo de la arboleda. El frío le calaba los huesos de tal forma que le impedía pensar con claridad. Se acurrucó junto a la base del tronco de uno de aquellos árboles y trató de

reconfortarse. Sólo sentía un intenso frío, un pinchazo en su pierna le hizo saber que el efecto de las plantas que le habían suministrado estaba desapareciendo. Estaba demasiado agotada para nada, se dejó desvanecer.

Era de día cuando el ladrido de los perros y el galopar de los caballos la despertó. Unos hombres vociferaban a lo lejos. Tardó sólo un instante en despejarse del todo, pero ya era demasiado tarde para reaccionar. Subido a lomos de una yegua marrón y blanca, su captor la miraba con superioridad.

—Esa camisa de seda es demasiado valiosa como para llenarla de lodo. Quizás mucho más valiosa que quien la lleva puesta, aunque eso lo sabremos con el tiempo.

De un salto se bajó de su montura. Se acercó a ella. Agarró su cabello con una de sus fuertes manos y tiró de él hasta levantarla del suelo. Acercó su boca a su oreja;

—Sería una pena que estropeases tu belleza por tu testarudez. Has venido a estas tierras acompañada por un ser que no puede morir y me vas a ayudar a atraparlo, por las buenas o por las malas. ¿Me entiendes perra pecadora?

— Un hijo de Lilith no puede ser cazado por un simple mortal como tú.
— Sus palabras salieron con rabia de su boca.

— Lilith sólo existe para los judíos y adoradores del diablo, ¿a que grupo perteneces?— La mirada de Andrade irradiaba una temible ira.

Taciana se quedó perpleja. No entendía como aquel hombre podía estar en posesión de aquella información. La sujetó por el torso y como si se tratase de un saco la cargó en su yegua. Durante el trayecto de regreso a su cautiverio se percató de la gravedad de la situación. Necesitaba recuperar las fuerzas si quería escapar de allí y volver junto a sus amigos. Sabía que la estarían buscando, pero dudaba que lograsen dar con ella.

Pasó de estar entre almohadones y sedas, a estar sujeta por grilletes en una estancia oscura, estaba segura de que podía resistir esto y más, pero más que nunca debía de actuar con astucia. Había subestimado a su captor. La anciana de la playa se había convertido en su centinela. Una centinela silenciosa, que solo hablaba para responder a las preguntas de su señor. Al igual que ella, era conocedora de la naturaleza y sabía mezclar las plantas con precisión, pero no entendía por qué guardaba pleitesía a aquel hombre.

Andrade bajaba una vez por día junto a Taciana, le acariciaba el pelo y la obligaba a comer los mejunjes que cocinaba la vieja. Obviamente, la comida contenía alguna planta que la hacía estar serena y no causar problemas. La bruja, que tenía la capacidad de ver más allá de lo que alcanzaban sus ojos, le narraba a su señor todo aquello que sus visiones le

revelaban.

Un carro la esperaba fuera. Estaba hecho para transportar prisioneros. La tiraron dentro y la dejaron allí, a la luz de la luna. Unos caballeros custodiaban su jaula de madera con ruedas. No entendía para qué la habían trasladado a un carro que permanecía inmóvil en el camino hasta que vio aparecer al poeta. Sus ojos azules destacaban en la oscuridad de la noche. Trató de advertirle que era una trampa, pero sus esfuerzos fueron en vano, parecía dispuesto a liberarla, pero estaba debilitado. Después de luchar durante largo rato, se rindió, las armas que portaban aquellos hombres parecían herir a Gaius. Seguramente serían de plata. Andrade había obtenido su trofeo.

Para Taciana fue una gran decepción ver como atrapaban a Gaius. Si el poeta no hubiese tratado de liberarla no le hubiesen capturado. Pero de una cosa estaba segura, ambos se liberarían del cautiverio.

Regresó a su oscuro encierro en la oscura bodega, que parecía ser el hogar de la meiga. La calidad de la comida que la anciana le daba se había reducido considerablemente, como se habían reducido también las hierbas que le suministraba para curar su pierna y paliar los dolores. Pasaba dolor y hambre, al menos allí dentro no hacía frío.

Menegundia que apenas hablaba, dedicaba su vida al tal Andrade. Se pasaba el día tratando de adivinar los movimientos de sus enemigos, realizaba conjuros en contra estes y preparaba todo tipo de brebajes para fortalecer las tropas de su señor. Taciana estaba segura de que los logros realizados por aquel caballero se debían a su silenciosa sierva. Ahora ya entendía de dónde había obtenido su conocimiento sobre el poeta.

Debía aprovechar todos los recursos que tenía a mano, sí es que tenía alguno, para poder salir de su encierro. Probó a entablar algún tipo de amistad con la meiga, pero esta parecía saber sus intenciones. Ni a ella le gustaba la meiga, ni a la meiga le gustaba Taciana. Estaba empezando a desanimarse, cuando intuyó una posible salida a su encierro, puede que incluso se divirtiera con ello.

Necesitaba salir de su encierro, la única vía de escape que veía pasaba por Andrade. Cada vez que este visitaba a la anciana, le sonreía tímidamente, para luego girar la cara y hacer como si no le hubiese

sonreído. La meiga deslumbró la estrategia de Taciana y advirtió a su señor, pensando así que frenaría sus impulsos masculinos. Este era consciente de que no debía confiar en la hechicera, pero sabía que acabaría cayendo. Ella era portadora del pecado original, era descendiente de Eva, venía directa desde el paraíso para obligarlo a pecar.

Taciana sabía que la meiga no podría predecir todos sus pasos. Salía cada día en busca de hierbas y raíces, el tiempo que la bruja pasaba fuera era indeterminado para la hechicera ya que la vieja le hacía beber un poco de vino con belladona. Su cuerpo ya se había habituado a los efectos de la planta. Una vez la vieja hubo salido por la puerta, Taciana introdujo dos de sus dedos en su boca y como si fuese un ave alimentando a sus crías regurgitó el líquido que acababa de ingerir.

Sabía que aunque encontrase la forma de salir, Andrade iría en su búsqueda. Ella no había nacido para ser cautiva de nadie, debía ser astuta. La meiga poseía todo tipo de hierbas, algunas, con la dosis adecuada, podrían incluso causar la muerte y otras un estado muy similar. Busco con paciencia y no tardó en hallar aquello que buscaba.

Aquel día se retrasó más de lo esperado. Ya no era joven como antes y cada vez le costaba más moverse. Vivir cerca del mar resentía sus huesos. No siempre había vivido ahí. Ella era de dónde el río serpenteante se había abierto camino entre las rocas. Su dulce chiquillo ya era un hombre y había perdido toda su dulzura, parecía haberse olvidado de que ella lo cuidaba en las noches frías.

Los Andrade siempre se habían portado bien con ella. Le permitieron quedarse en sus tierras y ella siempre estuvo a su servicio, les había dado lo mejor de su vida. Ahora al final del camino seguía cuidando del pequeño Pedro, a pesar de que él era cruel con ella. Al entrar en el sótano vio el cuerpo inerte de aquella joven sobre el suelo de piedra. Estaba segura de que la dosis de solano mayor había sido la adecuada. Se acercó con cuidado, podría estar fingiendo. Sujetó el palo del que se servía para caminar los días de niebla y le dio un golpecito en la pierna herida. Nada, ni se movía. Le dio otro golpe, esta vez más fuerte. Nada. Tiró el palo y se acercó de nuevo. La muy idiota había consumido las flores que guardaba en una de sus pequeñas sacas de lino. Su respiración era casi inexistente.

Pedro Andrade entró en cólera al enterarse que su exótica extranjera yacía inerte en su sótano por una imprudencia de esa vieja meiga. Menegundia trató de convencerlo que había sido la prisionera, pero no le valían las excusas. Estaba convencido de que se había excedido con las hierbas para deshacerse de ella. Su cuidado era su responsabilidad, estaba

cansado de las quejas de la anciana, él mismo le administró su castigo. Veinte latigazos servirían para que recordase cual era su lugar.

Taciana despertó del profundo sueño que ella misma se había inducido. Volvía a ocupar la excesivamente cómoda cama en la que se había despertado con anterioridad. Lamento que no la hubiesen dado por muerta y abandonado en algún bosque pero se alegró de haber calculado bien la dosis de adormidera. Remoloneo entre las suaves sábanas. No se molestó en comprobar si la puerta estaba abierta. Intuía que la encontraría cerrada.

Fingió continuar dormida cuándo escuchó el movimiento de los goznes de la pesada puerta de la alcoba. No necesito comprobar quien entraba. Andrade se aproximó al lecho, acercó una silla y se sentó. Taciana sentía cómo la observaba silenciosamente. La situación le incomodaba enormemente. ¿Cuánto tiempo pretendía seguir allí sentado? Abrió sus ojos verdes y contempló a su captor.

—Tan bonita e insensata a la vez. Si te hubieras portado bien desde un principio todo sería más sencillo.— Pedro Andrade se levantó para acercarse al lecho. Le acarició una de sus mejillas por las que brotaban lágrimas silenciosas.— Shh eres un poco rebelde, pero eso se va a acabar, yo me encargaré de domarte perra pecadora.

Sin pedir permiso la despojó de su camisa. Taciana se sentía abrumada, pero había descubierto el punto débil de su enemigo, y era ella misma. Le sonrió tímidamente. Las manos de su captor comenzaron a recorrer su cuerpo. Desde su mejilla las bajó hasta sus pechos, la miraba con lujuria mientras los apretujaba con fuerza. La hechicera seguía silenciosa mientras lo dejaba hacer. Amasó sus pechos durante un rato con impaciencia y sin cuidado, infringiendo dolor y placer a la vez. Taciana dejó escapar un gemido involuntario. No quería darle lo que buscaba. Él lo sabía, y mientras seguía con una mano oprimiendo sus senos llevó la otra hacia su pubis. Comenzó a estimular bajo su monte de venus buscando una reacción por parte del hechicera. Taciana en su fuero interno luchaba contra la reacción de su cuerpo mientras Andrade seguía estimulando las zonas más sensibles de la hechicera. Localizó su clítoris y con la yema de los dedos índice y corazón lo acarició suavemente en círculos. Mientras llevo su lengua a uno de los pezones endurecidos de la hechicera. Agotada por el

esfuerzo que supone oponer resistencia, con las fuerzas mermadas, se dejó llevar hasta el orgasmo. Andrade sonreía satisfecho al obtener aquello que buscaba. Taciana se sentía furiosa consigo misma. La agarró por la nuca, tirando con fuerza de su cabello obligándola a mirarle a la cara.

—¿Ves como eres una pecadora?— Le susurró al oído.

La soltó y la dejó caer encima del jergón. Se limpió la mano, que hacía un instante había estado en el interior de Taciana, con la camisa de seda que le había arrancado y se la tiró encima. Dando un portazo abandonó la alcoba. La hechicera se quedó totalmente desconcertada. Sabía lo que él quería de ella. Había observado cómo crecía el bulto bajo sus calzas mientras la acariciaba. Sin embargo él se había marchado sin más, sin vaciarse.

Pedro Andrade era un respetado caballero de la Orden de la Cruz de Malta. Con astucia escaló en la sociedad devolviendo a su familia el lugar que les correspondía. Sus padres eran una vergüenza. Dilapidaron la fortuna de la familia en vez de aumentarla. La vanidad les había hecho débiles. Eran un estorbo en su ascenso. Ahora sólo necesitaba descendencia para tenerlo todo. Necesitaba a su lado una aliada fuerte y obediente que sustituyese a la anciana que le servía. La naufraga acudía a sus sueños cada noche, se despertaba con la entrepierna humedecida y el miembro erecto cada mañana por su culpa desde que la había visto inconsciente en la playa. Cuando llegó él mismo la había bañado y vendado el muslo mientras permanecía dormida. La quería para él aunque aquello le condenase al infierno.

Taciana permaneció despierta en aquella alcoba durante horas dando vueltas. Era muy difícil luchar contra la tentación de volver a escaparse. Meditaba sobre ello cuándo volvió a escuchar el sonido de los goznes de la pesada puerta. Se sorprendió al ver cruzar la puerta a una joven doncella portando una bandeja de plata repleta de comida.

—El señor Andrade está de viaje— La muchacha vestía una saya de lana oscura y llevaba sus cabellos dorados recogidos en una larga trenza.— Me ha puesto a su disposición para todo aquello que necesite.

— ¿Cuándo vuelve?— El idioma que hablaba la joven era muy similar al toscano, aunque algo cantarín.— Necesito hablar con él.

— Está en Ribadavia, tuvo que regresar a atender unos asuntos. Me ha dicho que regresará a tiempo para la boda.— Taciana se quedó petrificada.— Tiene que probarse el vestido señora.

La moda de esta región era mucho más sencilla, y pudorosa, que la

toscana, el vestido de terciopelo negro con bordados de oro que Andrade escogió para Taciana resultaba extremadamente sobrio. La camisa se cerraba alrededor de su cuello, adornado con un collar hecho de perlas, al igual que la redecilla que recogía sus rizos. Cómodo, calentito y recatado pensó la hechicera mientras arrastraba la larga cola hasta el altar de una antigua capilla oculta en lo profundo del bosque. El que a partir de entonces sería legalmente su dueño y señor se mostraba satisfecho mientras un obispo entrado en carnes, con las mejillas sonrosadas por el vino, canturreaba chorradas en latín.

Tras la boda se subieron a un carruaje que les alejó más aún de la costa, y de Giulia. Mientras el carro, tirado por dos caballos avanzaba a través de los oscuros bosques Taciana observaba a Andrade, sentado frente a ella le sostenía la mirada. Sus ojos oscuros estaban enmarcados por unas cejas bien pobladas. Todo era excesivamente masculino en él, su barba de tres días, su mandíbula marcada, sus cuerpo musculado y su voz rasgada. Taciana pensó para sí misma que por lo menos iba a disfrutarlo, mientras reflexionaba sobre la fisionomía de su secuestrador se le escapó una sonrisilla pícara que él advirtió al instante. Con un gesto le indico que se sentase a su lado. Taciana se acurruco junto a Pedro Andrade, apoyó su cabeza sobre su jubón, sintió el latido de su corazón. Era una ironía que latiese un corazón en el pecho de aquel hombre cruel. Quizás ella podría cambiarlo. En un mar de confusos pensamientos, con el regular latido bajo el pecho de Andrade y el traqueteo del carro se quedó dormida.

Despertó casi al anochecer. Los caballos tiraban del carro al paso por las estrechas callejuelas de piedra de una próspera villa. Andrade había retirado la redecilla que recogía su larga cabellera y acariciaba sus rizos desparramados sobre sus piernas. Le entregó la redecilla para que se recogiera de nuevo el cabello antes de bajar del carro. Llovía con fuerza y las calles de Ribadavia estaban desiertas, al contrario que la casa señorial donde pasaría los próximos meses.

Los vasallos que servían en la casa les esperaban nada más franquear las puertas. Dos doncellas se encargarían de obedecer las órdenes de Taciana, y un caballero velaría por su seguridad, o más bien la vigilaría. Había demasiado personal para un sólo señor, ahora ella se convertía en la señora de la casa, en realidad ella era menos libre que sus propios vasallos.

Nunca se había visto en tal tesitura, de vivir en una cabaña situada en el claro de un bosque pasó a vivir en un *pazo* en el centro de una próspera villa vinícola, de cazar pequeños animalillos para ingerir casi crudos a que le sirvieran bandejas repletas de diversos manjares demasiado elaborados,

de ser libre a estar sometida a la voluntad de un esposo. Andrade no tardó en darse cuenta de que Taciana, a pesar de hablar, escribir y leer en latín, era completamente salvaje. De enseñarle a obedecer, se encargaba él mismo, para lo demás buscó un monje, al que poder pagar su discreción, que educase a Taciana en el arte de vivir en sociedad. El oro en el fondo no era necesario, cuando se trataba del mercenario máspreciado del Obispo todos sabían que era mejor no incomodarlo.

Engomiro pertenecía a una familia humilde. Era el mayor de dieciséis hermanos. Su padre se llevó una gran decepción cuando su hijo fue admitido en el monasterio local, pues preferiría que se hubiese quedado junto a él, para ayudarle con las tierras. Aunque, como monje, realizaba votos de pobreza su intención no era precisamente pasar penurias y hambre. Con astucia, dedicación y trabajo, había poco a poco mejorado su situación dentro de la Orden. Se había especializado como monje mendicante, ahora, al ver la cantidad de peregrinos enfermos por la nueva enfermedad se arrepentía de no haberse hecho copista y ser un escribiente entre muros.

Taciana aprendió rápido a ser una dama de alta cuna, quería liberarse rápido del monje metomentodo y atesoraba en su mente las enseñanzas de Giulia, que ahora le resultaban muy útiles. El problema estaba en que Pedro todavía no confiaba en ella, a pesar de sus esfuerzos por aparentar dulce, sumisa y complaciente. La anciana meiga le instigaba en contra de ella, se habían convertido en auténticas rivales. A pesar de que Taciana era ahora su señora, Menegundia no la reconocía como tal. De cara al mundo, era la amada esposa de Don Pedro Andrade, comisario de la Villa, pero en realidad era su cautiva.

Estaba segura, que con tiempo conseguiría ahormar su carácter. Mientras no lo contrariase era excesivamente dulce con ella. La noche que contrajeron nupcias cenaron a solas. Durante su particular banquete de bodas privado se dieron de comer mutuamente. El mercenario llevaba las uvas, que abundaban en la región, a la boca de ella, y cuando mordía la fruta posaba sus labios en los de ella para así, arrebatarle la fruta de su boca con la boca de él. La acarició con dulzura, por cada centímetro de su olivacea piel. Cuando ella retiró la camisa de él, descubrió las señales que las múltiples batallas habían marcado en su piel. Acarició cada cicatriz y él se estremeció. Ella quería curar las cicatrices de su alma y él quería hallar la paz entre las piernas de ella. Cada noche, él buscaba refugio en los labios de Taciana, hasta que el tono en el que la llamaba pecadora se tornó de agresivo a meloso.

El tímido sol de abril calentaba levemente su cuerpo mientras

caminaba, acompañada por una de sus doncellas y su escolta hacía al mercado. En los últimos días conversó con Engomiro sobre la enfermedad que se había instalado en la Villa. Ella la conocía bien, era el mismo mal, la misma *malatia* que mataba día a día cientos de personas en su amada Toscana. Le habló sobre la enfermedad, y algunos remedios que resultaban efectivos. Había mezclado diversas plantas y especias con miel para curar a Mauricio durante la larga travesía de Génova a Marbal—la. El monje se hallaba tan desconcertado por los conocimientos de Taciana que esta acabó hablándole del convento de Santa Croce y las clarisas que habitaban para que no la acusase de bruja.

Se encontraba en un puesto examinando unas raíces cuando sintió que se desvanecía. Su doncella fue quién evitó que terminase en el empedrado. El caballero encargado de su protección se topaba a escasos metros adulando a la pastelera judía.

En los últimos días había notado cómo sus pechos se redondeaban y se oscurecían sus pezones. También le costaba retener la comida en su estómago, y un terrible cansancio se adueñaba de su cuerpo sin que consiguiese conciliar el sueño. Ese desvanecimiento era la confirmación de sus sospechas.

Andrade cruzó preocupado el vestíbulo del pazo que había heredado del inútil de su padre. El castigo que aplicaría al hombre al que había encargado que vigilase a su esposa debía esperar, primero quería saber qué le sucedía a su preciada posesión. Ella lo esperaba recostada en su lecho, parecía en calma. Sus mejillas sonrosadas no le daban aspecto de estar enferma. Lo recibió con una esplendorosa sonrisa.

—Estáis muy feliz para haberos desmayado delante de toda la Villa y haberme apartado de mis quehaceres.— Se acercó al lecho, se sentó junto a ella y clavó sus oscuros ojos en el verdor de los de Taciana.— Quiero saber a qué se debe tal espectáculo.

—Lo normal cuando un matrimonio peca con tanta frecuencia.— Tomó la mano de Andrade y la posó sobre su vientre.

Durante un breve instante contuvo la respiración, no sabía cuál sería la reacción de él. Pedro Andrade soltó una sonora risotada. Aquello no lo había previsto la *vedoira*, y si lo hizo no se lo había revelado. Últimamente no estaba satisfecho con sus informaciones. Estaba seguro de que se sentía amenazada, pues daba por sentado lo que había visualizado, ya no necesitaba sus servicios como meiga. Su esposa haría cualquier cosa por él ahora que llevaba en su vientre el fruto de su unión.

Siempre había tenido un don para manejar a las mujeres. Caían

rendidas a sus pies fácilmente. Una sonrisa con un par de palabras amables bastaban. Con su esposa le había costado un poco más, pero al final había obtenido su objetivo. Se mostraba feliz llevando en su interior un hijo de él. No había tenido que recurrir a la violencia.

Taciana estaba segura de que ahora la meiga dejaría de molestarla, al fin y al cabo le había dado lo que él ansiaba, sólo con ver su sonrisa lo sabía. El deseaba un hijo. Ahora podría convencerlo que liberase a Gaius y buscase a su querida Giulia. No le había sacado nunca el tema y sabiendo lo impredecible de su carácter debía planteárselo con tiento. Tenía esperanzas de ablandar el corazón de Pedro, no sabía en qué momento empezó a sentir afecto hacia su enemigo.

El escolta de Taciana fue sustituido, y no por uno, sino por dos hombres. Segesindo y Monobredo la acompañaban allí donde iba. Cada día se pasaba por la Iglesia para charlar con Engomiro. De este modo se mantenía informada sobre la evolución de la enfermedad y salía de su encierro en el Pazo. Se había corrido la voz de lo piadosa que era la esposa del comisario en contraste con la crueldad de este. Un día mientras paseaba por el mercado se acercó a ella la pastelera judía. Notó en ella algo especial. Intuyó al instante su naturaleza. Levana quería revelar algo pero no se atrevía a hacerlo, aunque intuía de qué se trataba. Taciana decidió comprarle todos los dulces que la mujer llevaba consigo. Sabía que no sería suficiente, pero revertiría parte del daño que su esposo le había causado.

Los enfermos de peste iban aumentando en la misma proporción que la barriga de Taciana. También su autonomía. No entendía el por qué, pero se sentía feliz en los brazos de Pedro, esto la mortificaba por dentro. Era consciente de que estaba retenida junto a él, pero no quería liberarse. Sabía que era su enemigo, que haría cualquier cosa por obtener poder, y eso incluía atentar contra la vida de sus amigos.

Poco después de la noticia del embarazo supo que Gaius había escapado. Aquel día Pedro llegó furioso, pero no desató su ira con su esposa, sino con Menegundia. Desde la boda, no se esforzaba como debía y fallaba en sus averiguaciones. Taciana salió en su defensa aludiendo a que el poder de aquel ser era inmenso. Quiso compararlo con un dios, pero consideró que era más acertado equipararlo al Diablo. Salvó la vida de la meiga, aunque Andrade la expulsó de Ribadavia. La bruja ya no estaría protegida bajo el poder de la casa a la que había dado tanto. Su pequeño, ya no la necesitaba.

Menegundia no siempre había tenido ese aspecto. Se crío en un monte cercano a los viñedos de los Andrade. Tiempo atrás sus cabellos lucían del

color del trigo, su piel era nívea y su tacto suave como la más lujosa de las sedas. Manuel, el padre de Pedro, solía cabalgar por los mismos lugares donde ella buscaba hierbas y setas. Pasaban las tardes charlando. Se sentía asfixiado en un matrimonio pactado con una mujer que no lo aceptaba en el lecho. Pero ella sí lo aceptó. Meses después nacía Pedro. Su esposa Estela apareció en los días posteriores al parto y le arrebató a su niño. Suplicó, se humilló, y le increpó hasta el agotamiento para que le devolvieran a su hijo, pero era un Andrade, le pertenecía a Manuel. Ella no era nadie. Al final le permitieron cuidar de él, pasando a formar parte del servicio de la casa, con la condición de que jamás volvería a hablar. Estela aprovechaba todas las ocasiones posibles para humillarla delante del niño, convirtiendo a su pequeño en un monstruo al que jamás trató con cariño. El día que su hijo entró en las cuadras, donde ella dormía, para pedirle que preparase un brebaje para envenenar a su falsa madre supo que había ganado. Pedro jamás sabría que ella era la que le había dado la vida, con haberlo visto crecer le bastaba.

Se acaba de poner el Sol, Taciana, aprovechando la ausencia de Pedro, se encontraba dando instrucciones a Engomiro sobre cómo tratar unas pústulas. Su estado era ya avanzado, a su esposo le preocupaba que pudiese contraer la enfermedad, pero la necesidad había convertido al monje en su cómplice. Entonces fue cuando vio a Giulia franquear las puertas de la Iglesia junto al poeta. El monje notó en su cara que algo le sucedía, nerviosa se excusó en su embarazo, y salió por la puerta lateral del templo junto a Segesindo y Monobredo.

Sintió la presencia del poeta cuando entraba en la casa familiar. Deseaba volver junto a sus amigos y ser libre de nuevo, pero se sentía atada a Pedro. Había tratado de convencerlo de que cesase en su empeño de atrapar a su amigo, todos sus esfuerzos habían sido en vano. La ambición de su esposo no conocía límites, quería atrapar al ser nocturno y descubrir sus secretos. Se acercó a una de las ventanas para dejarlo pasar. En cuanto lo tuvo en frente se derrumbó, en ese instante se percató de lo sola que se sentía. Nosotros también las extrañábamos.

No fue fácil para ella enfrentarse a Andrade. Sabía que lo que sentía no era amor, que era una simple ilusión. Él hombre que ella creía amar la manejaba a su antojo. Taciana, que nunca pensó que caería presa de la droga del amor, se despeñó del todo. A pesar de ser consciente de todo esto, lo dejó escapar. Quiso matarlo, pero quizás el amor que sentía si era real.

Capítulo XIII

Se sentía feliz, a pesar de que jamás vería sus ojos verdes, tenía la certeza de que su nieta se convertiría en una gran hechicera. Menegundia por primera vez miraba a la Muerte a la cara. Era una anciana, al igual que ella. Se acercó y le tendió su mano huesuda y suave a la vez. En ese instante, el mundo se apagó a su alrededor.

Caminábamos con calma bajo una noche estrellada. Era consciente de que jamás volvería a ver la luz del Sol, tampoco me importaba. Muerte caminaba junto a mí. Taciana con paso decidido, presidía la procesión. Tras ella el poeta, sonriente y satisfecho, canturreaba una cantiga que había aprendido recientemente. Muerte se detuvo junto a un pequeño *regato* que atravesaba la montaña. Una mujer de cabellos blancos y ojos verdes lavaba unas ropas ensangrentadas sin cesar. Una loba sentada a su vera lamía sus mejillas tratando de aliviar el desconsolado llanto de la dama. La dulce muerte se despidió de mí con un dulce beso en la mejilla para ir junto la *lavandeira*.

Mi amiga caminaba sumergida en un mar de pensamientos. Un mar revuelto. Aún pesaba en su pecho todo lo vivido. Apoyaba sus manos sobre su vientre, desde mi posición podía sentir al bebé que se movía inquieto en el interior de su madre. De repente Taciana se detuvo en seco. Gaius absorbo en su propio mundo mientras canturreaba casi se da de bruces contra ella.

—Volvamos a casa, vayamos donde vayamos vamos a hallar los cadáveres putrefactos de los enfermos, si no hemos contraído la *malatia* tengo la certeza de que no enfermaremos. — El tono de la hechicera era firme. Gaius arqueó las cejas.

— Taciana, hace más de mil años que estoy muerto, me sorprendería mucho si a estas alturas de mi muerte me pongo enfermo.

Nos quedamos mirando fijamente al poeta, a pesar de que esto último el poeta lo dijo muy serio no pudimos evitar estallar en carcajadas. Ofendido, en un principio, por nuestra carcajada general, el también rompió a reír. Fue como abrir la veda, empezó Taciana;

– ¿Seguro gran poeta de la historia? No se te ha bajado la temperatura un poco más de lo habitual— esto lo decía mientras le ponía la mano en la frente, al igual que hacen las madres para revisar la temperatura.

– Mmmm, no. Rotundamente no. Quizás una vez en los Fiordos sentí frío, pero no, creo que no.

– Igual una pequeña tos, un catarrillo desapercibido, quizás te notaste alguna vez falta de sed.— Se lo dije mientras trataba en vano de hacerle cosquillas bajo la axila.

–Puede, quizás cuando fue lo de Pompeya, por el polvo y tal... Pero no, yo estaba muy lejos y aun era joven.—Dijo teatralmente.

Lo miramos extrañadas, y el nos devolvió la mirada divertida. Sus ojos azules brillaban con fuerza bajo la luz de la luna. Decidimos regresar a Florencia. La casa de mis padres estaba desocupada y a nuestra entera disposición.

Con un rumbo establecido iniciamos la marcha por los bosques del reino de los antiguos suevos. Caminábamos de noche y descansábamos de día. Pasada una semana Taciana estaba agotada. El poeta y yo no acusábamos agotamiento, bien es cierto que nuestras condiciones eran diferentes a las de la hechicera. Su barriga iba en aumento y seguramente le pesaba, aunque ella trataba de disimular su estado con su postura. Además estaba el hecho de que extrañaba a Andrade. No hacía falta que me lo dijese para que lo supiera, la hechicera amaba a ese desgraciado.

Nos detuvimos a descansar junto a un gran lago. Sentadas en la arena de la playa, rodeadas de montañas, charlamos animadamente, riéndonos como antaño. Ya que ella había contado lo vivido en los últimos meses la puse al día con mis andanzas por estas tierras. Le hable de las monjas, de la isla, de Balbina y de la pequeña Lucía.

– Yo creo que tiene un lío con el cura.— sentenció de imprevisto.

– ¿Quién?— le respondí entre risas a la hechicera.

– La tal Balbina esa, no se que me da—insinuó.

– ¿Qué va a tener? Además, si no la conoces.— Realmente me estaba escandalizando.

– Qué sí, que tiene algo con el cura.— Insistía como si conociese a mi amiga.

– No digas eso, si ella es muy devota y piadosa.— Le dije.

– Por eso mismo, está enredada con el cura, lo que pasa es que te fastidia que no te lo hubiese contado.

En ese momento la hechicera dio en el clavo. Cuando estaba en las Cicas llegué a pensar en esa posibilidad, pero la campesina no confiaba tanto en mi como para contarlo, igual que yo no le había revelado nada sobre mis amigos, pero me molestaba que no se sincerase del todo conmigo. Nuestro debate se centró en especulaciones de todo tipo. Estábamos recuperando el tiempo. Volvíamos a vivir, libres de nuevo. Las noches se estaban volviendo más largas, mientras los días iniciaban antes su declive, el otoño estaba cerca, para nosotros era una buena noticia. El poeta apareció poco antes del amanecer con un carro cerrado tirado por un asno joven. En todos sus viajes llevaba un viejo pergamino que marcaba todos los caminos del antiguo imperio, era la única pertenencia que conservaba de su anterior vida. Taciana tomó las riendas y el mapa, y nosotros nos resguardamos detrás, cubiertos por gruesas mantas. Al llegar el declive de la tarde, nuestro carro pasaba por delante de las murallas de Astorga. Al instante sentimos el aire viciado, la enfermedad también estaba presente en esta ciudad. La Muerte jugaba a su juego favorito, y estaba ganando, ella nunca perdía.

La hechicera detuvo el carro ante las puertas de la ciudad. Nadie podía pasar una vez se ocultaba el Sol tras el horizonte. Peregrinos camino de Compostela, hacían cola para poder pasar la noche al abrigo de sus hospedales. Muchos estaban enfermos. Un monje subido en un pequeño atril pregonaba la palabra de dios fue enmudecido por un grupo de personas que le increpaban, la población pasaba hambre, trabajaba de sol a sol, sus hijos no llegaban a la edad adulta, estaban cansados y dios no hacía nada.

Taciana se bajó del carro, acarició el hocico del asno gris que habíamos bautizado Mollis. Tiró de las riendas del animal, que faltando el respeto a sus congéneres carecía de tozudez, y se dirigió a la puerta custodiada por dos guardias.

Paseo un buen rato entre calles, en la ciudad abundaban palomares y huertos. Un hospital acogía a los enfermos. La peste no había golpeado con fuerza a la ciudad. Taciana pensó que sería una cuestión de tiempo. Se adentró un poco más en sus calles y sonrió al contemplar una sinagoga pensando en Levana. Detuvo el carro justo en el instante en que abríamos los ojos. La noche hacía acto de presencia, en el mismo instante que las lámparas de aceite se prendían en los hogares y las calles empedradas se vaciaban, los mendigos buscaban algún lugar donde resguardarse y protegerse de los peligros de la noche. Esta noche sería especialmente peligrosa.

Había gran afluencia de peregrinos que se dirigían a Compostela para salvar sus almas. Últimamente a todo el mundo le había entrado la prisa con esto de salvarse del averno. Los mendigos eran frecuentes, pues ser pobre era una forma más de salvarse, al igual que ser rico y dar limosna. Si Dios decidía que tenías que ser pobre, vivir pasando hambre y penurias, no debías contradecirlo, mejor seguir siendo pobre. Y ya si eras tullido tenías asegurado el paraíso. Los tullidos eran los reyes de los mendigos, Dios los había elegido para vivir una vida de pobreza. A los nobles les encantaba ayudar a los tullidos, parece ser que daba más puntos para la salvación. Caminábamos junto a las murallas cuando sentimos un llanto. Un hombre lloraba amargamente. Me conmovió su aspecto desvalido y me acerqué a consolarlo. Varios mendigos que se sentaban a pedir a la puerta de Santa María lo habían molido a palos. Eran cuatro. No tenían ninguna enfermedad, estaban fuertes para trabajar, tampoco buscaban la salvación. A la hora de la misa se situaban en la entrada de la Iglesia, al acabar los ritos se gastaban en la taberna lo ganado. Él siempre se situaba lejos de ellos, les tenía cierto pavor, aún así, pese a situarse lo más lejos posible de la entrada de la iglesia, a los nobles no les importaba caminar para darle limosna. Entonces el grupo de mendigos sanos se acercaban enfadados, le quitaban las monedas que por pleno derecho divino le correspondían y de paso se burlaban de sus grotescas formas. Esa tarde decidió hacerles frente. Ahora además de tener las extremidades más cortas de lo normal y la boca torcida, estaba lleno de heridas y moratones.

Fue fácil localizar al grupo de mendigos. Un par de callejuelas más abajo se gastaban en vino y meretrices las monedas del tullido, que nos los señaló con miedo. Me acerqué a ellos. Mi sensibilidad a los olores había aumentado y estos cuatro apestaban. Uno de ellos me observaba con lascivia.

- Buenas noches damisela, ¿quieres pasar un buen rato con nosotros?
- El vagabundo me sonreía mostrando la ausencia de dientes.
- Pero mejor fuera, aquí hay demasiada gente— le sonreí.

Giré sobre mi misma y me dirigí hacia la salida. Me siguió como si se tratase de un cachorrito. Sus compañeros lo imitaron. Gaius, apoyado junto a la puerta de la taberna, abrió la puerta del tugurio para dejarnos pasar. La cerró tras de sí. En el instante que cruzamos la puerta el mendigo desdentado se abalanzó sobre mí. *Crassus Errare*. Antes de que llegase siquiera a tocarme le agarré el brazo derecho, lo giré sobre su espalda, dejándolo inmovilizado. En ese instante le desgarré el gaznate. El líquido carmesí brotó a borbotones, el hombre se daba tanto a la bebida que el sabor de su sangre recordaba al vino. Los otros tres se quedaron paralizados

al instante. El primero en reaccionar trató de huir, pero el poeta estaba tras él. Le rasgó el pescuezo con gran facilidad mientras yo desangraba al tercero, que queriendo ser valiente trató de agredirme. El cuarto se arrodilló sobre el suelo suplicando el perdón en vano.

Al llegar el amanecer el poeta y yo habíamos saciado por completo nuestra sed, y de paso, acabado con la existencia infeliz de aquellas almas descuidadas. Era frecuente encontrar algún mendigo muerto al amanecer, la dura existencia, el frío, el hambre, sobre todo esto último, facilitaban mucho el trabajo de mi querida Muerte. No pasaba nada si alguna vez recibía algo de ayuda.

A la hechicera le fascinaban los procesos de la naturaleza, por algo era tan sabia. Observar, esa era la clave. Desde que supo de la enfermedad empezó a observar sus estados, desde la rata en nuestro navío hasta las pústulas de los peregrinos que llenaban la iglesia de la Orden de San Juan de Jerusalem, encontraba relación en todos ellos. De tanto observar había aprendido cómo evoluciona y hasta qué ungüentos y brebajes podían hacer que remitiera. Recorrió la ciudad, desde el hospital, hasta varios monasterios, habló con médicos y por último visitó la sinagoga. Nadie quería escuchar sus teorías. Un monje mendicante la llamó hereje, y un sacerdote la amenazó con la hoguera por insinuar que un baño y procurar la ausencia de parásitos podría prevenir el contagio. Llena de rabia decidió abandonar Astorga, si no querían prevenirse de la *malatia* era problema de ellos.

Tras horas llevando las riendas Taciana había detenido el carro. Nos hallábamos sentados junto a la orilla del río, charlábamos animadamente mientras la hechicera ingería los últimos dulces de almendra, que nos había regalado Levana al partir de Ribadavia, que le quedaban en su saca. Su enfado era latente, nadie se detenía a escuchar sus teorías. Sólo pedía eso, que alguien las tuviese en cuenta, si sus conocimientos se aplicaban podría salvar muchas vidas. Un jinete al trote se acercaba hacia nuestra posición. El poeta se incorporó. Un hombre con extraños ropajes detuvo su fabuloso caballo de pelaje negro junto a nuestro carro, desmontó su montura, y se aproximó hacia nosotros.

Âkil Saadi viajaba con frecuencia. En estos viajes intercambiaba las sedas que su familia producía por oro, plata y otros bienes. Admiraba especialmente los códices y pergaminos. Su biblioteca era extensa y no perdía la esperanza de encontrar por estas tierras alguna mente brillante. Se encontraba conversando con un comerciante judío sobre los escritos de un

famoso botánico, con él compartía apellido, cuando escucho hablar de una mujer que decía conocer la cura de la nueva enfermedad. Era un monje mendicante que atendía enfermos en el hospital. Contaba entre risas los consejos que le había dado aquella mujer. Rápidamente se interesó por lo que contaba aquel hombre de fe. El árabe, en sus viajes, había observado cómo la enfermedad acababa con toda vida humana, allí donde llegaba se expandía y no había forma de detenerla. Intuía que la falta de higiene por parte de los cristianos podría ser en parte culpa de este mal, pero también acababa con la vida de judíos y musulmanes, sí aquella mujer conocía los secretos de la epidemia quería hablar con ella. Abandonó la protección de las murallas al anochecer. Cabalgó hacia al norte, siguiendo las indicaciones del guardia que la vio partir. Su única pista era una leve descripción de su aspecto y que llevaba un carro tirado por un asno. Junto a la orilla del río Tuerto encontró el carro. A pocos metros dos mujeres y hombre joven conversaban animadamente. Una de ellas estaba en estado, estaba seguro de que tenía a la curandera frente a él.

Un hombre a caballo se acercó a nosotros preguntando por la mujer que conocía la cura de la nueva enfermedad. Lo miramos asombrados. Entonces empezó a hablar de un judío, un cura y una conversación en la que hablaban de una mujer que afirmaba conocer la cura. Fue entonces cuando Taciana le preguntó si conocía las propiedades curativas del ajo. El hombre sonrió, se presentó y sentó junto al fuego. Taciana le ofreció de sus dulces, él aportó dátiles. Había estudiado botánica, anatomía y matemáticas con los persas. Le gustaba la astronomía, pero estaba más interesado por la medicina. Se encontraba en estas tierras con el propósito de estudiar las técnicas aplicadas por los cristianos en esta disciplina, aunque temía que estuviesen corrompidas por la moral católica. Âkil se unió a nuestro grupo. Quería aprender todo lo posible sobre esta enfermedad que tenía a medio mundo en jaque. En un principio, creíamos que se quedaría esa noche acampando con nosotros. Pasada una semana, nos dimos cuenta que Âkil nos acompañaría durante un tiempo. Parecía que poco le importaba nuestros atípicos horarios. Tampoco se paraba a preguntar por nuestra dieta. Siempre tenía algún tema de conversación interesante. Basaba su vida en el saber. Parecía agraderle la posibilidad de poder conversar con el poeta sobre sus

viajes. Intuía nuestra naturaleza y mencionó varias leyendas de diferenb. ¡Quién sabe si alguna la había infundado el propio Gaius! A mi me agradaba la idea de que mi amiga tuviese compañía durante el día. Aunque fuese sólo por unos días.

El estudioso pasaba el día sentado junto a Taciana en el carro, para alivio de su caballo y desgracia del asno Mollis. La montura del árabe iba atada a la parte de atrás del carro, a un paso más cómodo del que estaba habituado. Durante el día charlaban animadamente. De vez en cuando detenían la marcha, para comer o pasear, y en alguna que otra ocasión, a saludar a algún comerciante conocido por el árabe. Inevitablemente todo aquel con él que conversaban intuía que Taciana era la esposa de Saadi. Aunque para la hechicera esto era una ventaja. Al llegar el ocaso, éramos nosotros los que ocupábamos la parte delantera del plaustro.

Fue subiendo a Somport que se decidió que Burz, el caballo, ayudaría al asno Mollis a tirar del carro. Aún no había llegado el otoño, pero en esta zona el frío estaba presente. Al poeta y a mi no nos afectaba, por las noches dirigíamos las riendas, durante el día nos sumergíamos en un profundo sueño y los animales descansaban, mientras la hechicera y el estudioso compartían conocimientos sentados junto al fuego.

En pocas jornadas llegamos a Carcasona. La vista era sobrecogedora, ante nosotros, tras el bosque, se levantaba una impresionante fortificación. La luna, en cuanto las nubes se lo permitían, iluminaba las piedras de la muralla que protegía la ciudadela, convirtiendo la piedra en arte. Taciana y Âkil descansaban en el carro, a cubierto de la fría brisa de septiembre. El poeta y yo tomando la oscuridad como cómplice recorrimos las calles del interior de la muralla, hecha para ser infranqueable en la batalla, pero, para la Muerte ningún muro servía de barrera. Horas antes del amanecer, saciados y felices, emprendíamos de nuevo nuestra marcha, para detenernos antes de de que saliese el Sol.

Durante tres días el carro apenas se detuvo. Tanto Mollis como Burz estaban agotados. La barriga de Taciana había aumentado, y sus rasgos habían cambiado, estaba diferente, esto no afectaba a nuestra amistad, fortalecida con el paso del tiempo. Âkil y ella habían intercambiado sus conocimientos sobre plantas y ungüentos, hasta aquí había llegado el viaje del árabe junto a nosotros. Estábamos en Montpellier.

El ambiente de la ciudad estaba enrarecido, hacía poco había pasado de pertenecer al Reino de Mallorca, en guerra con Aragón, a manos de la Corona de Francia. Su anterior rey, andaba falto de fondos, así que decidió vender estas tierras. Ahora rendían pleitesía al *rey encontrado*. Al árabe eso

le traía sin cuidado mientras la Universidad de Medicina siguiese intacta. A Taciana le hubiese gustado ser como Trotula, pero era un imposible, ella no pisaría la universidad, al menos en esta vida. Nos despedimos de Âkil Saadi, que prometió viajar a Florencia y compartir los conocimientos adquiridos en la escuela de Montpellier con la hechicera. Taciana asía con fuerza un pergamino con diversas técnicas empleadas por los árabes para la curación.

Volvíamos a ser tres, sabíamos que por poco tiempo. Debíamos viajar de noche, hacerlo de día suponía un inconveniente. Las lluvias comenzaban a hacer acto de presencia, y de vez en cuando una niebla densa nos acompañaba en los caminos. Dos jornadas después de despedirnos del estudioso árabe llegamos a la ciudad donde el Papa daba fiestas mientras se escondía de la peste.

Un grupo de personas, llamadas flagelantes, habían decidido protestar contra la iglesia flagelándose públicamente, una curiosa forma de hacer ver lo corrupto que era el clero. No necesitaban a la iglesia para salvarse, lo harían aplicándose a ellos mismos dolor y tortura a través de latigazos. Sus espaldas al aire, plagadas de marcas y heridas abiertas dejaban flotar en el aire el dulce olor de la sangre fresca. Cada día más mujeres y hombres se cubrían la cabeza y salían en procesión a castigarse, Clemente VI estaba en guerra con esta gente tan devota, los acusaba de herejes. En resumen, esta visión de Aviñón nos resultaba bastante divertida, pero había otra parte que resultaba un tanto perturbadora.

La enfermedad era omnipresente, incluso más que el dios cristiano. Recorriendo las callejuelas se podía palpar su existencia. Muerte se deslizaba bajo las puertas de las casas para desempeñar sus tareas. Los quejidos de los enfermos rompían el silencio de la noche, el aroma pestilente de sus pústulas se mezclaba con la fría niebla inundando el ambiente. Mientras la población moría el jefe de la iglesia se escondía tras el fuego, como Lucifer en el infierno.

Junto a la muralla inacabada una madre lloraba con su pequeña en brazos. O más bien el cuerpo inanimado de su pequeña. Taciana se paró junto a la mujer. Los huesos marcados bajo la piel traslúcida de la mujer delataban el vacío de su estómago. La mujer levantó la vista hacia la hechicera. Sus ojos se hundían en la calavera cubierta por una fina dermis. Ambas supimos al instante que poco le quedaba de agonía. El poeta apiadándose de la mujer se acercó a ella y, con un movimiento rápido, le partió el pescuezo. Su agonía no se alargaría más.

Decidimos ocupar una pequeña casa en la que no quedaba ninguno de

sus antiguos habitantes. La vivienda, de una sola estancia, estaba situada en un barrio bajo, fuera de las murallas, nuestros vecinos eran artesanos mediocres, meretrices escuálidas, y mendigos. El poeta se había hecho con un laúd y recorría las calles al anochecer interpretando sus poemas, que más que líricas eran bofetadas al estilo de Marcabré. Animaba las posadas, se buscaba enemigos entre los nobles y amigos entre los llanos. Le acompañaba en sus fiestas de risas, música, teatro y sobretodo, sangre. En poco tiempo, los más juerguistas de Aviñón nos buscaban, las orgías duraban toda la noche, para acabar desapareciendo al filo del amanecer sin que nadie se preguntase dónde habíamos ido, quizás temían saberlo.

Taciana deseaba curar a los enfermos, y su barriga no era un impedimento para ello. Eran frecuentes las noches que colaboramos con nuestra amiga, pues la hechicera no daba a basto. Había demasiados enfermos. Tantos que el médico comunitario no puso impedimentos en que Taciana curase caritativamente a aquellos más pobres. El hombre visitaba a la hechicera con frecuencia, disertaban sobre diferentes remedios, para comprobar con el tiempo que el galeno acudía junto a mi amiga debido a su ausencia de conocimientos. Al no cobrar a los enfermos, la hechicera no infringía ninguna ley. La muchedumbre hacía cola ante nuestra puerta, y no venían solo por la peste. De vez en cuando alguna mujer acudía a nosotras para librarse de un molesto embarazo, también un monje aquejado de gonococia llegó bajo la recomendación de una prostituta que habíamos atendido por una molesta hinchazón en su vulva, también acudieron varios soldados enviados por la misma mujer, al igual que el panadero que tenía su artesa en nuestra misma calle. Venían madres con chiquillos enfermos, campesinos en los huesos y sirvientas buscando ungüentos contraconceptivos.

Todo iba de maravilla hasta que un flagelante decidió que Taciana era una amenaza a la moral. El mismo que culpaba a los judíos de la enfermedad, ahora decidía que la culpa era de ella. Aunque la palabra del flagelante carecía de valor ante las autoridades, sobre todo después de la última bula papal, la esposa del panadero, mujer devota y piadosa, compartió esta inquietud en sus confesiones con un clérigo, que debido a unos poemas que lo acusaban de visitar burdeles y practicar sodomía, no sentía ninguna simpatía hacía el poeta.

La barriga de Taciana era tan grande que apenas le permitía moverse la noche que abandonamos la ciudad.

Regresábamos a Florencia. Esta vez, pasábamos junto a las ciudades sin llegar a cruzar sus murallas. Las noches, cada vez más largas, las

transcurríamos llevando las riendas, Mullis descansaba de día, y durante más de una semana no paramos ni para buscar alimento.

El invierno llegó mientras recorríamos la costa. La lluvia se tornó en nieve cuando abandonamos el litoral y nos adentramos en la Toscana. Taciana dormía en la parte trasera del carro cuando dejamos atrás el Settignano, frente a nosotros estaba la ciudad. Nadie custodiaba la puerta de entrada. Sus calles vacías, eran testigo mudo de lo que la enfermedad había hecho con ella. Aquel día dormimos en casa.

Al filo del amanecer, mientras la nieve caía suavemente sobre el Arno, en una casa de la calle Santo Spirito, Aalis rompía el silencio con su llanto. Todavía no había abierto sus ojos, pero la hechicera tenía la certeza de que los ojos de su pequeña eran verdes.

El parto de Taciana fue completamente diferente a cualquier otro que hubiese presenciado. Para mi sorpresa Gaius sabía exactamente que debíamos hacer. Se decidió que sería mejor para la hechicera sentarla sobre una banqueta pequeña. Hervimos agua en el hogar y el poeta limpió hasta la gradilla sobre la que se posó Taciana. Era noche cerrada cuando mi amiga comenzó a sentir calambres en el bajo vientre. Gritaba de dolor, se sentaba en la banqueta y se levantaba, se apoyaba en la mesa, volvía a doblarse por las contracciones, gritaba de nuevo, volvía a la banqueta o se iba hacia la cama. Estaba de pie cuando dijo;

— Ya viene. — Se agachó hasta quedar de cuclillas.

La hechicera empujó con todas sus fuerzas y un cuerpecito rosado con abundante pelo negro y lleno de moco viscoso salió de su interior al mundo. Gaius demostrando cierta habilidad hasta entonces desconocida para nosotras le limpió la naricilla y le dio una palmada con suavidad en la espalda. La bebé comenzó a llorar y no cesó con el llanto hasta que la quitamos de su primer baño para devolverla junto a su madre.

Taciana estaba radiante con su pequeña en brazos. A pesar de que sólo disponíamos de las noches la ayudábamos en todo lo que nos era posible. La pequeña era exigente y cada pocas horas reclamaba atención por parte de la hechicera, que invertía todas sus energías en aquella criaturita. Se le planteaba a Taciana un gran problema, necesitaba ganarse el sustento.

Mis dotes de persuasión habían mejorado mucho. Practicaba con el

poeta la habilidad de la hipnosis. Una noche salimos en busca de alimento, cuando vi abandonar un lujoso burdel al que en otro tiempo fuera el abogado de los Potestà. Decidí hacerle una visita la noche siguiente. Era la única heredera de mi antigua familia. El albacea designado por Don Marco estaba haciendo uso de los bienes de la familia. Para el hombre fue shock que lo visitase. Al principio trató de ser condescendiente, tratando de hacerme ver que yo no sería capaz de administrar ningún bien. Cuando insistí se volvió agresivo. Pero cuando le sonreí con mi nuevo par de incisivos muy cerquita de su gáznate todo fueron facilidades. En una semana todos los bienes de la familia de mis esposos fueron vendidos. Un baúl repleto de fiorinos y oro garantizaba la supervivencia de mi amiga.

Adoraba estar en Florencia de nuevo. Paseaba junto al poeta por sus calles, cruzaba el puente, subía a la colina a contemplar la ciudad, observaba las obras de la catedral y leía los versos de Petrarca a la luz de la luna, pero no podíamos continuar en la ciudad. Nuestra existencia nocturna llamaba la atención de aquellos que había conocido cuando aún caminaba bajo el Sol.

Taciana sostenía a su pequeña en brazos, mientras le comunicaba nuestra decisión. Lo entendía. Los que quedaban de mis antiguos vecinos le preguntaban con frecuencia que dónde me metía. Nos abrazamos con fuerza, ambas sabíamos que debía partir. Nuestros caminos se separaban y esta vez definitivamente.

La noche que abandoné la ciudad, lloré lágrimas de sangre al despedirme de mi amiga. Sabía que jamás la volvería a ver. El poeta me consoló, recordándome que sería más doloroso verla envejecer.

Un hombre a caballo vestido con zaragüelles y aljuba buscaba una dirección anotada en un papel. Llegó junto a un viejo puente y giró a la derecha. Al llegar al número trece llamó firmemente a la puerta. Una mujer de ojos verdes, con una niña en brazos abrió a la puerta. Âkil, el médico árabe había cumplido su promesa. La partera lo observaba sonriente. Se retiró hacia un lado y lo dejó pasar.

Aalis creció. Su madre le enseñó los secretos de las plantas, su padre las matemáticas de los árabes. Cuando empezaba a leer corrido llegó Saîd. Al principio lloraba mucho, pero cuando empezó a andar jugaban juntos en

el patio, papa les contaba historias de Arabia y mamá les hablaba de tierras lejanas, viajes y aventuras. Aprendieron por igual los secretos de la medicina, los números y las plantas.

Los años pasaron. Llegó un día en el que Taciana no tuvo fuerzas, para ayudar a dar a luz a ninguna mujer más. Âkil hacía años que no podía levantarse de su lecho. Aalis y Saîd les visitaban con toda la frecuencia que les era posible. Les habían inculcado el gusto por los viajes y la aventura, nunca los habían retenido junto a ellos, y siempre volvían para narrar sus aventuras.

Se acercó al hogar y puso a hervir el agua. Agregó las hierbas adecuadas, una vez estuvo lista la infusión, llenó las copas. Brindó con su compañero de vida por los años vividos, y ambos bebieron el brebaje a base de mandrágora y belladona. Muerte estaba frente a ella. Lucía una larga cabellera plateada recogida en una trenza. Le tendió la mano fría y la besó en la frente.

– Dale recuerdos a Giulia.

Y la hechicera cerró sus ojos verdes para siempre.

Epílogo

Una lágrima se escapó, para resbalar por mi mejilla hasta la comisura de mis labios. Mi creador, padre y amante a la vez, se giró, depositó un dulce beso en mis labios fríos, rodeó mi cintura con su brazo y continuamos caminando por las empedradas calles. Acabábamos de cruzar la Porta del Prato.

Eran los primeros días de septiembre del año 1501. Recorrimos la vía del Santo Spirito, la antigua casa de mis padres seguía en el mismo lugar. Sentí un deseo absurdo de llamar a la puerta, que reprimí al instante. Era consciente de que no sería el rostro de Taciana el que me encontraría enfrente cuando se abriese la puerta. Mi antigua calle seguía conservando su esencia. Se podía sentir el trajín que había dominado la calle durante el día, ahora vacía. La gente que la habitaba dormía ahora, seguras en el interior de sus viejas casas de piedra. En el aire se había quedado atrapado el olor de las tinturas que aplicaban a las lanas, entremezclándose con el aroma de los lirios tardíos.

Hacía escasas horas que el Sol se había ocultado. Durante el día había calentado las piedras de la ciudad que me vio nacer, estas irradiaban su calor. Paseamos por sus calles admirados por su belleza. Habíamos oído hablar de su grandiosidad pero esto era más de lo que esperábamos. Los florentinos habían convertido la piedra en arte. Una imponente cúpula coronaba la colosal catedral, llegando a rozar el cielo estrellado, en el lugar que tiempo atrás había ocupado Santa Reparata. La ciudad dejaba sin aire ante su magnificencia. Florencia, que tras la terrible epidemia de peste se había quedado casi sin habitantes, volvía a ser un hervidero de gentes. Era la ciudad del arte. Artistas de todas las disciplinas se esforzaban en los talleres por alcanzar la perfección, con la esperanza de obtener el mecenazgo de algún noble. Las bodegas de las viviendas albergaban los talleres de los artistas que acogían aprendices de las aldeas cercanas. En las callejuelas cercanas al Duomo la actividad continuaba. El arte jamás

descansa. Los pintores ávidos de conocimiento tomaban a la noche de cómplice para descubrir mejor los cuerpos ignorando los preceptos de la iglesia. El arte, en estos días, se convertía también en ciencia.

En la piazza della Signoria un hombre observaba un enorme trozo de brillante mármol blanco y lo acariciaba con pasión, buscando vida en él. El escultor llevaba en una mano un cincel, en la otra un carboncillo y una hoja de papel. Giraba en torno a la mole, buscando la forma de darle vida a la piedra inerte. Gaius se detuvo a admirar sus músculos.

Le sonreí divertida y me acerqué al hombre, los artistas eran una maravillosa compañía con los que pasar un buen rato. Para mi sorpresa posó su mirada en las perfectas formas de mi amado trovador. Que arqueó las cejas al sentirse admirado.

Aquella noche atormento al escultor durante el resto de su vida.